

Selección de relatos fantásticos
y ciencia ficción

Nº 9



UMBRAL TIEMPO FUTURO

LA
ATLANTIDA

ASESINOS DE LA HISTORIA
EL HOMBRE LOBO
DE LONDRES
PETIOT
EL FILANTROPO
DE LA ESTRICNINA



Biblioteca "CUARTA DIMENSION", es una publicación de CIELOSUR EDITORA S.A.C.I., Editora y distribuidora.
 Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas.
 Administración: Av. de Mayo 1324, 1er. piso, of. 21 - Tel.: 37-3265 - 37-3769 - Buenos Aires, Argentina.
 Dirección Telegráfica: Cielosur Baires.
 Director Ejecutivo: RUBÉN S. ALPELLANI
 Asesora de Dirección: SUSANA ITZCOVICH
 Director: NAHUEL VILLEGAS
 Diseño Gráfico: JUAN ZAHLUT
 Corrección: JULIO BANIN
 Colaboradores: Juan Jacobo Bajarlia, Ermes Gozzo, Juan Norberto Comte, Eduardo Lynch.
 Los trabajos publicados son de absoluta responsabilidad de sus autores. Derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial.
 Copyright © 1978 by Cielosur Editora S.A.C.I.
 Reg. Nac. de Prop. Intelectual: N° 1.416.326.
 Distribuidor en Capital: Troisi y Vaccaro, Catamarca 675, Bs.As.
 Distribuidor en Interior: Cielosur Editora S.A.C.I., C. de Correo 4504

Se deja constancia que los hechos, lugares, nombres de personajes, etc., incluidos en las narraciones son de ficción. Cualquier semejanza con los de la vida real, es pura coincidencia.

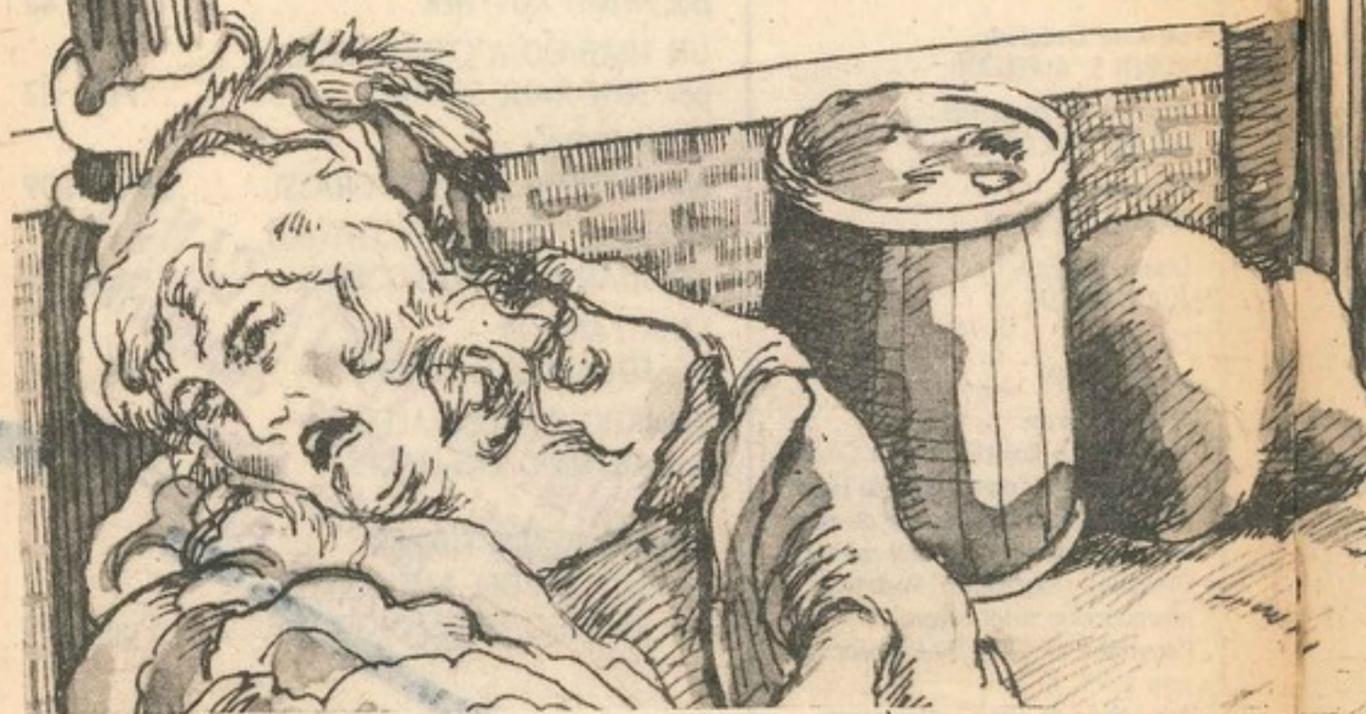
SUMARIO

ASESINOS DE LA HISTORIA
 EL HOMBRE-LOBO DE LONDRES, por J. BATHARLY-STYLLER Pág. 10
 PETIOT, EL FILANTROPO DE LA ESTRICNINA, por JUAN-JACOBO BAJARLIA Pág. 18
 MAC CAIN, por JUAN-JACOBO BAJARLIA Pág. 18
 TIRANOSAURUS, por H. P. LEWIS Pág. 30
 CAMUFLAJE, por HENRY KUTTNER Pág. 42
 UN TRABAJO A CONCIENCIA, por JOSE RAUL SOLANO Pág. 87
 EL PROFETA, por ALFREDO ERNESTO GRASSI Pág. 109
 FANTASIA, CIENCIA Y FUTURO, por JUAN NORBERTO COMTE Pág. 115
 LA ATLANTIDA, por EDUARDO J. LYNCH Pág. 120
 REINADO DE VEGETALES, por ANTONIO LAS HERAS Pág. 120
CINE DE CIENCIA FICCION:
 LA LLEGADA DEL ANTICRISTO, por ALFREDO ERNESTO GRASSI Pág. 129

Correo Argentino Central (B)	Franqueo Pagado Concesión N° 4052
	Tarifa Reducida N° 3092

EL HOMBRE-LOBO DE LONDRES

por J. BATHARLY-STYLLER



En 1883, en el barrio neblinoso de White Chapel, en Londres, un extraño personaje que se anticipó a **Jack the Ripper** fue el origen de una de las más terribles y sangrientas historias registradas en los anales del crimen. Se trata de una serie de hechos ignominiosos que, inexplicablemente, silenciaron los historiadores de la época: mucho más espeluz-

nantes que los cometidos por ese misterioso destripador cinco años después.

El primer asesinato fue registrado en la medianoche del 21 de abril de 1883, según el "Daily Observer", un oscuro periódico que sólo circulaba en los barrios bajos de Londres. Mary Ann Galoway, una corista del **Dover Hall**, un cafetín frecuentado por marine-



ros y borrachos, apareció asesinada junto a un farol, con el cuerpo mutilado. Presentaba un tajo en el cuello, a la altura de la yugular, marcas de garras en el vientre, como si alguna bestia desconocida la hubiera arañado con sus zarpas, y un dedo menos, el mayor, en la mano izquierda. Había sido despojada de su ropa interior y tenía huellas de uñas en la

espalda, especialmente a la altura de las nalgas. De acuerdo a la información suministrada por el "Daily Observer", el asesino de Mary Ann Galoway debió ser, la hipótesis era imprevisible, una bestia de proporciones desmesuradas, muy semejantes a las del hombre.

En Londres, por aquellos años, un crimen podía conmovir o no a sus habitantes, pero

que el asesino fuera un hombre o algún animal salvaje, como sostenía el cronista del "Observer", modificaba la expectación y proyectaba una hipótesis incongruente, en parte aterradora. (¿Podía un hombre tajar el cuello de la víctima sin utilizar un instrumento filoso y obrar luego sobre el vientre y las nalgas como si utilizara unos ganchos en vez de sus manos?).

Veinte días después, el 10 de mayo de 1883, en ese mismo White Chapel tenebroso, un segundo cadáver conmovió a la policía londinense. La víctima, una corista llamada Elizabeth Fergusson, además de presentar las huellas dentadas a la altura de la yugular, tenía la cabeza casi cercenada, con las vértebras al aire, las nalgas destrozadas, las articulaciones rotas, y el dedo mayor de la mano izquierda literalmente arrancado. Se repetían las características del caso anterior. El redactor del "Observer" insistía en que el enigmático asesino era un "animal salvaje". Consultado Conan Doyle, que ya había escrito su **Estudio en escarlata**, dijo entonces lo que habría de repetir —años más tarde— en el caso de **Jack the Ripper**: "Si no hay huellas digitales, los investigadores policiales trabajarán en vano". Conan Doyle no se equivocaba. Galton, en Lon-

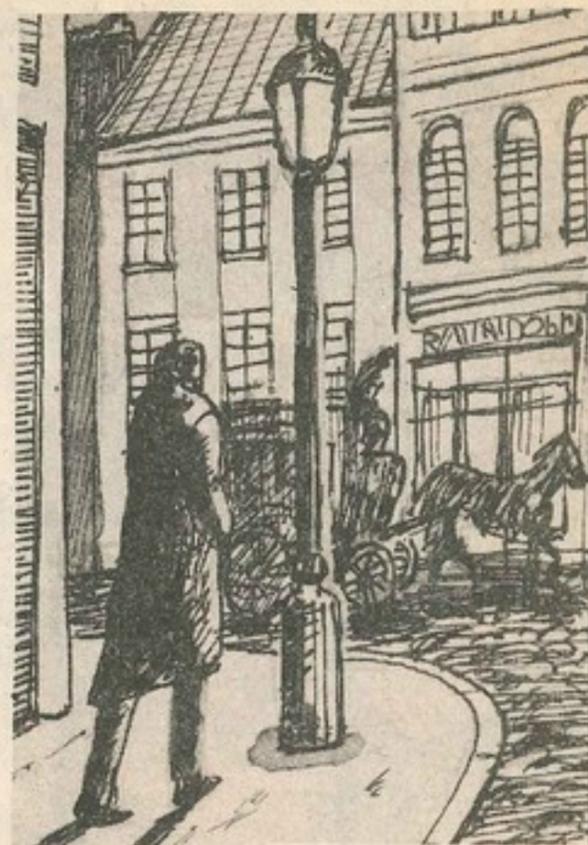
dres, y Vucetich, en Buenos Aires, no habían publicado aún su sistema dactiloscópico. Scotland Yard estaba derrotada de antemano.

Londres discutía aterrorizado las hipótesis acerca del sanguinario asesino, cuando un tercer cadáver fue hallado, esta vez en las inmediaciones de una casa de prostitución del Soho. Ya no era White Chapel el escenario, ni una corista su víctima, sino Catherine MacFarland, una pupila que ejercía en ese célebre lenocinio. Tenía 57 años y una desteñida cabellera rubia. Le había sido seccionado un pecho, le faltaba también el dedo mayor de la mano izquierda y, además de lucir la característica dentellada sobre la yugular, tenía el vientre y los glúteos completamente cruzados por infinidad de zarpazos, como si la mujer hubiera estado en tremenda lucha con un animal salvaje. Estaba asimismo casi desnuda en medio de un charco de sangre. Al lado del cuerpo, uña carta sin firma, presumiblemente del asesino, expresaba: "La sangre es mi alimento y volverá a correr por las calles de Londres con la próxima luna llena". Este hecho sublevó a la ciudad. Los londinenses se agolparon ante las puertas de Scotland Yard y pidieron, después de abuchear a sus jefes, la cabeza del que ya

comenzaba a llamarse "El Hombre-Lobo de Londres".

El 5 de noviembre del mismo año, en una sucia callejuela de Saint James, que servía de vaciadero a los habitantes de una zona fabril, un niño denunció a Scotland Yard la existencia de un extraño bulto recubierto con periódicos, de donde emergían algo así como un par de dedos. La policía acuciada por los últimos hechos envió rápidamente una brigada al mando del teniente Charles Carter.

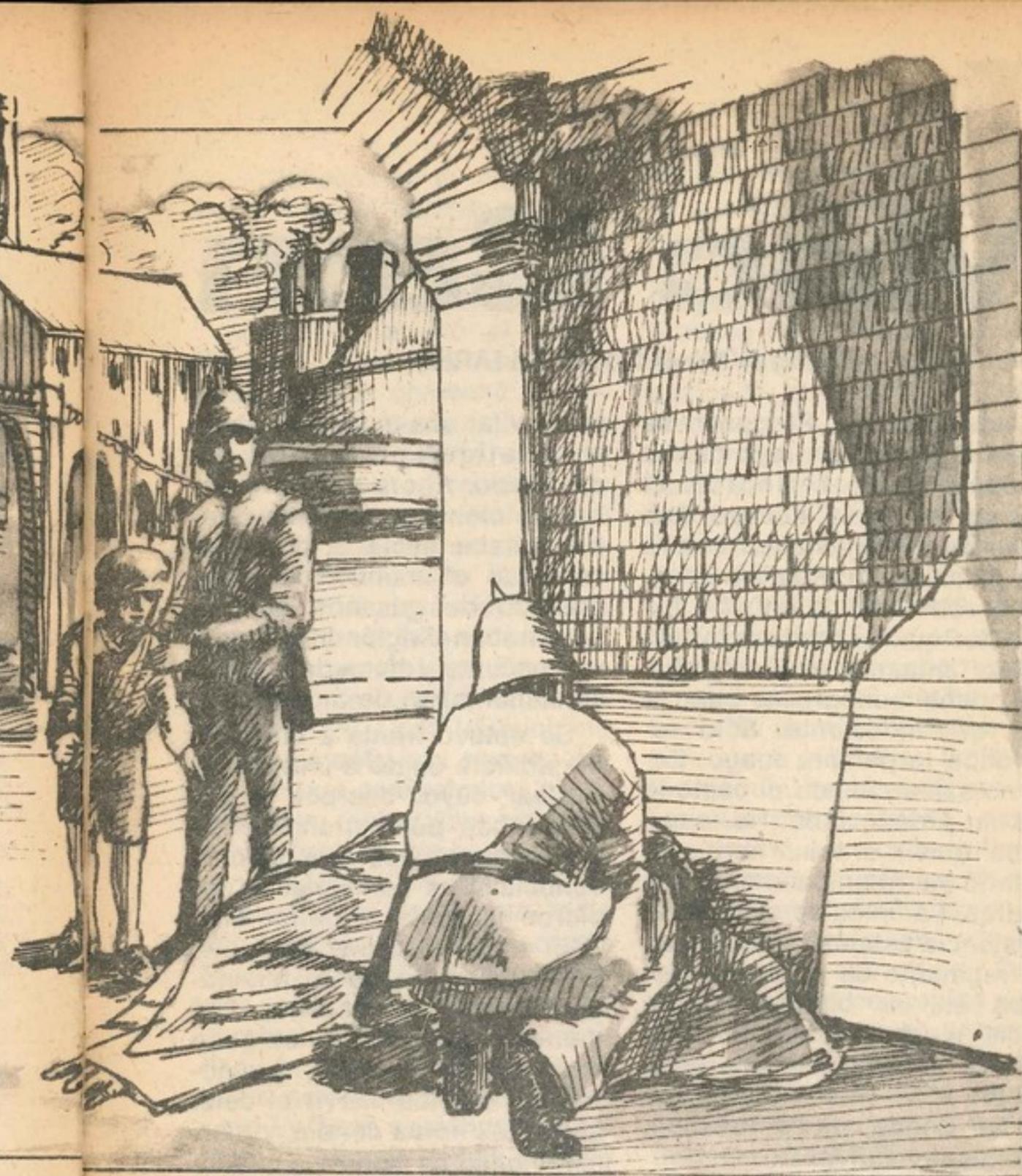
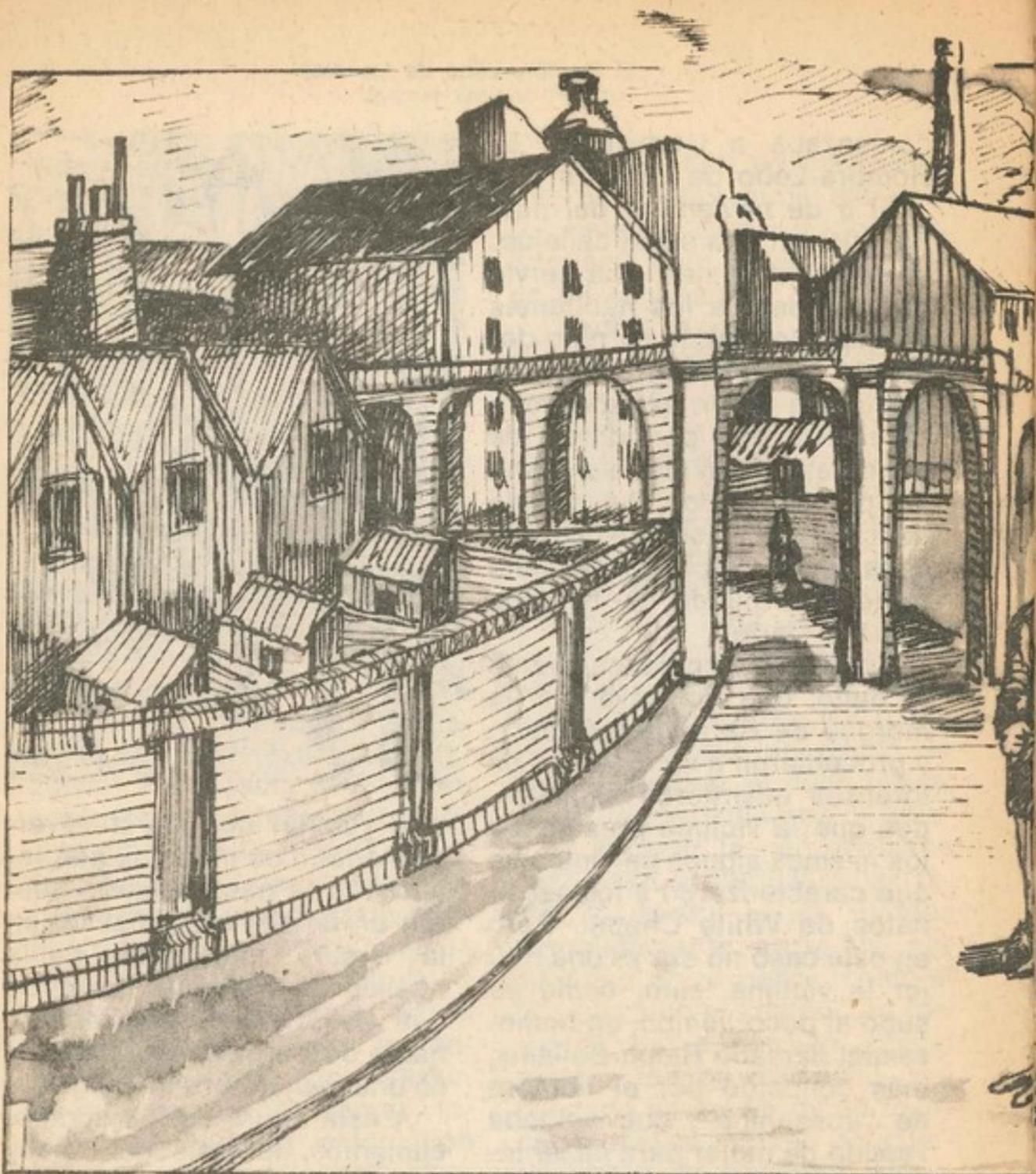
Extrajeron cuidadosamente el bulto, que fue llevado a la morgue de Barrington Square, y procedieron a verificarlo. Los forenses advirtieron asombrados que la víctima presentaba los mismos signos de violencia que caracterizaron a los asesinatos de White Chapel. Pero en este caso no era ya una mujer la víctima, sino, como se supo al poco tiempo, un homosexual llamado Ralph Bellamy, más conocido por el nombre de "Josephine", que actuaba vestido de mujer para cazar incautos en las brumosas noches de la ciudad. Posiblemente, el asesino, confundiendo a la víctima con un ser de otro sexo, descargó su ferocidad sobre ella. Tenía quebrada la espina dorsal, como si lo hubieran presionado desde la espalda por la cabeza, las habituales señales en los glúteos



y la yugular cortada transversalmente. Los médicos que realizaban la necropsia advirtieron un detalle significativo: en la cesura interglútea había huellas de violación. Es decir que el criminal, contrariado, había descargado sus instintos de una manera brutal e insólita.

A esta altura de los acontecimientos, la tesis del "Daily Observer" ya no podía negarse. Un hombre-lobo o un maniático sexual, con tendencias al vampirismo, era el autor de esta serie sangrienta.

Lo que no se explica es que Conan Doyle, que por aquel entonces centraba sus esfuerzos en la **Historia del espiritismo** y se dedicaba al estudio



del doble y las formaciones ectoplásmicas, no fuera capaz de agregar algún criterio valioso a la significación de estos asesinatos.

Al año siguiente, en la primavera, cuatro hechos análogos siguieron preocupando no sólo a Scotland Yard sino a un

novelista que en ese momento no tenía la nombradía de Conan Doyle: Robert Louis Stevenson, que ya elaboraba su famosa obra **"Sobre el extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde"**. Como en el caso de Jack el Destripador, jamás se supo quién fue el hombre-lobo de

Londres. Sin embargo, el teniente Charles Carter, en su libro **"A Bloody Case: the werewolf of London"** (1885), dejó esta frase reveladora:

En el cementerio de Kingsley hallaron un ataúd manchado de sangre. El mismo estaba vacío, como si hubieran se-

cuestrado el cadáver allí depositado. La lápida, curiosamente, tenía esta inscripción: "Hal MacCoy, muerto trágicamente a los 36 años, el 16 de enero de 1882". ¿No sería éste el vampiro que en su calidad de hombre-lobo buscaba Scotland Yard?

Mac Cain

por JUAN-JACOBO BAJARLIA

Alguien corría. El mundo se expandía como un rayo de luz arrojado de un reflector. El planeta se hacía lechoso. Las estrellas se aplastaban contra las galaxias. Un hombre avanzaba sobresaltado, miraba los puentes que se perdían, los árboles fantasmales. Meditaba. La noche ennegrecía bajo la luz resplandeciente. Sólo recordaba la palabra fuego. Pero no sabía cuándo ni cómo la habían pronunciado. No recordaba quién era su hermano, muerto ya, ni quiénes eran sus padres. La única versión de su existencia estaba contenida en el fragmento de carta que llevaba en su billetera desde hacía muchos años. El fragmento, nervioso, incoherente, decía:

"De dónde, nadie lo supo. Inteligente. Cuidalo".

Y esa noche, Delfor Mac Cain repasó una vez más la línea incoherente y pensó en su infancia, en su casa húmeda y sin luz del barrio Norte. Los niños lo llamaban Caín. El suponía que había sido malo. y sonreía. Cuando ingresó en la Universidad debió interrumpir más de un año sus estudios

para evitar una expulsión. Pero su inteligencia lo salvó del desprecio. Ahora era un hombre de ciencia, y cuando quería, miraba hacia el contorno como si el mundo estuviera poblado de gusanos que se arrastraban dirigiéndose a cuevas oscuras y húmedas donde se alimentaban de muerte.

Se detuvo frente a un enorme edificio unido a una planta nuclear, cuyos cuerpos se comunicaban por extraños pasillos subterráneos que sólo él conocía. Dos centinelas le hicieron la venia, y Delfor Mac Cain entró automáticamente. Encendió la luz de su oficina-dormitorio y se acercó a Lord Valbeck (el robot encargado de preparar la cama, acomodar los objetos, servir el café, según las horas del día, y ejercer vigilancia sobre la planta nuclear). El mecanismo electrónico estaba desconectado. MacCain le restableció la corriente, y Lord Valbeck emitió su acostumbrada palabra:

—Dispuesto.

Después se le encendieron las luces azules de las sienes. MacCain sonrió.

—Dichoso de ti, Lord Valbeck. Eres el tiempo cosificado. Sólo sientes la necesidad de servir que te han impreso. Ojalá fuera como tú.

MacCain oprimió el botón B2 en el pecho de Lord Valbeck, y éste comenzó a moverse. Abrió la cama, ordenó la oficina-dormitorio, alineó unas probetas, conectó los acumuladores que hacían funcionar la pantalla de observación sobre la planta nuclear y trajo el café, que dejó sobre una mesita, al lado de un libro. Después se detuvo frente a MacCain, como esperando una orden. Pero Lord Valbeck no era solamente una ama de casa: era una computadora histórica, cuyo mecanismo independiente funcionaba en su propia espalda. Aquí, en cien hileras dispuestas verticalmente, tenía mil nombres en relieve, desde Dios y Adán y Eva hasta el genial espía Sorge. Es decir, los nombres claves de la humanidad. Accionado cualquiera de estos nombres, o nomogramas, Lord Valbeck comenzaba a relatar la historia cuyos hechos estuvieron vinculados directa o simbólicamente con tal nominación. El nomograma Dios, por ejemplo, traía toda la fluencia relativa a la creación del mundo y a las creencias religiosas de los pueblos primitivos. La fluencia podía durar diez horas y se limitaba por

tramos mediante cierta palanca que se empujaba hasta una cruceta en el costado de la computadora. El nomograma Oppenheimer dejaba fluir el proceso de la bomba atómica, desde ese día en que Einstein posibilitó su invento al determinar que la energía era igual a la masa multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz, hasta el instante en que Thomas W. Ferebee la lanzó sobre Hiroshima.

Lord Valbeck esperó la orden. Pero MacCain, en vez de oprimir el botón correspondiente sobre el pecho, giró hacia la espalda y accionó el nomograma Afrodita, limitando la fluencia hasta el último tramo. La computadora, entonces, relató las costumbres de las mujeres, su manera de vestirse, los usos del baño, el erotismo, los crímenes que cometían con sus hijos. Cada agrupación de conceptos duraba tres minutos y se encendía una luz amarilla. La séptima agrupación relató esta historia que en realidad era una interferencia del primer tramo del nomograma:

Abel vio a su hija Elke abrazada a Rimac, el hijo de su hermano Caín. Pensó que el frío se opondría a su descendencia. Amontonó, entonces, toda la leña que pudo, frotó dos ramas y les dio calor. Pero Caín, endurecido

en la lucha del génesis contra las bestias que tiranizaban la superficie aún caliente del orbe, tomó la quijada de un animal y la descargó sobre Abel. Y Abel murió. Y en seguida vio Cain un ojo que crecía en la noche y lo perseguía. Desde entonces no pudo dormir. Dondequiera que se reclinara estaba el ojo que le recordaba su crimen. ¡Cain había descubierto la conciencia! Y fue la conciencia quien le dijo A-h-O.rcar, A-h-O-gar, A-h-err-O-jar. Pero no le dijo A-M-O-R.

Las palabras, aunque extrañas para MacCain, le produjeron inquietud. Desconectó las fluencias y volvió al rostro de Lord Valbeck.

—Eres guardián y prisionero del tiempo. Lo tienes aherrojado en mil nomoramas. Cien días contigo equivalen a la historia de miles de millones de años de la humanidad, que aun tu computadora puede reducir a la décima parte. Esto significa, indudablemente, que el tiempo no existe o es una mera representación de imágenes fabulosas que el hombre ha creado para justificar su cosificación. Es decir, su estado de materia sometida por una inteligencia que no nace de él sino que le es infundida por un poder todavía ignorado. Exac-

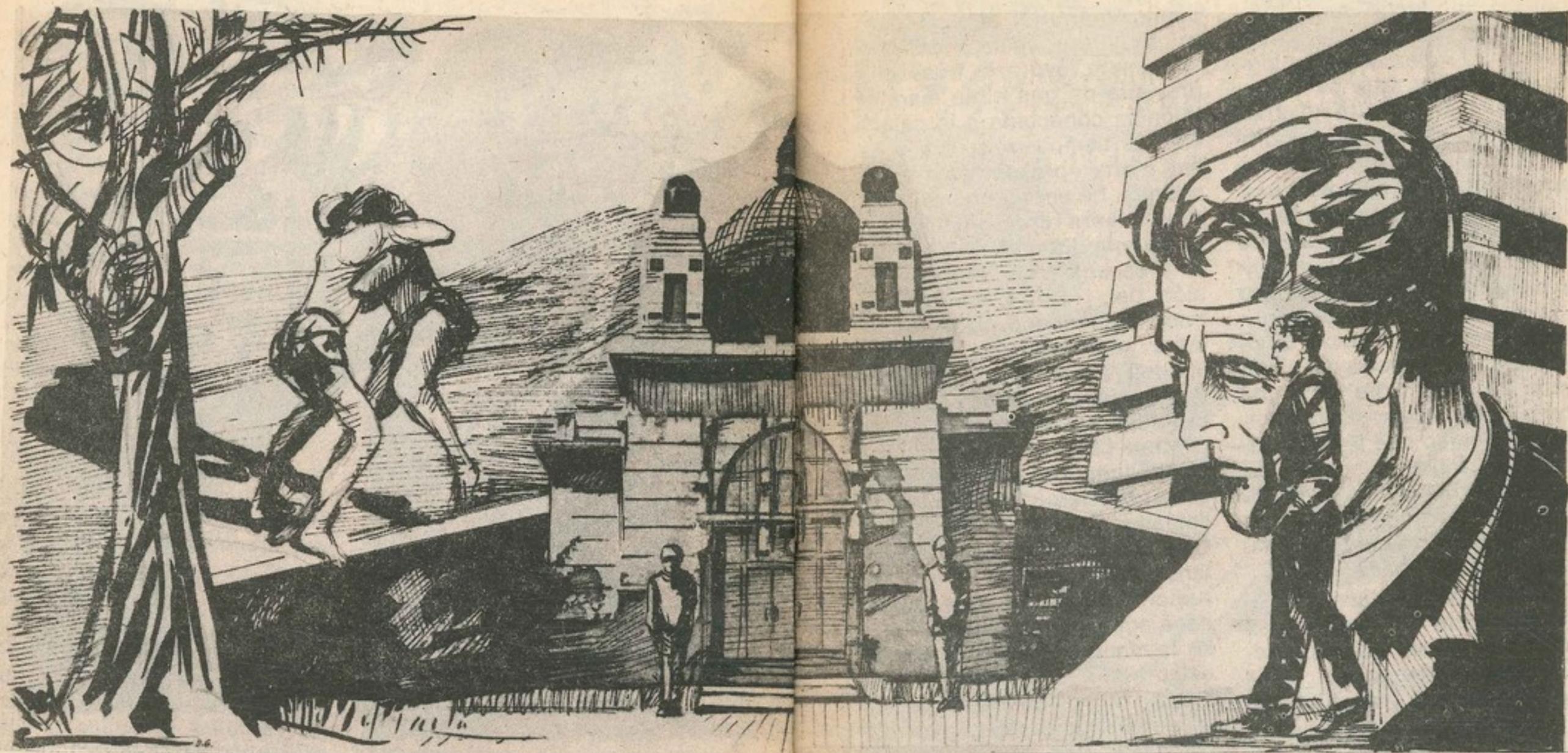


tamente como tú cuando un cerebro ajeno a ti mismo te hace decir y hacer lo que no sabes por qué dices o haces.

MacCain accionó una de las claves principales de Lord Valbeck. Este se retrajo hacia un rincón y dio las buenas noches. Pero el robot, en actitud vigilante, no quedó desconectado. MacCain se durmió. Una hora después soñó que en la pantalla de su oficina, donde

debía reflejarse la planta termonuclear, aparecía un monstruo alado, gigantesco, cuyas fauces se dilataban mientras se acercaba a él y el aire se enrarecía. MacCain dio un salto. Corría desnudo refugiándose en los cráteres de antiguos volcanes apagados. Detrás de MacCain, una luz roja, semejante a una pupila incendiada en la noche, avanzaba hacia lo alto como para iluminar los

cráteres donde él se refugiaba. Debajo de esta pupila, sobre la tierra humeante, cruzada de bestias descuartizadas, semi-devoradas, seguían avanzando las fauces abiertas del monstruo. "Es la conciencia y la idea de su culpabilidad, la pupila enrojecida, el autocastigo". Estas palabras se reiteraron en el avance hacia los refugios. Pero cada concepto era la expansión de otro con-



cepto. Y una palabra traía otra de mayor carga afectiva que se encendía y posibilitaba familias inacabables de palabras. "La pupila enrojecida era el fuego. El fuego era el secreto para emanciparse de lo desconocido. Lo desconocido eran esas fauces que se dilataban junto al fuego para que el planeta permaneciera estático, increado".

De pronto, hacia el fondo de las fauces vio una placa luminosa donde se reflejaba el reactor atómico de la planta nuclear. Dentro del reactor, algunos átomos, cuyos núcleos eran bombardeados por neutrones, generaban una parábola de cuatro letras: **C-a-í-n**. Entonces abandonó el refugio, ubicado a miles de millones de años del reactor. Arañó la tie-

rra. Se introdujo en un laberinto de pasillos, ubicado en las entrañas. Sabía ya que para triunfar necesitaba de esos átomos. Pero detrás, persiguiéndolo, la pupila seguía enrojeciendo, haciéndose más intensa, y las fauces, más delgadas y visibles, más filosas. Un esfuerzo más y llegaría. Los monstruos que lo perseguían serían impotentes para des-

truirlo. Acabaría aplastándose en las ecuaciones de la ciencia.

Las entrañas de la tierra dificultaban el avance, pero simplificaban la distancia reduciendo mil millones a un metro. De pronto cayó en una grieta, el cauce final de un río profundo, devorado en alguna edad de piedra anterior al génesis. Y vio un hombre que se

rodeaba de fuego para refugiarse de las bestias cuyas fauces lo rodeaban. También vio un hombre que se le parecía extrañamente y quiso acercarse. Ese fuego podría preservarlo contra las otras fauces de las cuales huía. Cuando estuvo muy cerca de esa imagen, el hombre extraño que se le parecía alzaba la quijada de un animal gigantesco y la descargaba sobre el primero. Después se diluyó la visión. MacCain quedó desolado sobre la grieta. Sólo tenía una posibilidad: llegar al reactor. El era el único que tenía el secreto de la planta nuclear. El mundo le había ordenado la vigilancia del más grande de los secretos. Los enemigos estaban en sus manos.

Delfor MacCain avanzó. Se orientó hacia los corredores subterráneos del edificio. Accionó los resortes cuyas claves poseía. Preparó uno a uno los dispositivos de la explosión atómica. Arrancó los sellos. La fiebre avanzaba por su cuerpo. La pupila enrojecida y las fauces se filtraban por esos corredores, buscando la angustia de MacCain. Este lo sabía. Y para liberarse del peligro, dio un paso más. Cuatro pa-2, 1, 0, accionadas alternativamente, con la numeración 3, mente de izquierda a derecha en forma cruzada y descen-

dente, liberarían el flujo destructor. Pero cuando accionó la primera, oyó esta frase que provenía de una cinta magnetofónica conectada a la palanca: "El tiempo no existe y es una mera representación de la energía. La energía no existe y es una mera representación de la materia. La materia no existe y es una mera representación del tiempo. Lo que el hombre cree que existe es la mera representación de una imagen incorpórea. Cuando llega al conocimiento de esta inexistencia, se aniquila en la palabra **Cifr**, cifra, que significa **Nihillum**, nada, que los antiguos abreviaron con el número llamado **Cero**". Cuando MacCain accionó la segunda palanca, la número 2, se oyó un rumor subterráneo que avanzaba como un río. Cuando puso la mano en la computadora estaba dura, y luchó. Forcejeó aterrorizado, hundiéndose en un sudor humeante que le nublaba los ojos. Las fauces se cerraban lentamente sobre su rostro, iluminadas por la pupila enrojecida. Era Lord Valbeck que lo estaba triturando sobre el lecho, mientras repetía estas palabras:

Cain había descubierto la conciencia. Y fue la conciencia quien le dijo A-h-O-r-car, A-h-O-gar, A-h-err-O-jar. Pero no le dijo A-M-O-R.

LOS EXTRATERRESTRES EXISTEN



von Däniken
La respuesta de los dioses
Evidencias y comprobaciones en 5 continentes



ediciones
EL CABALLITO SRL

¿Quién puede negarlo ante la evidencia de "las pruebas" aportadas por VON DÄNIKEN?

PETIOT, el Filántropo de la Estricnina

por JUAN-JACOBO BAJARLIA

Si Landrú fue el Barba Azul II, Henri-Jean-Marcel-Félix Petiot fue el III. Acusado, en 1946, de 27 asesinatos entre hombres y mujeres, se jactó de "haber despachado" 63 víctimas al otro mundo. Unos porque eran nazis. Otros, según las crónicas, porque eran toxicómanos en estado de ruina. Pero de estos dos criminales, sólo el primero enamoraba a sus víctimas. Fingía un estado de ánimo. Petiot, salvo alguna excepción que ya veremos, las protegía directamente aparentando una gran filantropía. El dolor por la humanidad. "No me gusta ver sufrir a los seres humanos", decía mientras jugaba al bridge con el doctor Braumberger. Al día siguiente su interlocutor desaparecía para siempre. Se esfumaba en una callejuela o se perdía como un hilo reintegrado en el horizonte.

Era el piadoso "despacho" para la otra vida.

Aunque el proceso no lo registra, tengo la sospecha de que Petiot fue un criminal sádico. Perteneció, por consiguiente, a la familia genealógica de Jack el **Destripador**; de Vacher, el más feroz de los destripadores; de Vicente Vernezi, el **Vampiro**; de Andrea Michel, el **Antropófago**, y de tantos otros. Tuvo en su contra el interés pecuniario. El despojo de las víctimas. Esto no sucedió con los nombrados, los cuales sólo asesinaban para satisfacer sus impulsiones sexuales. La anormalidad patológica.

1. CADAVERES EN CAL VIVA

Henri-Jean-Marcel-Félix Petiot, nacido en Auxerre el 18 de enero de 1893, era médico y tenía su consultorio en el número 66 de la rue Caumartin, en París. De niño fue cruel. Vivió al acecho del mal. Arran-



caba los ojos de los pájaros y quemaba cucarachas vivas en el jardín de la casa de sus padres. Destripaba perros y gatos. Lo que tuviera a su alcance. Sus manos eran fosfóricas. Hurtaba los útiles de sus compañeros de escuela, y les relataba extrañas historias de muerte.

Como practicante de medicina no varió de conducta. Mejoró sus métodos y filosofó sobre la "estupidez del hombre". Se apropió de varios frascos de morfina para negociarlos entre los toxicómanos, y fue procesado. Pero Petiot se acordó de Hamlet. Concibió la idea de simular una alteración de tipo demencial, y el juez debió sobreseerlo. Carecía de responsabilidad penal. ¡Pobre Justicia! La venda le impedía a Themis ver con claridad. (¿Quién le puso la venda a la diosa de la Justicia? Sé que en el origen no la tuvo. Tenía los ojos claros y manejaba muy bien su balanza. Es lo más verosímil.)

Recibido de médico en 1921, se adscribe al asilo de alienados de Evreux, en donde vuelve a sustraer morfina. Engaña nuevamente a sus jueces. Contrae matrimonio. Se instala con su consultorio en la Ville-Neuve-sur-Ionne. Se vincula con los políticos, y es elegido alcalde en 1931. Entretanto tiene un proceso por asesinato se-

guido de incendio. No logran probarle nada. La justicia, para Petiot, es todavía una venda y dos ojos que nunca verán.

En 1939, estallada la guerra e instalado en el número 66 de la rue Caumartin, aprovecha para dedicarse ilegalmente al aborto. Su clientela está constituida de mujeres jóvenes cuyos novios o esposos han partido para el frente de batalla. Por esa época juega al bridge con su colega el doctor Braumberger. Lee la Biblia y devora novelas policiales. Su biblioteca tenía desde Emile Gaboriau y Conan Doyle a Wilkie Collins, Gastón Leroux y Maurice Leblanc. No faltaba nada. Incluso algunos libros sobre venenos. Con descripción de recetas. La marquesa de Brinvilliers era su envenenadora favorita. Le fascinaba su delicadeza. Su dulzura en hacer probar pastelitos envenenados a los enfermos de los hospitales de París. (La marquesa verificaba la eficacia de sus compuestos.)

Entre abortos y suministro de estupefacientes, Petiot, predispuesto ya por su sadismo y las lecturas, concibió de pronto una idea piadosa para "salvar" a los perseguidos de la Gestapo, entre ellos algunos judíos. Adquirió un **petit-hotel** en la rue Leseur, que tenía muchas habitaciones y un amplio garaje. A continuación de éste

había dos habitaciones. En la primera instaló su escritorio. En la segunda, de forma triangular, ordenó algunas modificaciones, de modo que quedara herméticamente cerrada con una mirilla, una puerta falsa interior y un agujero en la pared. Según Alan Hynd, la mirilla había sido colocada para observar el comportamiento de una ardilla que a los primeros síntomas de asfixia, al no poder salir por la puerta cerrada herméticamente, tratara de huir por la puerta falsa. Esta fue la declaración ulterior de Petiot. También ordenó dos calderas en vez de una. La idea que gestaba contra "la estupidez del hombre", necesitaba mucho espacio.

Hubo algo que realizó el mismo Petiot con sus propias manos: abrir una fosa en el garaje y colocar una polea en el cielorraso. Esta fosa la llenó de cal viva. La intención era clara. Asesinadas sus víctimas, los cadáveres serían arrojados, mediante el uso de la polea, al fondo de la cal, para desintegrarlos totalmente. Esfuerzo inútil de un sibarita en la edad del sadismo.

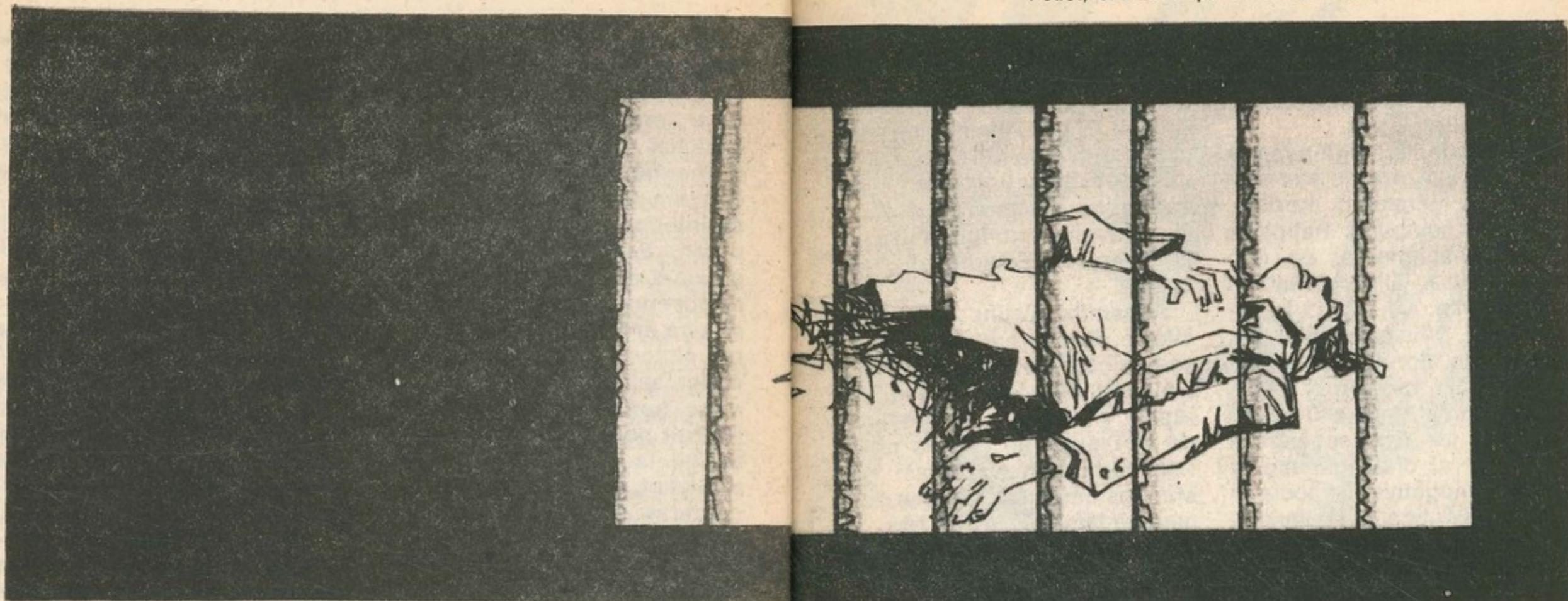
2. UNA INYECCION DE ESTRICNINA

Perseguidos los judíos bajo la ocupación alemana, se presenta un día Joachim Gan

Gouchinov (natural de Cracovia) en el consultorio de la rue Caumartin. Quería huir de Francia, ponerse a cubierto de la Gestapo. Petiot lo tranquilizó y le ofreció, en seguida, una copita de cognac para combatir el frío de París. Le dijo al visitante que era un agente secreto de la Resistencia. Se ofreció para ayudarlo a cambio de dos millones de francos. Después, cuando Gouchinov entró en calor, le dio la dirección del **petit-hotel** de la rue Leseur, y agregó que lo esperaría esa noche. El doctor Petiot lo vincularía a sus agentes secretos que lo llevarían a Marsella, y desde ahí a Sudamérica. Era el itinerario de la liberación. La vida en el paraíso.

Esa noche, 2 de enero de 1942, Gouchinov llegó al **petit-hotel**, cansado, ojeroso, con dolor de cabeza. Y también con la esperanza del paraíso prometido. Petiot lo consoló y le administró una inyección "para darle fuerzas". El viaje sería largo y fatigoso. Convenía conservar la lucidez. Desterrar los signos negativos. Pero en vez de lucidez, Gouchinov comenzó a trasudar y a sentir mareos. El paraíso tembló. Se convirtió en una idea vaga, girando en el espacio orbital.

Petiot lo invitó entonces a la habitación triangular. Lo hi-



zo sentar en una silla. Luego salió. Cerró y se fue al escritorio. Gouchinov gritaba desesperadamente y se retorció. Pero la habitación estaba cerrada a prueba de ruidos. Un rato después el asesino se acercó a la puerta. Descorrió la mirilla y vio a Gouchinov debatiéndose contra ésta y entrando y saliendo por la puerta falsa como una ardilla o un ratón enjaulado. Petiot volvió a correr la mirilla. Sonrió. El experimento probaba la estupidez infinita del hombre.

Cuando retornó, reloj en mano, Gouchinov ya estaba muerto. La inyección de estricnina

era infalible. Abrió la puerta. Ató el cadáver a una soga e hizo funcionar la polea. Un minuto después, Gouchinov flotaba en la fosa de cal viva. Puso la tapa sobre esa sepultura líquida, se lavó las manos y regresó a la rue Caumartin. La corrosión y el tiempo harían lo demás. El cero y la nada.

Al día siguiente Petiot entregó a Mme. Gouchinov la mitad de un billete de 100 francos. Expresó que se lo enviaba el esposo. La otra mitad la recibiría cuando Gouchinov llegara sano y salvo al lugar de su liberación. El otro fragmento llegaba algún día con una car-

ta de letra falsificada. El que no llegaba era la víctima, camino ya del infinito. Con viaje de ida solamente.

A Gouchinov siguieron Jean Marc van Bever y el doctor Hans Braumberger. Sus cadáveres, previo pago para la liberación y fuga de París, fueron a la fosa de cal. La corrosión. Luego, verificada la eficacia del invento infernal, comenzó el turno de las mujeres: Mme. Fortin-Khait, Mme. Houtin, Mlle. Basset y Mlle. Chamoux. Esta última merece historia aparte. Es la repetición de las anteriores. El mismo procedimiento con alguna variante.

3. LA SEÑORITA CHAMOUX

Mlle. Chamoux era joven. Tenía fortuna y era toxicómana. Las crónicas afirmaron que tuvo amores con Petiot, el cual le administraba parte de sus acciones. Concurría continuamente a la rue Gaumartin en busca de estupefacientes, y sospechaba de las actividades criminales del médico. Era, por lo tanto, una mujer peligrosa. El demonio que podría perderlo. La idea fue arraigando en Petiot. Cayó sobre su sueño. Un día tomó la decisión. había que eliminarla. Sus negocios, además, estaban florecientes,

y no podía tolerar entorpecimientos femeninos.

La esperó planeando el procedimiento a seguir.

Mlle. Chamoux llegó a la rue Caumartin en otra de sus tantas visitas, y exigió morfina. Una dosis completa. Petiot se la negó hábilmente. Le dijo que no tenía. Ella regresó al día siguiente. Se repitió la escena. Mlle. Chamoux, ojerosa, desgredada, lloraba a los pies de Petiot. El monstruo, fiel a sus designios, seguía frío. Jugaba con las apariencias. La hizo venir al día siguiente, y repitió su negativa. Conocía el valor terapéutico del silencio. Su carga emocional.

Al quinto día Mlle. Chamoux era una sombra. Le ofreció, fuera de sí, casi enloquecida, todo su dinero por una dosis. Entonces Petiot le dio la dirección del **petit-hotel**. Se encontraría allí esa noche, porque según éste iba a disponer de la poca morfina que tenía reservada para otros pacientes en estado de gravedad. Ella, por un acto de filantropía, sería la excepción.

Mlle. Chamoux lo creyó y se trasladó a la rue Leseur. Llevaba en su cartera una fuerte suma de dinero porque conocía la avidez de Petiot. Cuando llegó, el médico le dio un beso y le reiteró su antiguo amor. Después la desnudó y le aplicó la aguja hipodérmica con una

dosis excesiva de morfina, calculada para matarla por el estado de debilidad en que se hallaba. El primer síntoma, contrario a la dosis habitual, fue de depresión y llanto. No hubo trastornos alucinógenos. Pero sí de respiración. Petiot esperó el desenlace. Estudió las reacciones.

Acostada en una camilla, la infeliz pidió agua. El asesino se la alcanzó echándole un estimulante. Buscaba una muerte rápida y sin dolor. Sobre pasado el límite, las drogas obrarían como veneno. Y así fue. Minutos después, los ojos desmesuradamente abiertos, la nariz reseca, Mlle. Chamoux se durmió definitivamente en la muerte. El **principium somniferum** descubierto por Sertuener del mismo álcali del opio, acabó con otra víctima de Petiot.

Luego, la misma secuencia. La reiteración sádica. El cuerpo desnudo de Mlle. Chamoux flotó también en la fosa de cal viva, a la espera de la corrosión.

4. PETIOT ES DETENIDO

En 1943 (posiblemente una denuncia anónima) la Gestapo detiene a Petiot, creyendo que éste trabajaba para la Resistencia. El médico negó los cargos. Dijo impasiblemente que



se dedicaba a los toxicómanos y a los abortos. Y que se ganaba la vida honradamente, contribuyendo a extirpar la angustia. Fue encarcelado, y, después de algunos meses, puesto en libertad. No había motivo de preocupación para la Gestapo.

Petiot volvió a la rue Leseur. Levantó la tapa de la fosa infernal, y resolvió incinerar los restos que aún quedaban en sus aguas corrosivas. Temía una segunda investigación de la policía alemana. Y ésta fue su perdición. El humo y el hedor, como en el caso de Landrú, inquietaron al vecindario del **petit-hotel**. Dieron cuenta a la policía. Esta se constituyó en el "sanatorio" y halló vestidos de mujer, prendas de hombre, huesos de seres humanos y la fosa impresionante. Petiot no estaba. Le telefonearon. El médico concurrió sonriente, y sólo dijo una palabra. "—Colaboracionistas".

La policía francesa (esta vez no era la Gestapo) vio en Petiot un patriota. El hombre que luchaba en favor de la Resistencia. Lo dejó ir. Pero éste huyó a Reuilly. Se dejó crecer la barba y se convirtió en el capitán Henri Valery. Esta vez iba a "trabajar" para Francia. Tendría que reivindicarse en las apariencias.

Cuando la Sûreté advirtió el error, lanzó a sus agentes en

busca de este otro Barba Azul. Ya tenía en sus oficinas varios billetes de 100 francos partidos en dos, que habían traído los parientes de las víctimas. Los indicios eran suficientes. Urgía prenderlo. La búsqueda resultó positiva al poco tiempo. Petiot, alias el capitán Valery, fue sorprendido el 31 de octubre de 1944 en una estación del Metro. Lo esposaron y lo encarcelaron en la Santé (nombre simbólico que también equivale a salud).

Las horas se le hicieron largas. Leía obras policiales y novelas de terror. Sus libros favoritos. A veces escribía. Compuso una sonetorta para demostrar a pesar suyo la inutilidad de la rima y la necesidad de exterminar a sus juzgadores. He aquí el documento:

¡Ah!, qué bello es ver en
[cónclave cerrado
en una u otra sala igualmente
[vecina,
tras negros pájaros nocturnos
[preparar su cocina,
tres jueces y un procurador,
[formando un cuadrado.
Hace bien observar en este
palacio amurallado
el enredar a gusto esa tropa
[de tontos,
pegajosa de ambición,
llevando en los rostros
todos los vicios ocultos por
[los que son devorados.



Pero mejor será ver la
[ciudad en armas
gritando: "¡Fuera!", o sin
[previa alarma
saquear el palacio. O más
[que todo ello
colgando a uno y a otro.
[¡Oh!, sería bello
verlos morir una noche a
[muerte lenta,
y por monedas, diez pieles
[de juez en venta.

Relata un periodista de la época que después de redactada esta sonetorta, Petiot, con su megalomanía al máximo, se creyó más importante que Ronsard y más hábil que cualquier sonetista posterior a los parnasianos. Indudablemente, la paranoia del médico asesino era más repelente que la del propio Landrú. No tenía en su favor ningún atenuante.

5. DEFENSA Y EJECUCION

La hipótesis de que Petiot eliminaba a sus víctimas con inyecciones de estricnina no pudo verificarse en el proceso. Tampoco se probó que utilizara el gas. Lo único evidente fue la fosa de cal viva y la habitación triangular en que agonizaban las víctimas mientras el criminal observaba sus reacciones por la mirilla. El periodismo, sin embargo, no dudó en ningún momento de la estricnina. Traficante de estu-

pefacientes y fervoroso partidario de María Magdalena d'Aubray, marquesa de Brinvilliers, gran envenenadora del siglo XVII, ¿qué otra cosa podía hacer Petiot que no fuera el empleo de venenos mediante inyecciones? El pueblo que siguió el proceso no se apartó de esta hipótesis.

Cuando Petiot compareció ante sus jueces, acusado concretamente de 24 asesinatos, insistió en que había eliminado a 63, entre hombres y mujeres. Pero que no lo había hecho ni por sadismo ni por interés pecuniario, sino por librar a Francia de los nazis que la sojuzgaban. Era un patriota de la Resistencia, a quien no debía confundirse con un vulgar asesino. Como prueba de este patriotismo, la defensa expuso la detención de Petiot por la Gestapo. Pero el tribunal tenía pruebas de cargo abrumadoras. Los debates fueron largos, interminables, llenos de incidencias. Petiot fue sucumbiendo a los argumentos de la acusación. La fosa de cal, la habitación triangular y las incineraciones no pudieron ser impugnadas por la defensa. Tampoco pudieron levantarse los cargos respecto de las prendas de vestir halladas en el "sanatorio" de la calle Leseur. Los deudos de las víctimas reconocieron la ropa. Era la que éstos llevaban

cuando se despidieron de los suyos en busca del paraíso.

Petiot, impassible, marmóreo, siguió los discursos de la acusación y la defensa. Las palabras se deslizaban por su rostro, por sus sienes frías, trasudadas.

Todos los criminales están ausentes del análisis en el instante de la audiencia. Escuchan y hasta responden. Pero su ausencia es total. Están fuera de sí. En una alteridad que no implica, sin embargo, el desdoblamiento, sino la espera de un castigo invocado por ellos mismos en un complejo de culpabilidad. El instinto de la aniquilación los poseen de tal manera, que pierden todo



interés por la vida. Si responden, como en el caso de Landrú, lo hacen sin conciencia de la respuesta. A veces, esta respuesta, si resulta cáustica, es porque el instante de vida que le queda, al criminal, confrontado con la larga muerte que espera resignado, se fusiona en una descarga emocional inesperada que provoca las impulsiones en una actitud absurda.

Petiot, acusado por el ministerio fiscal, no tuvo ningún sentimiento que se objetivara a través del miedo o de la esperanza en la absolución. Su frialdad, psicológicamente, era la resignación de la muerte. Petiot la intuyó desde el día

aquel en que fue sorprendido en la estación del Metro. Cuando se la anunciaron en la audiencia, no hizo otra cosa que confirmar su inconsciente deseo de morir, de no luchar. En esta resignación no difería de ninguno de los grandes criminales.

El 25 de mayo de 1946 fue llevado a la guillotina. La mirilla de su habitación triangular en la calle Leseur, se convirtió en la hendidura por donde Petiot introdujo la cabeza. Cuando cayó la cuchilla, cercenándolo, la mirilla se cerró simbólicamente en la muerte.

Los crímenes suelen pagarse a modo de venganza circular.

Tiranosaurus

por H. P. LEWIS



La sala era amplia y blanca. Palpitaba en el ambiente un silencio arcaico. Los esqueletos se erguían como mudos testigos del reinado de una antigua pesadilla.

En el centro de la sala, donde se hallaban los dinosaurios del período cretáceo, se podía leer en un cartel: "Tiranosaurus Rex". Quince metros de osamenta desde la cola hasta las formidables mandíbulas. Sobre su cruel sonrisa de calavera las cuencas vacías parecían sondearlo todo con siniestra omnipotencia. Y junto

al coloso de marfil, como adorándolo desde su pequeño escritorio de fórmica, se hallaba Juan Pérez, el encargado de la sala.

Era un hombrecito de un metro y medio de estatura. El traje colgaba de su descarnada figura, y la apariencia asustadiza de su rostro daba la impresión de que esperaba en cualquier momento que el mundo se derrumbase sobre su cabeza. Era uno de esos típicos personajes que, convencidos de su propia insignificancia, se ponen a salvo del mundo en al-

gún "agujero", y él había establecido el suyo allí, en medio de aquellos esqueletos gigantes que parecían poder aplastarlo como a un insecto. Juan Pérez miró al visitante con curiosidad. Por tercera vez en esa semana lo había visto observando al tiranosaurio, y no resistió la tentación de hablarle.

—Caballero... disculpe si lo molesto —tartamudeó Pérez con timidez.

El interpelado giró la cabeza mientras sonreía con amabilidad.

—Es que lo he visto varias veces por aquí —continuó— y me llamó la atención su interés por este esqueleto...

El visitante asintió.

—Es un animal tremendamente interesante, quizás el más interesante de los dinosaurios, como opinan algunos paleontólogos entre los cuales me incluyo —observó con un marcado acento extranjero.

—Ah... Ud. es paleontólogo —dijo Pérez con tímida admiración.

—Oh... qué torpeza, olvide presentarme. Soy Adolf Von Jutz, doctor en Paleontología y Ciencias Biológicas —aclaró el extraño tendiendo su mano.

—Juan Pérez, a sus órdenes —dijo respondiendo al saludo.

—Es un animal fascinante —agregó luego Von Jutz mientras miraba el esqueleto—. Un

dépredador sin parangón. La bestia más temible que creó la naturaleza.

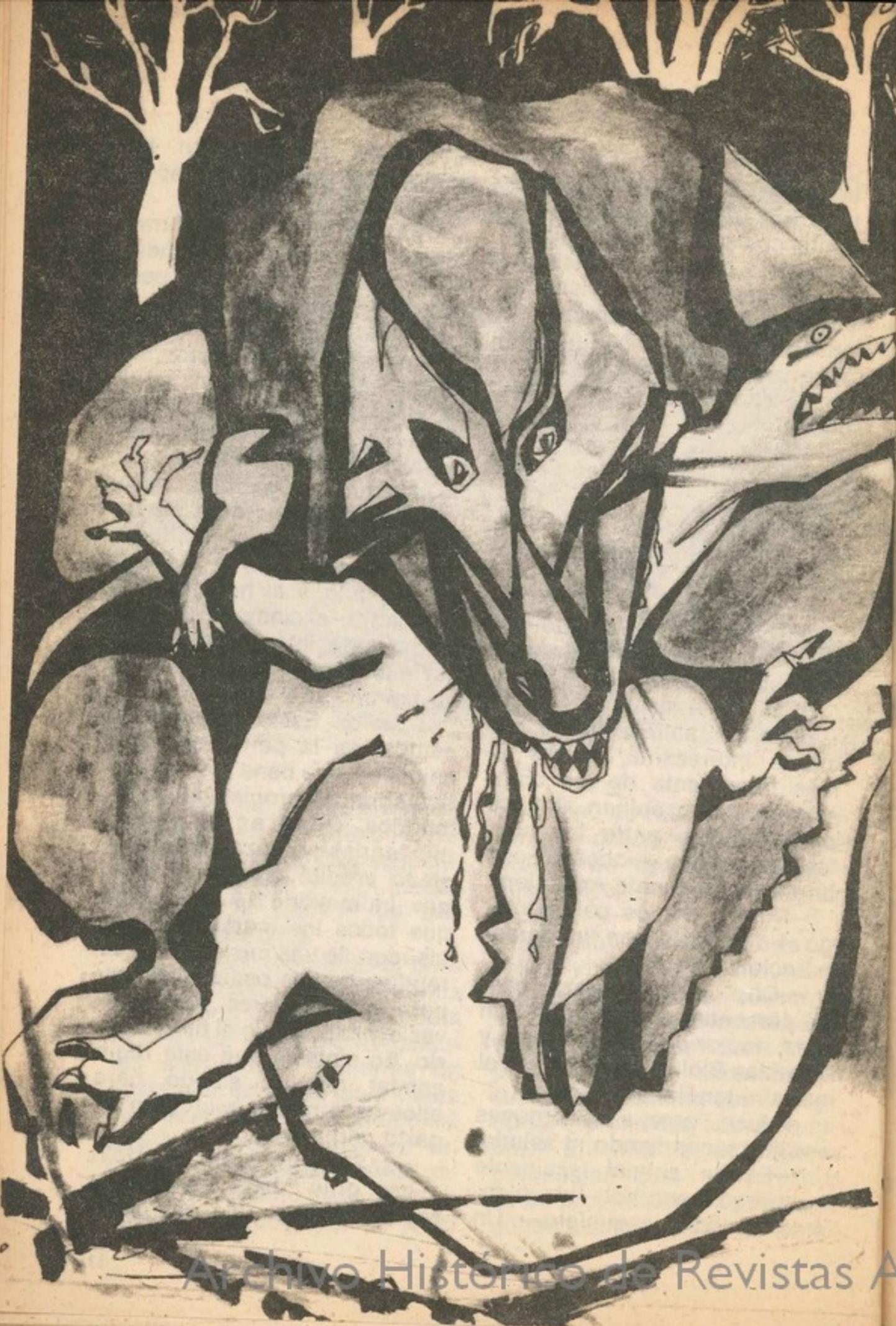
—Es más que eso —afirmó Pérez con inusitada vehemencia—, es el animal más perfecto que existió.

—...Y quizás eso no sea todo —continuó el doctor sin prestar mucha atención a las palabras de Pérez—. Según algunos estudios que estoy desarrollando, es probable que haya sido una ignorada rama evolutiva de estos dinosaurios la que originó a los mamíferos lemuroides, a partir de los cuales evolucionó el hombre.

—¡Ah! —exclamó Pérez profundamente interesado—. ¿Es por eso que ha estado viniendo tan seguido a observarlo?

—Así es. Estoy haciendo un estudio de la pelvis de estos animales, que tiene ciertas particularidades propias de los lemuroides. Desgraciadamente mis teorías no gozan de demasiado crédito entre mis colegas. La mayoría de ellos opina que todos los mamíferos descienden de una misma rama de reptiles menos especializados, pero con mayores perspectivas evolutivas que el tiranosaurio. En síntesis que este regio animal termina siendo para ellos nada más que un gran lagarto carnívoro.

—¿Sólo un gran lagarto?! —casi gritó Pérez, mientras su rostro adquiría una expresión



Tiranosaurus

totalmente insana—. ¡Pero si era el rey de la tierra! Vagaba por las selvas cretáceas como una omnipotente máquina de matar. Alzándose sobre sus poderosas piernas de Titán, esperaba tan sólo el signo que delatara la presencia de algún ser vivo para ir tras él y devorarlo. ¡Era casi un dios!

Pérez quedó en silencio, mientras sus ojos miraban fascinados la gran cabeza fósil, como esperando ver a través de cien millones de años a la enorme y acerada mandíbula del reptil desgarrar cruelmente una de sus víctimas. Pasaron tensos segundos y luego algo más tranquilo agregó.

—Quizás me crea loco si le digo que envidio infinitamente a ese animal.

El doctor escuchó comprensivamente el obsesivo discurso de Pérez y finalmente comentó con aire distraído.

—Tal vez le consuele saber que usted fue uno de esos animales.

Pérez dio un respingo de sorpresa y excitación.

—¿Qué es lo que quiere decir con eso? —preguntó exaltado.

—Oh, nada, fue sólo una frase relacionada con una teoría que tengo. Pero no es nada importante —respondió Von Jutz evasivamente.

—¿Pero qué quiere decir? —insistió Pérez.

—Le he dicho que nada —dijo el doctor con cortante brusquedad—. Discúlpeme pero se me ha hecho tarde.

Giró nerviosamente sobre sus pies alejándose con paso rápido.

Juan Pérez se sentía casi trastornado. Las palabras del doctor Von Jutz despertaban sus más ocultas y extrañas fantasías.

Miro el enorme esqueleto y luego su pequeño cuerpo. El, ¿el ser más poderoso de la historia? ¿El gigantesco rey de las bestias? Esa idea lo hizo estremecerse entre el placer y el miedo.

En los días siguientes no pudo recobrar la calma. Hora tras hora levantaba la vista de su escritorio esperando hallar junto al esqueleto al doctor Von Jutz, para acorralarlo con preguntas sobre esa misteriosa frase que lo inquietaba. La espera resultó inútil, Von Jutz no volvió a aparecer. Finalmente Pérez decidió ir a buscarlo.

Afortunadamente, Von Jutz era bastante conocido en su especialidad aunque no gozaba de la simpatía de sus colegas, según dedujo Pérez de la actitud con que el director del museo le facilitó su domicilio.

El sábado por la tarde, al finalizar su horario de trabajo, Pérez fue a visitar al doctor.

Llegó al anochecer frente al oscuro portal.



Tocó el timbre varias veces, pero la casa estaba vacía. Pérez decidió aguardar. Era ya más de medianoche cuando la robusta silueta del doctor se recortó en la esquina. Los reflejos que la escasa luz dejaba caer sobre su barba le daban a la cara un aspecto fantasmal.

El hombrecito esperó en la penumbra a que Von Jutz se acercase.

—Dr. Von Jutz —llamó.

—¿Quién es usted? —preguntó Von Jutz deteniéndose con recelo.

—El encargado del museo, ¿me recuerda?

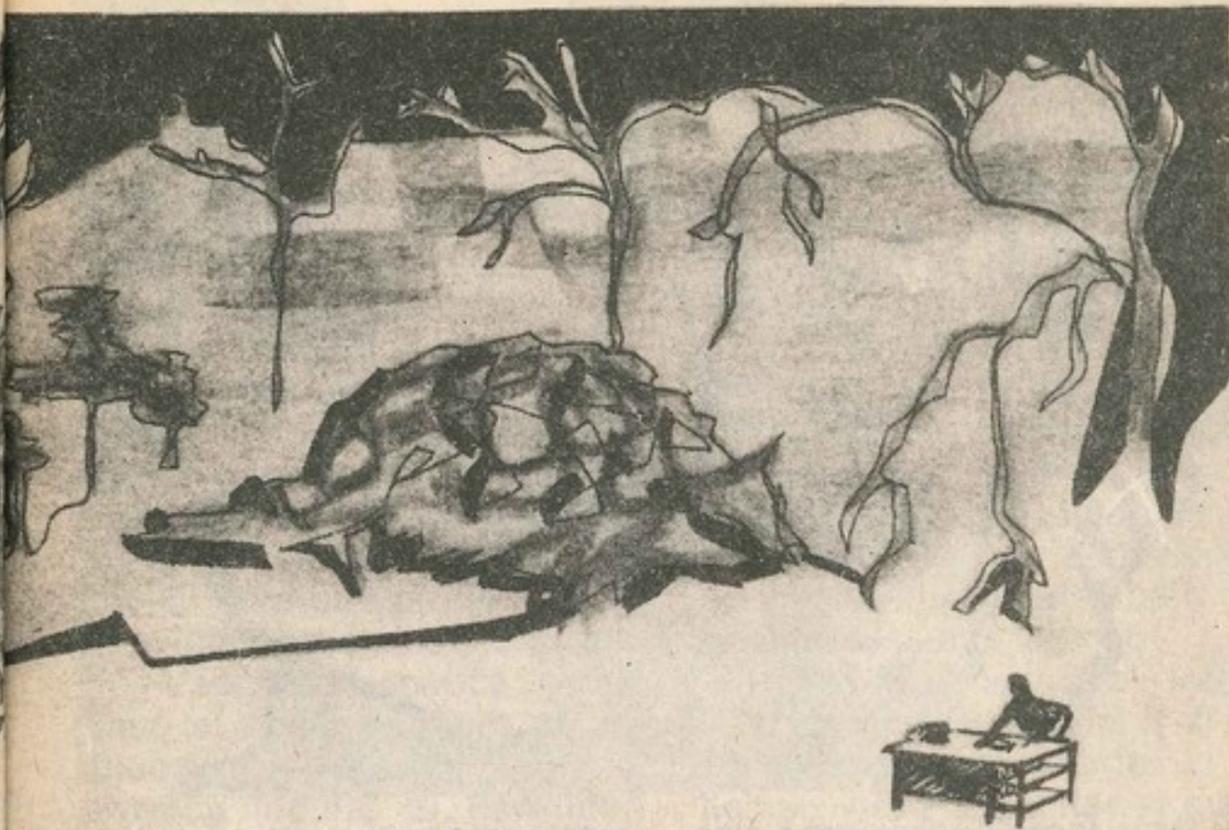
—Sí... ¿qué desea? —interpeló bruscamente Von Jutz.

—Bueno, yo... Ud. bien lo sabe. ¿Qué quiso decir con esa frase? —exclamó Pérez con voz entrecortada.

El doctor dudó un momento y luego, mientras abría la antigua puerta de madera, murmuró:

—Sígueme en silencio.

Después de atravesar un pasillo oscuro, ascendieron por una estrecha escalera. Finalmente se detuvieron frente a una puerta que Von Jutz abrió con suavidad, tratando de evitar el chirrido de las bisagras. Bajo la luz mortecina que iluminó la habitación, Pérez observó maravillado la enorme biblioteca que se alzaba contra una de las paredes, la que jun-



to con dos sillones y una pequeña mesa constituían el escaso mobiliario.

El doctor cerró la puerta tras de sí y habló en voz baja:

—Siéntese, por favor.

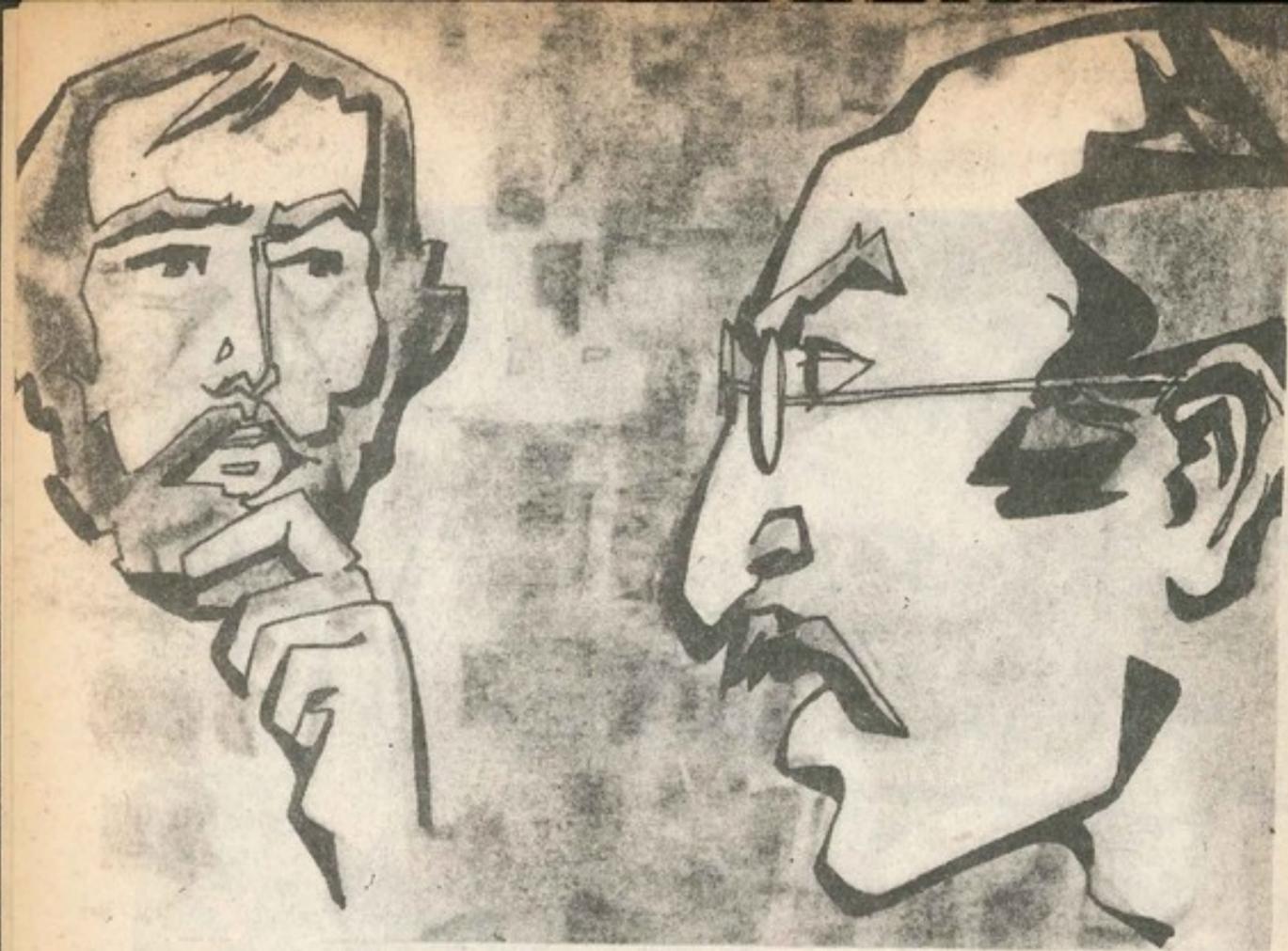
Pérez se sentó vacilante.

Le sorprenderá mi conducta —continuó Von Jutz—, pero prefiero que ninguno de mis vecinos sepa que recibo visitas a estas horas. Por eso lo traje a esta habitación ya que las demás lindan con casas vecinas, y seguramente nuestra conversación podría ser escuchada.

—¿Por qué le preocupa tanto que los vecinos se enteren de mi presencia? —preguntó Pérez, asombrado.

—Se trata de un asunto relacionado con su pregunta. Le explicaré —respondió Von Jutz, mientras tomaba un libro de la biblioteca y se sentaba frente a su visitante.

—Hace unos tres años —comenzó— que me dedico a buscar las obras de cierto antepasado mío, quien según una leyenda familiar que por desgracia se ha popularizado bastante, fue condenado a la hoguera por nigromancia y actividades satanistas. Sin embargo, nunca llegó a ser ejecutado, ya que desapareció misteriosamente de su celda la noche anterior al cumplimiento de su condena.



"Más tarde aparecieron ciertos escritos cuya autoría se insistió en adjudicarle. Estos escritos fueron quemados, en su mayoría, por la Inquisición. Pero algunos escaparon del fuego: di con uno de ellos en un viaje que realicé a Londres para cumplir con una serie de conferencias. Mi interés hasta entonces era mera curiosidad por descubrir el origen de esa leyenda familiar, pero el sorprendente contenido del libro hizo que cambiara de idea. Se titulaba "Los Primeros Dioses", y más que un libro de ocultismo era una recopilación de ensayos científicos que exponían en su conjunto una concepción del universo totalmente revolucionaria aun para nuestra época. Uno de esos ensayos hace

referencia a las diferentes ramas de la evolución de lo viviente, teorizando que el hombre desciende de los grandes dinosaurios bípedos que dieron origen a las aves y a ciertos mamíferos antepasados de los lemuroides."

—¿Ese es el libro? —preguntó Pérez señalando el que Von Jutz tenía en las manos.

El doctor respondió afirmativamente mientras le ofrecía el pesado volumen. Pérez lo contempló fascinado reparando en el extraño material con que estaban confeccionadas sus tapas. La textura demasiado suave y flexible del "cuero", le hizo soltar el libro compulsivamente sobre la mesa.

—Como verá —continuó Von Jutz— mis actuales traba-

jos sólo intentan confirmar esa teoría. El éxito con que llevé a cabo mis descubrimientos me impulsó a seguir investigando hasta tomar contacto con la Cientología, una especie de interpretación mágica del Psicoanálisis, sostenida por ciertas organizaciones secretas. Una vez iniciado en una de estas sectas a través de ritos telepáticos, se me permitió leer el Escalibur, su libro sagrado.

—El libro que produce locura —dijo Pérez con excitación.

—Veo que lo conoce —continuó el doctor—. Pero en realidad no es el leerlo lo que provoca locura. El Escalibur, entre otras cosas, explica que todos los seres vivos son sólo un estado de conciencia (al igual que sus antepasados) de la conciencia única del ser original que reencarna en vidas sucesivas. Es decir que usted ha sido aunque no lo sepa otro ser humano y también un antropoide...

—Y un tiranosaurio —murmuró Pérez.

—Y un tiranosaurio —confirmó Von Jutz—. Ya ve que este saber que le confío no produce locura. Lo que enloqueció a quienes leyeron el Escalibur fue la práctica del Ritual de Transmutación.

—¿En qué consiste ese ritual? —preguntó el hombrecito intuyendo la deseada y temida respuesta.

El doctor pareció vacilar un instante y luego respondió:

—Este ritual permite intercambiar la conciencia actual de cualquier ser vivo por la conciencia de cualquiera de sus vidas anteriores.

—¿Quiere decir por ejemplo, que usted podría haber intercambiado su conciencia con la de su diabólico antepasado?

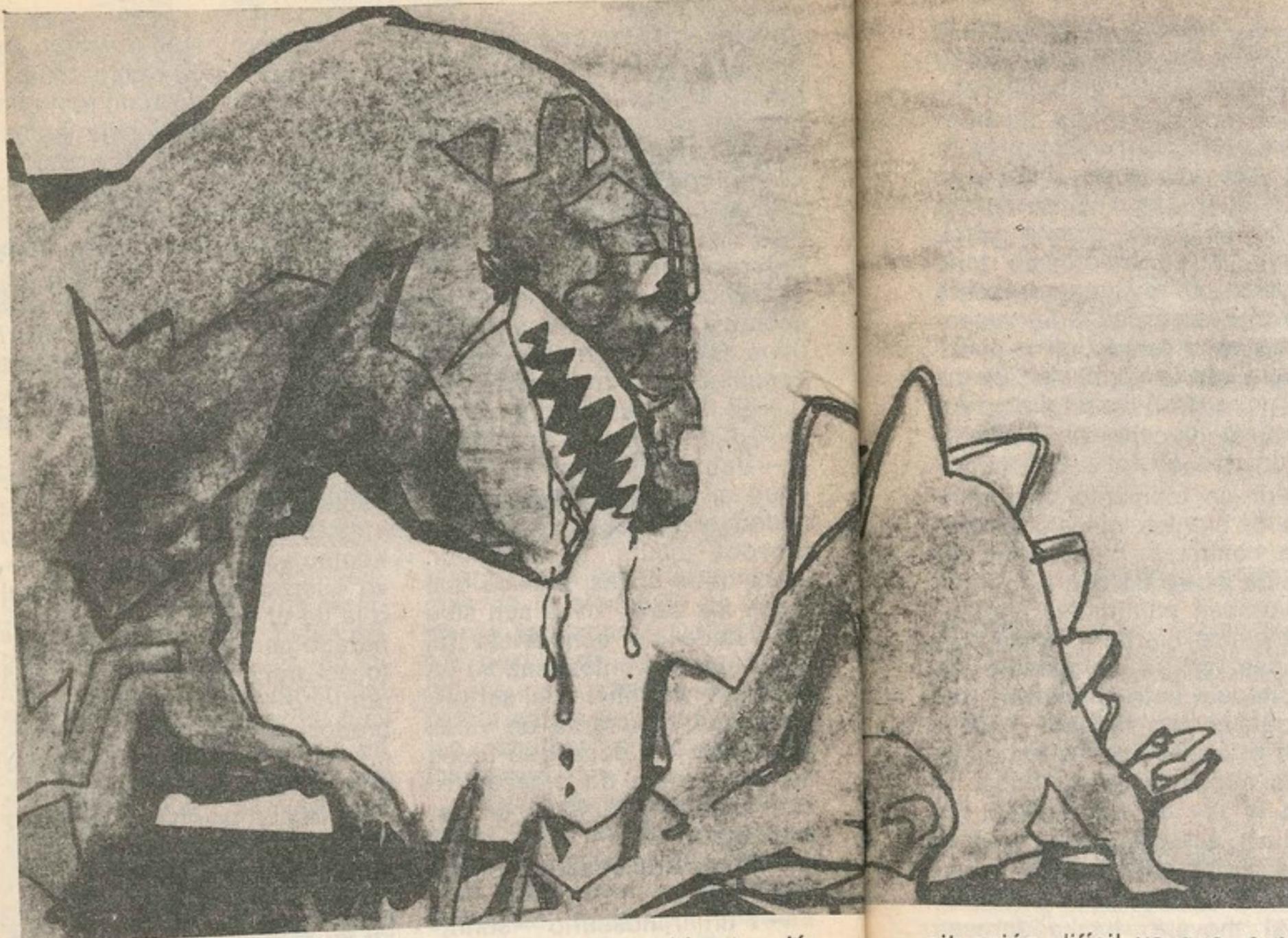
—Un ejemplo interesante —murmuró Von Jutz insinuando una sonrisa desde abajo de su barba. Luego agregó:

—Una vez hecho el intercambio, es irreversible. Y si la conciencia que desde otro tiempo viene a habitar el nuevo cuerpo es la de un animal o la de un ser humano no preparado para el cambio, el sujeto así transmutado es tomado por loco— Pérez miraba asombrado a su interlocutor tratando de asimilar y comprender todo lo que había escuchado. Tras la confusión, un siniestro deseo comenzó a trepar por su cerebro hasta adueñarse de él, mientras Von Jutz lo observaba en silencio, como adivinando lo que ocurría en su interior.

—Es decir —dijo dominado finalmente por su locura —que puede trasmutarse al cuerpo de un tiranosaurio!

—Eso sería una monstruosidad —observó Von Jutz.

—¿No es acaso una monstruosidad la vida miserable que



llevo dentro de este despreciable cuerpo? ¿Vivir humillado, atemorizado, sintiendo que la burla y el desprecio me acechan en cada rostro? Odiando cada mañana que inevitablemente me enfrenta con mi imagen en el espejo. ¡Quiero transformarme en un ser poderoso y bestial para vengarme de la

naturaleza que me hizo tan débil e insignificante!

La voz de Pérez quebrada por la desesperación, se transformó en un grito.

—Tranquilícese —ordenó Von Jutz, alarmado.

—Realmente no sé qué decirle —continuó el doctor con gravedad—. Me pone en una

situación difícil ya que, a pesar que lo que usted me propone me parece terrible, en cierta manera lo comprendo. Por eso dejo la decisión en sus manos. De todas formas debo advertirle que una vez realizada la trasmutación ya no podrá volver a reencarnar, y su conciencia, tras la muerte del

cuerpo que se propone habitar, quedará presa del "Caos Eterno" donde lo esperan horrores que por suerte hasta yo ignoro.

—Estoy dispuesto a todo —respondió Pérez tratando de disimular un repentino temblor.

—Lo esperaba —dijo Von Jutz. Y con una sonrisa sugestiva agregó:

—Se puede huir de casi todo, pero no de uno mismo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del visitante como una multitud de agujones.

—Bueno, apurémonos —y levantándose el doctor comenzó a trazar extraños signos en el piso de madera.

Pérez contempló los preparativos como desde el auditorio de un teatro, hasta que finalmente Von Jutz ordenó:

—Párese en el centro del círculo mayor.

El hombrecito caminó como un autómatas hasta el lugar indicado y mientras lo hacía intuyó el verdadero significado de las palabras de Von Jutz. Quiso gritar, escapar a toda carrera, pero no pudo hacerlo. Permaneció parado, inerte, como si algo hubiera robado su voluntad.

Von Jutz extrajo unas notas de la biblioteca y habló velozmente:

—Repita estas palabras en voz alta: "Niat nhaaga thot Numar".

Las palabras salieron de la garganta del aterrorizado hombrécito como un eco lúgubre...

La selva era verde y profunda. Las vaporosas marismas palpitaban como un sordo corazón de aquel mundo primigenio. Y en medio de todo aquello un rey con armadura movió sus párpados lentamente tratando de sacudir la soñolencia que lo dominaba. La luz del sol quemó las pupilas y entrecerró los ojos para disipar el dolor.

Por un momento no entendió los montes, ni las gigantes cas coníferas, ni aquellas increíbles bestias que a lo lejos devoraban cantidades interminables de hierba y hojas. Entonces recordó. Jadeante de excitación entrechocó sus formidables mandíbulas y escuchó el chasquido de los enormes cuchillos en su boca. Él era el rey de las bestias. Se detuvo a sentir cómo la sangre corría enloquecida a través de su cuerpo gigantesco, y al moverlo los poderosos músculos se hincharon bajo la piel impenetrable. Miró la selva como un cruzado vería el territorio recién ganado en la batalla. Él era ahora el señor de ese antiguo mundo, el cruel asesino: Tiranosaurus Rex.

Repentinamente un dolor agudo le perforó el hombro.

Giró su enorme cabeza de reptil con un rugido estremecedor enfrentándola al inmenso pterodáctilo que lo atacaba. Intentó un rápido contraataque pero, para su sorpresa, sólo logró un torpe movimiento que su agresor no tuvo dificultad para eludir. Rugió desafiante mientras repetía el intento, pero sus piernas volvieron a fallarle, y su objetivo se limitó a ganar un poco de altura para escapar a las mandíbulas. Sintiendo indefenso el pánico lo dominó. Buscó desesperada-

mente un lugar donde refugiarse, y sus ojos se detuvieron a pocos metros sobre la entrada de una enorme cueva. Huyó enloquecido por el miedo recorriendo con lentitud exasperante el corto trecho, mientras varios rapaces voladores lo cercaban como arpías infernales. Jadeante y sin fuerzas se metió en la cueva dejando caer sobre el pecho la monolítica cabeza, y en ese instante pudo ver sus escamosas patas de reptil, grotescamente enanas y deformes.

VEINTINUEVE AÑOS SIN DORMIR

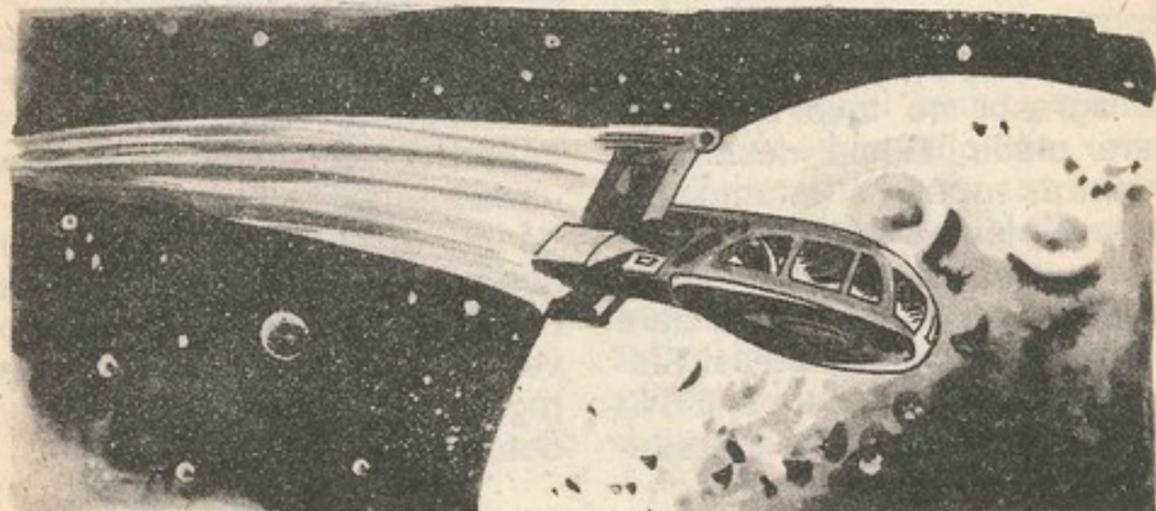
(Bagdad). — Según el diario iraquí "Al-Soura", un obrero de 60 años, Abd Saas Mouna, que trabaja en la estación ferroviaria de Dionaniyyech (en el sur de Irak), afirma no haber dormido desde hace veintinueve años, nueve meses y trece días, desde el momento de la muerte de su madre y de su hijo sobrevividas al mismo tiempo. Mouna, cuya cara muestra signos muy pronunciados de fatiga, consultó a numerosos médicos que no han podido devolverle el sueño.

LOS MENHIRES TIENEN ORIGEN HINDU

(Moscú). — Los menhires son bloques de piedra que se remontan a 3000 años antes de Jesucristo y en los que se aprecian, no esculpido sino grabado, líneas y dibujos que por lo general representan a hombres y mujeres. Hasta hoy no se sabía a ciencia cierta de qué país procedían. Pero el descubrimiento muy reciente de una de estas estatuas cerca de la villa Kernosova en la Ucrania reveló algunos secretos. Tres huellas de pasos identificadas sobre piedra tienden a probar que estos monumentos proceden de la India. En el libro Sagrado Hindú del Righ-Veda, el símbolo de tres pies sirve en efecto para invocar al dios Vishnú, representando los tres pies el cielo, el aire y la tierra. De aquí a pensar que la India fue el primer hogar de la estatuaria europea no hay más que un paso que los arqueólogos del Museo de Historia de Dniepropetrovsk dan de buena gana.

CAMUFLAJE

por HENRY KUTTNER



Talman sudaba copiosamente cuando llegó al número 16 de Knobhill Road. Tuvo que hacer un esfuerzo para tocar la placa anunciadora. Se oyó un zumbido suave mientras las células fotoeléctricas comprobaban y daban el visto bueno a sus huellas digitales; después, la puerta se abrió y Talman se internó en el oscuro pasillo. Miró hacia atrás, más allá de las colinas, donde las luces del puerto espacial creaban un nimbo pálido y palpitante.

Avanzó, bajó por una rampa y entró en una habitación cómodamente amueblada en la que un hombre gordo y canoso, sentado en un sillón, jugaba con un vaso de cóctel. La tensión dominaba la voz de Talman cuando dijo:

—Hola, Brown. ¿Todo anda bien?

Una sonrisa estiró las mejillas hundidas de Brown.

—Seguro —afirmó—. ¿Por qué no? ¿Acaso la policía te persiguió?

Talman se sentó y comenzó a prepararse un trago en la bandeja cercana. Su rostro delgado y sensible estaba ensombrecido.

—Uno no puede discutir con sus glándulas. De todos modos, eso es lo que el espacio me provoca. Todo el camino desde Venus esperaba que alguien se acercara y me dijera: "Se le busca para interrogarlo".

—Nadie lo hizo.

—Yo no sabía qué encontraría aquí.

—La policía no esperaba que nos dirigiéramos a la Tierra —agregó Brown, y revolvió su cabellera gris con una garrucha informe—. Y la idea te pertenece.

—Sí. Psicólogo consultor para...

—...para criminales. ¿Quieres largarte?

—No —replicó Talman honestamente—. No con los beneficios que ya tenemos a la vista. Esto es grande.

Brown sonrió.

—Claro que sí. Hasta ahora, nunca nadie organizó el delito de este modo. Hasta que nosotros comenzamos, no hubo un solo delito que valiera la pena.

—Pero, ¿dónde estamos ahora? Huyendo.

—Fern ha encontrado un escondite infalible.

—¿Dónde?

—En el Cinturón de Asteroides. Pero necesitamos una cosa.

—¿Qué?

—Una planta de energía atómica.

Talman pareció sorprendido. Pero vio que Brown no bromeaba. Un momento después dejó el vaso y frunció el ceño.

—Yo diría que es imposible. Una planta de energía es demasiado grande.

—Sí —reconoció Brown—, con excepción de esta que va por el espacio hasta Callisto.

—¿Un secuestro? No tenemos hombres suficientes...

—La nave se encuentra bajo el mando de un Trasplante.

Talman ladeó la cabeza.

—Ah. Eso está fuera de mi especialidad...

—Lógicamente, habrá una tripulación reducida. Pero nos encargaremos de ellos... y ocuparemos sus sitios. Entonces será una simple cuestión de desenganchar al Trasplante y conectar los mandos manuales. No está tan fuera de tu especialidad. Fern y Cunningham se ocuparán del material técnico, pero primero nosotros tenemos que averiguar cuán peligroso puede ser un Trasplante.

—Yo no soy ingeniero.

Brown ignoró el comentario y prosiguió:

—El Trasplante que conduce este transporte a Callisto es Bart Quentin. Tú lo conociste, ¿no?

Talman asintió, sorprendido.

—Seguro. Hace años... Antes...

—En lo que a la policía se refiere, estás limpio. Tienes que ver a Quentin. Sonsacarle algo. Y averiguar... Cunningham te dirá qué tienes que averiguar. Después, podremos continuar. Eso espero.

—No sé..., no estoy...

Brown frunció el ceño.

—¡Tenemos que encontrar un escondite! Ahora eso es vi-

tal. De lo contrario, daría lo mismo que entráramos en la comisaría de policía más cercana y extendiéramos las manos para que nos pusieran las esposas. Hemos sido astutos, pero ahora... *tenemos* que escondernos. ¡Y rápido!

—Bueno... lo comprendo. Pero, ¿sabes qué es en realidad un Trasplante?

—Un cerebro libre. Uno que puede utilizar artilugios artificiales.

—Técnicamente, sí. ¿Viste alguna vez un trasplante manipulando una excavadora de fuerza? ¿O una draga marina venusiana? ¿Esos mandos terriblemente complicados que sólo una docena de hombres puede manipular?

—¿Estás diciendo que un Trasplante es un superhombre?

—No —replicó Talman lentamente—, no dije eso. Pero sospecho que sería más fácil habérselas con una docena de hombres que con un Trasplante.

—Bueno —agregó Brown—, márchate a Quebec y visita a Quentin. He descubierto que ahora se encuentra allí. Pero primero habla con Cunningham. Resolveremos los detalles. Lo que necesitamos es conocer los poderes de Quentin y sus puntos vulnerables. Y si es o no telépata. Tú eres un viejo amigo de Quentin y,

por añadidura, psicólogo, de modo que eres idóneo para la tarea.

—Sí.

—Tenemos que conseguir esa planta de energía. *¡Tenemos que escondernos, ahora!*

Talman pensó que, probablemente, Brown había planeado esto desde el principio. El gordo era muy astuto; había sido lo bastante inteligente para comprender que los delinquentes comunes no tendrían posibilidades en un mundo altamente tecnificado y cuidadosamente especializado. Las fuerzas policiales podrían recurrir a la ayuda de las ciencias. Las comunicaciones eran excelentes y rápidas, incluso entre los planetas. Existían artilugios... La única posibilidad de cometer un delito con éxito consistía en hacerlo rápido y realizar después una fuga casi instantánea.

Pero era necesario planear el delito. Cuando se compite con una unidad social organizada; como hace todo criminal, conviene crear una unidad semejante. Una cachiporra no tiene posibilidades ante un rifle. Un bandido de mano dura estaba condenado a un rápido fracaso por un motivo semejante. Las huellas que dejara serían analizadas; la química, la psicología y la criminología lo rastrearían; se le haría con-

fesar. Se le haría confesar, y sin utilizar métodos de baja categoría. De modo que...

De modo que Cunningham era un ingeniero electrónico. Fern era astrofísico. Talman, psicólogo. El corpulento y rubio Dalquist era cazador, por elección y profesión, un cazador maravillosamente integrado y terriblemente veloz con las armas. Cotton era matemático..., y Brown el coordinador. La combinación había funcionado con éxito en Venus, durante tres meses. Después, inevitablemente, la red se cerró y la unidad retornó a la Tierra, preparada para dar un nuevo paso del plan a largo plazo. Hasta ese momento, Talman no lo conocía. Pero podía comprender rápidamente su necesidad lógica.

Si era necesario, podrían ocultarse para siempre en el vasto yermo del Cinturón de Asteroides y salir para dar un golpe siempre que se presentara la oportunidad. A salvo, podrían formar una organización delictiva clandestina, con un sistema de espías diseminado entre los planetas... Sí, era el camino inevitable. De todos modos, dudaba en poner a prueba su talento ante el de Bart Quentin. El hombre ya... no era... humano...

La preocupación lo dominó durante el viaje a Quebec. Aunque era cosmopolita, no

podría dejar de experimentar tensión y turbación cuando se encontrara con *Quent*. Tratar de ignorar ese... accidente... resultaría demasiado obvio. Pero... recordaba que, siete años atrás, Quentin había poseído un hermoso físico musculoso y había estado orgulloso de su capacidad como bailarín. En cuanto a Linda, se preguntó qué había ocurrido con ella. Bajo esas circunstancias, resultaba imposible que aún fuera la señora de Bart Quentin. ¿O lo era?

Miró el San Lorenzo, una barra de plata opaca que se extendía debajo del avión a medida que éste se inclinaba. Pilotos robots... un delgado haz de luz. Sólo durante las tormentas violentas los pilotos normales asumían el mando. En el espacio, la cuestión era distinta. Y había otros trabajos, terriblemente complicados, que sólo los cerebros humanos podían abordar. Mejor dicho, un tipo muy especial de cerebro.

Un cerebro como el de Quentin.

Talman se rascó la puntiguda mandíbula y sonrió débilmente, mientras intentaba localizar la fuente de su preocupación. Entonces encontró la respuesta. ¿Acaso *Quent*, en su nueva encarnación, poseía más de cinco sentidos? ¿Podía detectar reacciones



que un hombre normal no percibiría? Si era así, Van Talman estaba definitivamente hundido.

Miró a su compañero de asiento, Dan Summers, de Wyoming Engineers, por intermedio del cual se había puesto en contacto con Quentin. Summers, un joven rubio con arrugas alrededor de los ojos, producidas por el sol, sonrió afablemente.

—¿Nervioso?

—Puede ser —repuso Talman—. Me preguntaba cuánto habrá cambiado.

Los resultados varían en cada caso.

El avión, controlado por haces de luz, se deslizó por las pendientes del aire del anochecer en dirección al puerto. Las torres iluminadas de Quebec formaban un telón de fondo irregular.

—¿Entonces cambian?

—Supongo que, psíquicamente, se ven obligados a hacerlo. Usted es psicólogo, señor Talman. ¿Cómo se sentiría si...?

—Tal vez existan compensaciones.

Summers rió.

—Esa es una afirmación incompleta. Compensaciones..., ¡bueno, la inmortalidad sólo es una de esas... compensaciones!

—¿La considera una bendición? —inquirió Talman.

—Sí, así es. Permanecerá en la cumbre de sus poderes durante sabrá Dios cuánto tiempo. No habrá deterioro. Los venenos de la fatiga son automáticamente eliminados mediante la irradiación. Obviamente, las células cerebrales no pueden reemplazarse a sí mismas del mismo modo..., digamos..., que el tejido muscular; pero no es posible dañar el cerebro de Quent en su caja especialmente construida. La arteriosclerosis no es un problema gracias a la solución plasmática que empleamos..., no hay calcio que se deposite en las paredes arteriales. El estado físico de su cerebro está automática y perfectamente controlado. Las únicas enfermedades que Quent puede contraer son mentales.

—¿Claustrofobia? No. Usted dice que tiene lentes oculares. Se produciría una sensación automática de extensión.

Summers agregó:

—Si usted percibe algún cambio..., al margen del cambio perfectamente normal del crecimiento mental en siete años..., me interesaría que me lo comunicara. Para mí..., bueno, yo crecí con los Trasplantes. Ya no soy consciente de sus cuerpos mecánicos e intercambiables, del mismo modo que un médico no pien-

sa que un amigo es un hato de nervios y venas. Lo que cuenta es la facultad de razonar, que no se ha alterado.

Talman comentó pensativamente:

—De todos modos, usted es una especie de médico para los Trasplantes. Un lego podría experimentar otro tipo de reacción. Sobre todo si estuviese acostumbrado a ver... un rostro.

—Nunca tengo conciencia de esa falta.

—¿Y Quent?

Summers vaciló.

—No —replicó por último—. Estoy seguro de que no. Está maravillosamente adaptado. La readaptación a la vida de Trasplante lleva un año. Después, todo marcha sobre ruedas.

—He visto a los Trasplantes que trabajan en Venus, aunque desde lejos. Pero no hay muchos destinados fuera de la Tierra.

—No tenemos suficientes técnicos entrenados. Exige literalmente la mitad de una vida el entrenar a un hombre para que se ocupe de los Trasplantes. Antes de que comience, es necesario que incluso sea un ingeniero electrónico calificado. —Summers rió—. Pero las compañías de seguros cubren gran parte de los gastos iniciales.

Talman estaba asombrado.

—¿Cómo es eso?

—Los aseguran. Gajes del oficio, inmortalidad. ¡Amigo mío, trabajar en la investigación atómica es peligroso!

Salieron del avión hacia el fresco aire nocturno. Mientras caminaban hacia el coche que los esperaba, Talman dijo:

—Quentin y yo crecimos juntos. Pero sufrió el accidente dos años después de que yo dejara la Tierra y no he vuelto a verlo desde entonces.

—¿Como Trasplante? Vaya. Bueno, es una palabra desdichada. Algún imbécil le puso esa etiqueta cuando son los expertos en propaganda los que debieron ocuparse de ello. Desgraciadamente, la palabra prendió. A la larga, tenemos la esperanza de popularizar los... Trasplantes. Todavía no. Acabamos de comenzar. Hasta ahora, sólo tenemos doscientos treinta, los exitosos.

—¿Muchos fracasos?

—Ahora no. Al principio... Es complicado. Desde la primera trepanación hasta la última activación y readaptación, se trata de la tarea técnica más desquiciante, exigente y difícil que el cerebro humano haya realizado. La reconciliación de un mecanismo coloide con un acoplamiento electrónico... pero el resultado merece la pena.

—Tecnológicamente. Pero me pregunto por los valores humanos.

—¿Psicológicamente? Bueno... Quentin le hablará de ese aspecto. Y tecnológicamente, usted no sabe ni la mitad. Jamás se ha desarrollado una máquina coloide, como el cerebro..., hasta ahora. Y no es puramente mecánica. Se trata simplemente de un milagro, de la síntesis del tejido vivo e inteligente con una maquinaria delicada y receptiva.

—Pero obstaculizada por las limitaciones de la máquina... y del cerebro.

—Veremos. Ya hemos llegado. Cenaremos con Quent... Talman le clavó la mirada.

—¿Cenaremos?

—Sí. —Los ojos de Summers mostraban una expresión burlona—. No, él no come virtutas de acero. A decir verdad...

La conmoción de volver a encontrarse con Linda cogió por sorpresa a Talman. No esperaba verla. Ahora no; no en esas condiciones alteradas. Pero ella no había cambiado demasiado; todavía era la misma mujer cálida y amistosa que recordaba, un poco mayor, pero muy hermosa y graciosa. Siempre había sido encantadora. Era delgada y alta, un estafalarario peinado de espirales de color miel am-

barina coronaba su cabeza, y sus ojos castaños no mostraban la tensión que Talman podía haber esperado.

El le cogió las manos.

—No lo digas —le pidió—. Sé cuánto tiempo ha pasado.

—No contaremos los años, Van —le sonrió—. Seguiremos a partir del mismo punto en que lo dejamos. Con un trago, ¿de acuerdo?

—A mí tampoco me vendría mal un trago —intervino Summers—, pero tengo que presentarme en la central. Sólo veré a Quent un minuto. ¿Dónde está?

—Allí dentro. —Linda señaló una puerta y volvió a dirigirse a Talman—. ¿Así que has estado en Venus? Se te ve bastante desteñido. Cuéntame cómo te ha ido.

—Muy bien. —Cogió la cotelera de sus manos y agitó cuidadosamente los martinis. Se sentía incómodo.

Linda levantó una ceja.

—Sí, Bart y yo seguimos casados. Pareces sorprendido.

—Un poco.

—El sigue siendo Bart —agregó serenamente—. Tal vez no lo parezca, pero es el hombre con quien me casé. Así que puedes relajarte, Van.

Talman sirvió los martinis. Sin mirarla, murmuró:

—Mientras estés satisfecha...

—Sé en qué estás pensando. Que sería como tener una máquina por marido. Al principio... bueno, superé esa sensación. Después de un tiempo, ambos la superamos. Había reservas, supongo que las sentirás cuando lo veas. Pero eso, en realidad, carece de importancia. El es... Bart. —Empujó un tercer vaso hacia Talman y él la miró sorprendido.

—No me...
Ella asintió.

Los tres cenaron juntos. Talman observaba el cilindro de sesenta por sesenta centímetros apoyado en la mesa, frente a él, y trataba de discernir personalidad e inteligencia en los lentes dobles. No podía dejar de imaginar a Linda como a una sacerdotisa que adoraba cierto tipo de imagen de una deidad extraña, concepto que lo perturbaba. En ese momento, Linda introducía camarones congelados y empapados en salsa en el compartimiento metálico, y los recogía cuando el amplificador emitía una señal.

Talman había esperado una voz monótona y sin tono, pero la sonovox daba profundidad y timbre cada vez que Quentin hablaba.

—Esos camarones son totalmente utilizables, Van. Sólo la costumbre hace que tiremos la comida después de que

la he tenido en mi caja alimenticia. Es verdad que degusto los alimentos..., pero no tengo jugos salivares.

—Tú..., los degustas.

Quentin rió ligeramente.

—Mira, Van, no intentes simular que esto te parece natural. Tendrás que acostumbrarte.

—A mí me llevó mucho tiempo —contó Linda—. Pero después de un período descubrí que pensaba que era el tipo de tontería que Bart siempre solía hacer. ¿Recuerdas la vez en que te pusiste esa armadura para la reunión de la Junta, en Chicago?

—Bueno, demostré lo que quería —afirmó Quentin—. Ahora he olvidado de qué se trataba, pero..., estábamos hablando del gusto. Van, puedo degustar esos camarones. Faltan ciertos matices, es verdad. Las sensaciones muy sutiles están perdidas para mí. Pero se trata de algo más que dulce y agrio, salado y amargo. Hace años, las máquinas ya podían degustar.

—No hay digestión...

—Y tampoco espasmos del píloro. Lo que he perdido en refinamientos degustativos lo compenso con el verme libre de las enfermedades gastrointestinales.

—Ahora tampoco eructas —agregó Linda—. Gracias a Dios.

—También puedo hablar con la boca llena —agregó Quentin—. Pero, compañero, no soy el cerebro-encarnado-en-una-supermáquina en el que inconscientemente estás pensando. Yo no escupo rayos letales.

Talman sonrió incómodo.

—¿Acaso pensaba en eso?

—Apostaría a que sí. Pero...

—El timbre de su voz cambió—. No soy súper. En mi interior soy muy humano, y no creas que a veces no añoro los viejos tiempos. Echarse en la playa y sentir el sol sobre la piel, y ese tipo de cosas. Bailar siguiendo el ritmo de la música y...

—Querido —suplicó Linda.

La voz volvió a cambiar.

—Sí, son los detalles nimios y triviales los que componen una vida completa. Pero ahora tengo sustitutos..., factores paralelos. Reacciones imposibles de describir porque son..., digamos..., vibraciones electrónicas en lugar de las conocidas vibraciones neurales. Claro que *tengo* sensaciones, pero a través de los órganos mecánicos. Cuando los impulsos llegan a mi cerebro, son automáticamente traducidos a símbolos conocidos o... —titubeó—. Pero ahora no tanto...

Linda introdujo un trocito de pescado aplastado en el compartimiento alimentario.

—Delirios de grandeza, ¿no?

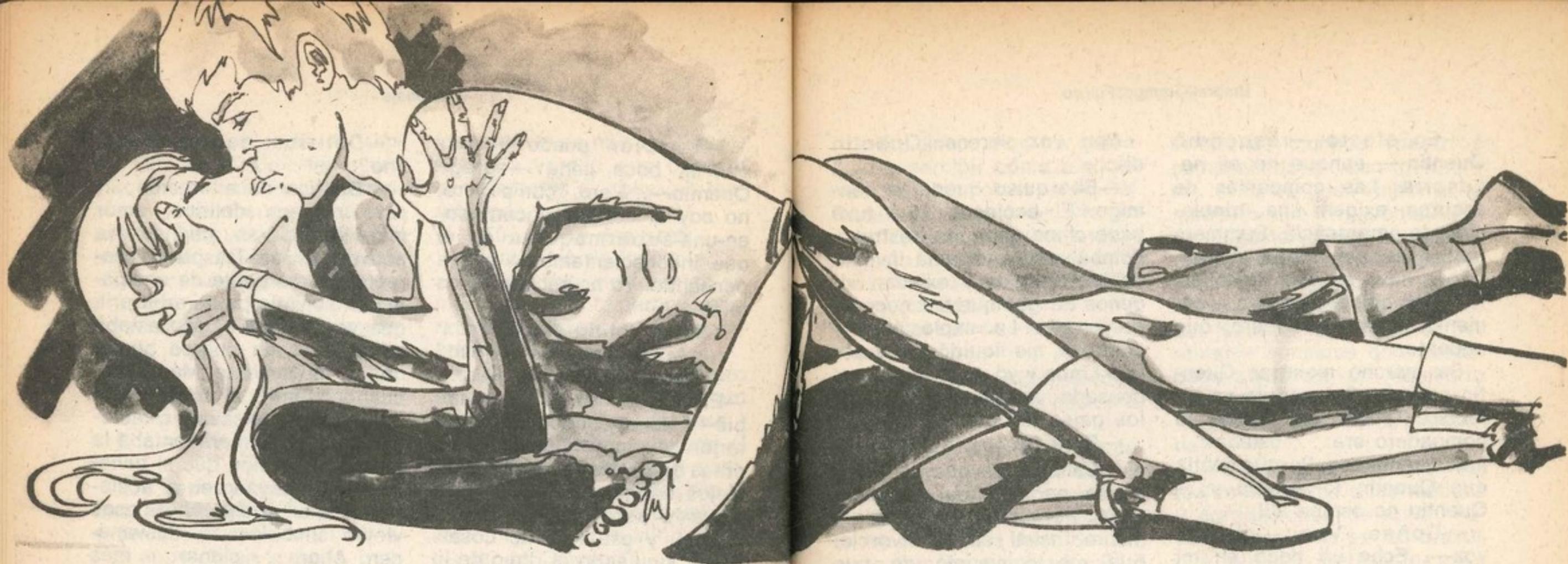
—Delirios de alteración..., pero no son delirios, amor mío. Verás, Van, cuando me convertí en un Trasplante, carecía de una pauta de comparación salvo la pauta arbitraria que ya conocía. Y ésa estaba adaptada a un cuerpo humano..., únicamente. Más tarde, cuando sentía el impulso de un artilugio excavador, automáticamente experimentaba la misma sensación que si tuviese el pie apoyado en el acelerador de un coche. Ahora esos viejos símbolos se desvanecen. Ahora... siento... más directamente, sin traducir los impulsos a las imágenes de los viejos tiempos.

—Eso debe de ser más rápido —comentó Talman.

—Lo es. No tengo que pensar en el valor de pi cuando recibo una señal pi. No necesito desmembrar la ecuación. Comienzo a sentir qué significa la ecuación.

—¿La síntesis con una máquina?

—Pero no soy un robot. Esto no afecta la identidad, la esencia personal de Bart Quentin. —Se produjo un breve silencio, y Talman notó que Linda observaba concentradamente el cilindro. Quentin prosiguió con el mismo tono—. Resolver problemas me produce una enorme alegría. Siem-



pre fue así. Pero ahora no se limita al papel. Yo mismo llevo a cabo toda la tarea, desde su concepción hasta el fin. Organizo el plan de utilización y... ¡Van, yo soy la máquina!

—¿Máquina? —preguntó Talman.

—Mientras conducías o pilotéabas, ¿notaste alguna vez cómo te identificas con la máquina? Es una prolongación de ti mismo. Yo voy un paso más lejos. Y resulta satisfactorio. Supongamos que pudieras llevar la empatía hasta el límite y ser uno de tus pacientes mientras resuelves su problema. Es un... éxtasis.

Talman vio que Linda echaba vino blanco en una cámara separada.

—¿Ya no te emborrachas? —preguntó.

Linda se atragantó.

—Con alcohol, no..., ¡pero es indudable que Bart se maree!

—¿Cómo?

—Adivínalo —dijo Quentin, ligeramente presuntuoso.

—El torrente sanguíneo absorbe el alcohol y de allí llega al cerebro... ¿Tal vez el equivalente a las intravenosas?

—Antes preferiría poner veneno de cobra en mi sistema circulatorio —afirmó el Trasplante—. Mi equilibrio metabólico es demasiado delicado, está organizado a la perfección y demasiado alterado por la introducción de sustancias extrañas. No, utilizo estímulos eléctricos... una corriente de

alta frecuencia inducida que me pone como a un gatito.

Talman mantenía fija la mirada.

—¿Y eso es un sustituto?

—Sí, Van, el tabaco y la bebida son irritantes. ¡En este sentido, también el pensar! Cuando siento la necesidad física de una borrachera, cuento con un artilugio que suministra la irritación estimulante..., y te apostaría que obtienes más placer con ello que con un cuarto de mescal.

—El cita a Housman —intervino Linda—. Y hace imitaciones animales. Bart es una maravilla con su control tonal. —Se puso de pie—. Si me perdonáis, tengo un K.P. Automatic en la cocina y todavía falta apretar los botones.

—¿Puedo ayudar? —se ofreció Talman.

—No, gracias. Quédate aquí con Bart. Querido, ¿quieres que te levante los brazos?

—No —replicó Quentin—. Van puede ocuparse de mi dieta líquida. Auméntala, Linda... Summers dice que tendré que volver muy pronto al trabajo.

—¿Está lista la nave?

—Casi.

Linda se detuvo en el umbral y se mordió los labios.

—Jamás me acostumbraré a que conduzcas tú solo una nave espacial y, menos todavía, esa cosa.

—Tal vez esté provisionalmente equipada, pero llegará a Callisto.

—Bueno..., también hay una tripulación reducida, ¿no?

—En efecto —respondió Quentin—, aunque no es necesaria. Las compañías de seguros exigen una tripulación de emergencia. Summers realizó un buen trabajo al equipar la nave en seis semanas.

—Con chicle y grapas —comentó Linda—. Espero que aguante.

Se marchó mientras Quentin sonreía. Se produjo un silencio. Talman sintió que su compañero era... , estaba... , había cambiado. Porque sentía que Quentin lo miraba y... Quentin no estaba allí.

—Coñac, Van —dijo la voz—. Echa un poco en mi caja.

Talman comenzó a obedecer, pero Quentin lo retuvo.

—De la botella, no. Ha pasado mucho tiempo desde que mezclé ron y Coca-Cola en mi boca. Utiliza el inhalador. Eso es. Está bien. Bebe tú también un trago y dime cómo te sientes.

—¿A qué... ?

—¿No lo sabes?

Talman caminó hasta la ventana y se detuvo a mirar los brillos fluorescentes que se reflejaban en el San Lorenzo.

—Siete años, Quent. Es difícil acostumbrarse a ti en esta... forma.

—No he perdido nada.

—Ni siquiera a Linda —afirmó Talman—. Tienes suerte.

Con voz serena, Quentin dijo:

—Ella quiso quedarse conmigo. El accidente que tuve hace cinco años me destrozó. Estaba realizando una investigación atómica y existían algunos riesgos que era necesario correr. La explosión me destrozó, me liquidó. No creas que Linda y yo no lo habíamos pensado antes. Conocíamos los gajes del oficio.

—Pero tú...

—Calculamos que el matrimonio podría durar, a pesar de... Pero después, prácticamente insistí en el divorcio. Ella me convenció de que todavía podíamos hacer algo. Y así es.

Talman asintió.

—Yo diría que sí.

—Eso... , durante un tiempo, evité... que enloqueciera —agregó Quentin suavemente—. Sabes lo que siento por Linda. Siempre ha sido una ecuación perfecta. Aunque los factores han cambiado, nos hemos adaptado. —La risa súbita de Quentin hizo girar al psicólogo—. No soy un monstruo, Van. ¡Intenta superar esa idea!

—Nunca pensé que lo fueras —protestó Talman—. Eres...

—¿Qué?

Nuevamente, el silencio. Quentin gruñó:

—En cinco años he aprendido a percibir cómo reaccionan las personas ante mí. Dame un poco más de coñac. Todavía imagino que lo degusto con mi paladar. Es extraño cómo persisten las viejas asociaciones.

Talman vertió el coñac en el inhalador.

—De modo que piensas que, salvo físicamente, no has cambiado.

—Y tú me consideras un cerebro puro en un cilindro de metal. No como el muchacho con el que solías emborracharte en la Tercera Avenida. Oh, claro que he cambiado. Pero se trata de un cambio normal. No hay nada implícitamente extraño en los miembros que son extensiones metálicas. Es un paso más allá de la conducción de un coche. Si yo fuera el tipo de superartilugio que inconscientemente supones que soy, sería un introvertido total y dedicaría mi tiempo a resolver ecuaciones cósmicas. —Quentin empleó una palabrota vulgar—. Y si hiciera eso, enloquecería. Porque no soy un superhombre. Soy un muchacho común, un buen físico, y he tenido que adaptarme a un nuevo cuerpo. Y éste, naturalmente, tiene sus desventajas.

—Por ejemplo, ¿cuáles?

—Los sentidos. O la falta de ellos. He contribuido al des-

arrollo de muchos aparatos compensadores. Leo literatura de evasión, me emborracho mediante una irritación eléctrica, degusto incluso aunque no pueda comer. Miro los espectáculos de televisión. Intento conseguir el equivalente de todos los placeres sensitivos puramente humanos que puedo. Esto conforma un equilibrio muy necesario.

—Puede ser. Pero, ¿funciona?

—Mira, tengo ojos sumamente sensibles a los matices y agradaciones de color. Poseo dispositivos en los brazos que pueden perfeccionarse hasta el punto de manejar aparatos microscópicos. Puedo dibujar... y, con seudónimo, soy un caricaturista bastante popular. Eso lo hago como cosa secundaria. Mi verdadero trabajo sigue siendo la física. Y todavía es un buen trabajo. ¿Conoces la sensación de placer puro que se siente cuando se resuelve un problema de geometría, electrónica, psicología o cualquier otra cosa? Ahora puedo resolver problemas infinitamente más complicados, que además de cálculos exigen reacciones en fracciones de segundo. Como la conducción de una nave espacial. Más coñac. En una habitación caliente, se convierte en material volátil.

—Sigues siendo Bart Quen-

tin —afirmó Talman—, pero me siento más seguro de ello cuando tengo los ojos cerrados. Conducir una nave espacial...

—No he perdido nada humano —insistió Quentin—. Los elementos emocionales básicos no han cambiado. En realidad... no es agradable que entres y me mires claramente horrorizado, pero puedo comprender por qué lo haces. Hemos sido amigos durante mucho tiempo, Van. Tal vez tú lo olvides antes que yo.

Súbitamente, la transpiración se heló en el estómago de Talman. A pesar de las palabras de Quentin, ya se sentía seguro de que tenía una parte de la respuesta que había ido a buscar a Quebec. El Trasplante no tenía poderes anormales..., no había funciones telepáticas.

Evidentemente, tendría que hacer más preguntas.

Sirvió más coñac y sonrió al cilindro que brillaba opacamente sobre la mesa. Podía oír a Linda, que cantaba con voz suave en la cocina.

La nave espacial no tenía nombre, por dos motivos. Primero, porque sólo realizaría un viaje, hasta Callisto; el segundo motivo era más extraño. No era, básicamente, una nave con un cargamento, sino un cargamento con una nave.

Las plantas de energía atómica no son dinamos comunes que puedan desarmarse y colocarse en un cajón de empaque. Son enormemente grandes, poderosas, voluminosas y colosales. Completar una estructura atómica lleva dos años y después la activación inicial debe tener lugar en la Tierra, en la inmensa planta de control de patrones que ocupa siete distritos de Pennsylvania. El Departamento de Pesos, Medidas y Energía, de Washington, tiene un trozo de metal en una caja de cristal controlada por termostatos: se trata del metro patrón. De modo semejante existe en Pennsylvania, bajo increíbles medidas de precaución, el único desintegrador atómico clave del sistema solar.

Sólo había una exigencia en cuanto al combustible: lo mejor era filtrarlo por una pantalla de alambre de un calibre de aproximadamente dos centímetros y medio. Y era una cuestión arbitraria, conveniente para la preparación de un patrón de combustibles. Por lo demás, la energía atómica lo consumía todo.

Pocas personas se ocupaban de la energía atómica; por su cualidad violenta. Los ingenieros investigadores operaban según un sistema simulado. A pesar de ello, sólo el seguro de inmortalidad —el

Trasplantidae— evitaba que las neurosis se convirtieran en psicosis.

La planta de energía destinada a Callisto era demasiado grande para cargarla en la nave mayor de las líneas comerciales, pero tenía que llegar a Callisto. Por eso los técnicos construyeron una nave alrededor de la planta de energía. Aunque no estaba equipada de modo precario, sin duda alguna no cumplía las normas. En ocasiones, las cuestiones de diseño diferían exorbitantemente de la norma. Las exigencias especiales se satisfacían con destreza, frecuentemente de manera heterodoxa, a medida que surgían. Puesto que el mando total reposaría en las manos del Trasplante Quentin, sólo se organizaron adaptaciones provisionales para la comodidad de la reducida tripulación auxiliar. Esta no recorrería toda la nave a menos que una avería los obligara a hacerlo, pero era prácticamente imposible que se produjera una avería. A decir verdad, la nave casi era una entidad viviente. Pero no del todo.

El Trasplante contaba con extensiones —instrumentos— en las diversas secciones de la gran nave. Estaban especializadas para hacer frente al trabajo que realizarían. No había acoplamientos sensitivos,

salvo los auditivos y oculares. Por el momento, Quentin era, simplemente, el mando de vuelo de una supernave espacial. El cilindro cerebral fue trasladado a la nave por Summers, que lo insertó —¡en algún lugar!—, lo conectó y así puso fin al trabajo de construcción.

La planta móvil de energía despegó hacia Callisto.

A una tercera parte del camino hacia la órbita marciana, seis hombres vestidos con trajes espaciales entraron en una inmensa cámara que constituía la pesadilla de los técnicos.

Desde un amplificador mural, la voz de Quentin dijo:

—¿Qué haces aquí, Van?

—Está bien —dijo Brown—. Ya está. Ahora trabajaremos velozmente. Cunningham, localiza la conexión. Dalquist, mantén el arma preparada.

—¿Qué tengo que buscar? —preguntó el rubio corpulento.

Brown miró de soslayo a Talman.

—¿Estás seguro de que carece de movilidad?

—Estoy seguro —replicó Talman mientras movía los ojos. Se sentía expuesto a la mirada de Quentin y eso no le gustaba.

Cunningham, delgado, arru-

gado y con el ceño fruncido, agregó:

—La única movilidad corresponde al mecanismo de transmisión propiamente dicho. Estaba seguro de ello antes de que Talman lo comprobara por partida doble. Cuando se conecta un Trasplante para una tarea, queda limitado a los instrumentos que necesita para ello.

—Bueno, no perdamos tiempo charlando. Desconecta el circuito.

Cunningham observó a través de su visor.

—Espera un momento. Este no es un equipo normalizado, sino experimental... accidental. Tendré que rastrear algunos...

Subrepticamente, Talman intentaba divisar las lentes oculares del Trasplante, pero sin éxito. Sabía que, desde algún punto de ese laberinto de tubos, espirales, cables, redes y embrollo mecánico, Quentin lo observaba. Sin duda alguna, desde diversos puntos, contaría con una visión global, con los ojos dispuestos estratégicamente alrededor de la habitación.

Esa cámara central de mandos era muy amplia. La luz era de color amarillo brumoso. Debido a su altura vacía e imponente, parecía una extraña catedral sobrenatural, y su inmensidad empequeñecía a los

seis hombres. Las redes al descubiertas, anormalmente grandes, zumbaban y chispeaban; los grandes tubos al vacío llameaban extrañamente. Alrededor de las paredes, por encima de sus cabezas, se extendía una plataforma de metal, a seis metros de altura, con una barandilla de metal protectora. Se llegaba a ella por dos escaleras, situadas en las paredes opuestas de la habitación. En lo alto pendía un globo celeste, y el apagado palpar de la poderosa energía murmuraba en la atmósfera clorada.

El amplificador dijo:

—¿Qué es esto? ¿Un acto de piratería?

Brown afirmó indiferentemente:

—Lámelo así, si quiere. Y relájese. No le haremos daño. Tal vez le enviemos de regreso a la Tierra, cuando encontremos un modo seguro de hacerlo.

Cunningham investigaba un engranaje y tenía buen cuidado de no tocar nada.

Quentin agregó:

—Este cargamento no merece un secuestro. Sabéis que no transmito por radio lo que transporto.

—Necesito una planta de energía —comentó Brown secamente.

—¿Cómo os metisteis a bordo?

Brown levantó una mano para limpiarse el sudor de la frente, pero después, sonriente, se contuvo.

—Cunningham, ¿has encontrado algo?

—Dame tiempo. Sólo soy especialista en electrónica. Este tinglado es un embrollo. Fern, échame una mano con esto.

La incomodidad de Talman iba en aumento. Comprendió que, después del primer comentario de sorpresa, Quentin le había ignorado. Una compulsión indefinible le llevó a echar hacia atrás la cabeza y a pronunciar el nombre de Quentin.

—Sí —respondió Quentin—. ¿Y bien? ¿De modo que estás con esta pandilla?

—Sí.

—Y en Quebec me sonsacaste, para cerciorarte de que yo era inofensivo.

Talman agregó inexpresivamente:

—Teníamos que estar seguros.

—Comprendo. ¿Cómo os metisteis a bordo? El radar esquiva automáticamente las masas que se acercan. No pudisteis acercar vuestra nave en el espacio.

—No fue eso lo que hicimos. Nos quitamos de encima la tripulación auxiliar y cogimos sus trajes.

—¿Os la quitasteis de encima?

Talman dirigió la mirada hacia Brown.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? No podemos permitirnos acciones a medias en un juego tan grande como este. Más tarde, cuando nuestro plan comenzara a funcionar, se habrían convertido en un peligro para nosotros. Nadie sabrá nada de esto, salvo nosotros. Y tú. —Talman volvió a mirar a Brown—. Quent, creo que será mejor que te pongas de nuestra parte.

El amplificador ignoró la amenaza que esa sugerencia implicaba.

—¿Para qué queréis la planta de energía?

—Hemos elegido un asteroide —respondió Talman, y echó la cabeza hacia atrás para estudiar el enorme hueco atestado de la nave, que nadaba ligeramente en la neblina de su atmósfera venenosa. Había esperado que Brown lo interrumpiera, pero el gordo no abrió la boca. Pensó que era muy difícil hablar persuasivamente con alguien cuya situación ignoraba—. El único problema es que carece de atmósfera. Con la planta, podremos fabricar nuestra propia atmósfera. Sería un milagro que alguien nos encontrara en el Cinturón de Asteroides.

—¿Y después, qué? ¿Piratearía?

Talman no respondió.

La caja de la voz agregó pensativamente:

—Es posible que fuera un buen timo. Al menos, durante un tiempo. El suficiente para levantarse con bastante. Nadie espera algo semejante. Sí, tal vez la idea dé resultado.

—Bien, si eso piensas —dijo Talman—, ¿cuál es el paso lógico siguiente?

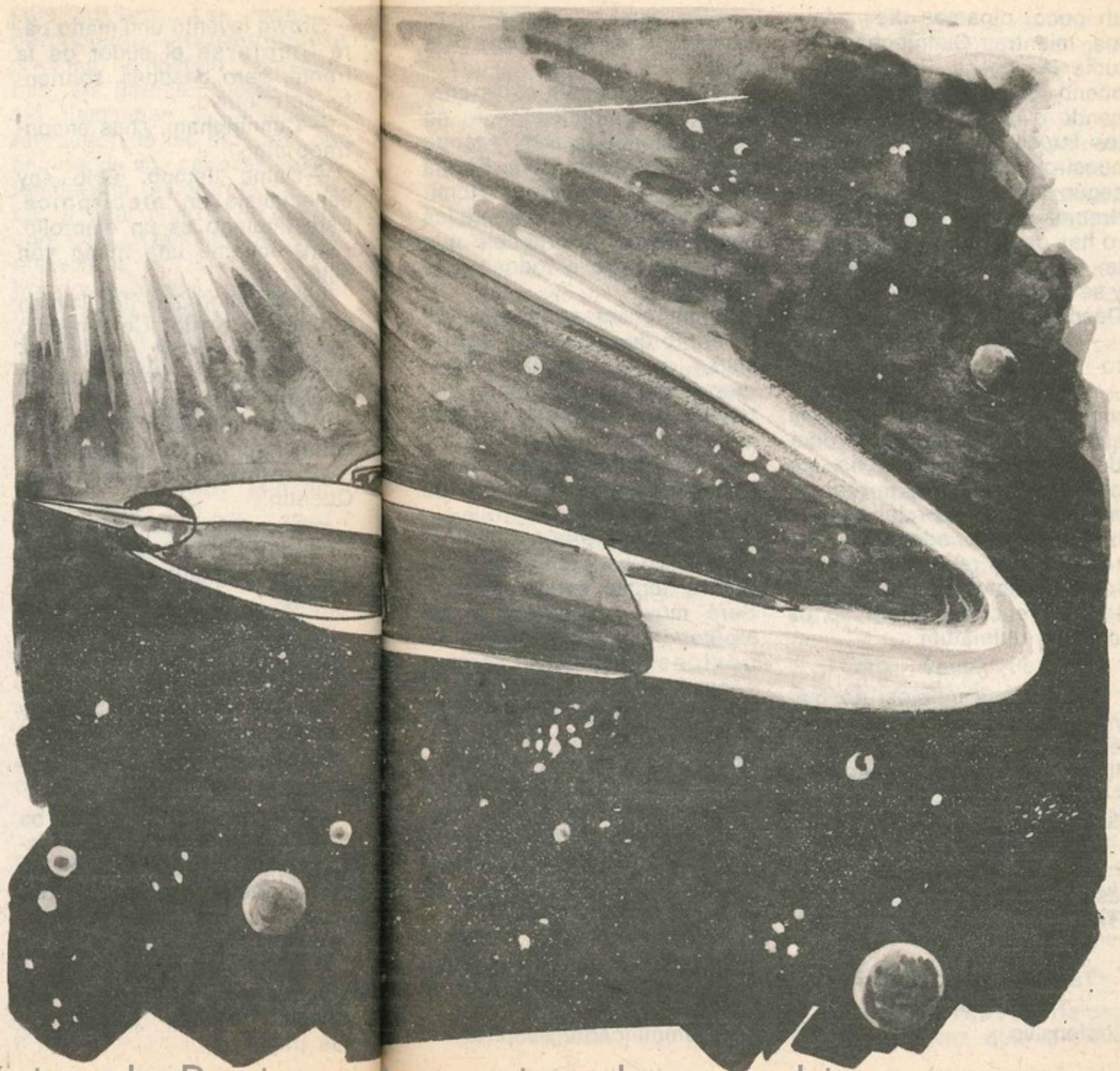
—No lo que tú piensas. No os seguiría la corriente. Esto no se debe a motivos morales, sino a cuestiones de autoconservación. Yo sería inútil para vosotros. La necesidad de los Trasplantes sólo existe en una civilización altamente compleja y extendida. Me convertiría en exceso de equipaje.

—Si te diera mi palabra...

—Tú no eres el mandamás —le interrumpió Quentin.

Instintivamente, Talman dirigió otra mirada inquisitiva a Brown. De la caja de la voz de la pared surgió un extraño sonido parecido a una risa ahogada.

—Está bien —dijo Talman, y se encogió de hombros—. Naturalmente, no te decidirás a favor nuestro de inmediato. Piénsalo. Recuerda que ya no eres Bart Quentin, aunque tienes ciertas desventajas mecánicas. Aunque no tenemos mucho tiempo, podemos perder



un poco, digamos diez minutos, mientras Cunningham estudiaba las cosas. Entonces... bueno, Quent, no estamos jugando a las canicas —apretó los labios—. Si te pones de nuestro lado y guías la nave según nuestras órdenes, podremos permitir que vivas. Pero has de decidirte rápidamente. Cunningham te encontrará y se hará cargo de los mandos. Después...

—¿Por qué estás tan seguro de que me encontraréis? —preguntó Quentin serenamente—. Sé cuánto valdría mi vida en cuanto aterrizara donde queréis. Vosotros no me necesitáis. Aunque quisierais, no podríais proporcionarme el mantenimiento adecuado. No, terminaría reuniéndome con los tripulantes que os quitasteis de encima. Ahora yo os daré un ultimátum.

—Tú..., ¿qué?

—Quedaos quietos, no manoseéis nada y yo aterrizaré en una parte aislada de Callisto y dejaré que os escapéis —propuso Quentin—. Si no lo aceptáis, que Dios os ayude.

Por vez primera, Brown demostró que había reparado en esa voz lejana. Se volvió hacia Talman.

—¿Es un farol?

Talman asintió lentamente.

—Tiene que serlo. El es inofensivo.

—Un farol —afirmó Cunningham sin abandonar la tarea.

—No —le comunicó serenamente el amplificador—, no estoy diciendo faroles. Y tenga cuidado con esa tabla. Forma parte del acoplamiento atómico. Si toca incorrectamente las conexiones, es probable que nos desintegre a todos en el espacio.

Cunningham se apartó del laberinto de cables que sobresalían de la baquelita. Fern, que se encontraba a cierta distancia, giró su rostro moreno para mirar.

—Tranquilo —aconsejó—. Tenemos que estar seguros de lo que hacemos.

—Cállate —gruñó Cunningham—. Yo sé. Tal vez el Trasplante tenga miedo a esto. Seré muy cuidadoso y me mantendré alejado de las conexiones atómicas, pero...

—calló, a fin de estudiar la maraña de cables—. No. Creo... que esto no es atómico. Tampoco son los plomos de mando. Supongamos que corto esta conexión... —su mano enguantada esgrimía una cortadora forrada en goma.

La caja de la voz dijo:

—Cunningham..., no lo haga.

Cunningham acomodó la cortadora.

El amplificador suspiró:

—Entonces, usted primero. ¡Ahí va!

Talman sintió que la placa transparente de la cara golpeaba dolorosamente su nariz. La enorme habitación se bamboleó vertiginosamente mientras él resbalaba hacia atrás, incapaz de detenerse. A su alrededor vio grotescas figuras vestidas con traje espacial que se tambaleaban y trastabillaban. Brown perdió el equilibrio y cayó pesadamente.

Cunningham había quedado enganchado en los cables cuando la nave disminuyó bruscamente la velocidad. Ahora colgaba como una mosca atrapada en la maraña; sus miembros, su cabeza y todo su cuerpo se sacudían y se contraían con espasmódica violencia. La furia de la diabólica danza aumentó.

—¡Sacadlo de allí! —chilló Dalquist.

—¡Esperad! —gritó Fern—. Cortaré la energía...

Pero no sabía cómo hacerlo.

Talman, con la garganta seca, vio que el cuerpo de Cunningham se estiraba, se arqueaba y temblaba con espástica agonía. Los huesos crujieron súbitamente.

Ahora, Cunningham se sacudía con más flaccidez, y su cabeza caía pesadamente.

—Bajadlo —ordenó Brown.

Pero Fern sacudió negativamente la cabeza.

—Cunningham está muerto y ese acoplamiento es peligroso.

—¿Cómo? ¿Muerto?

Bajo el delgado bigote, los labios de Fern se separaron en una sonrisa carente de humor.

—Cualquiera puede romperse el cuello durante un ataque epiléptico.

—Sí —afirmó Dalquist, notoriamente conmovido—. Es verdad que tiene el cuello roto. Mirad cómo se le mueve la cabeza.

—Pasa una corriente alterna de veinte ciclos a través de tu cuerpo y también sufrirás convulsiones —advirtió Fern.

—¡No podemos dejarlo allí!

—Podemos —aseguró Brown, con el ceño fruncido—. Os mantendréis alejados de las paredes. —Miró con furia a Talman—. ¿Por qué no...?

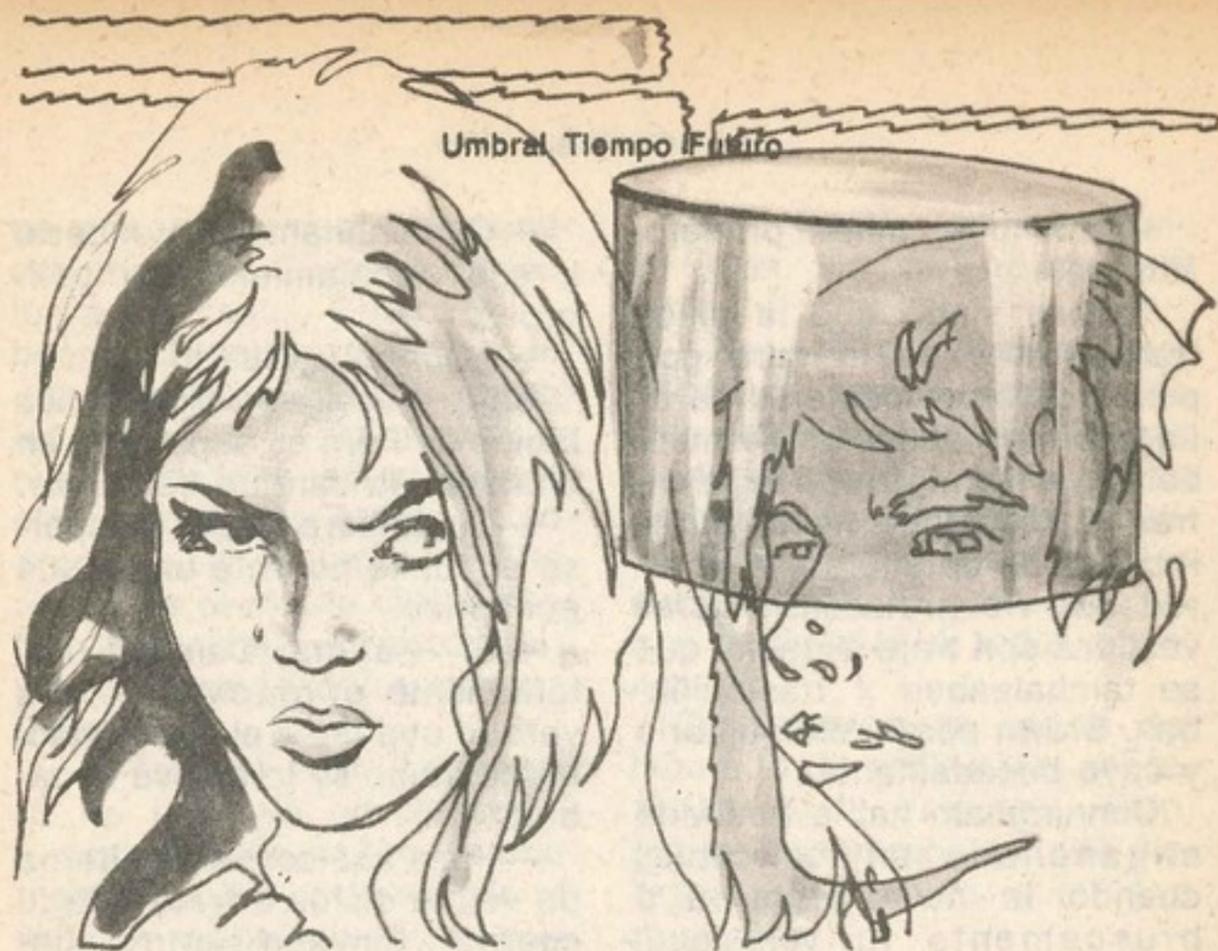
—Claro, lo sé. Pero Cunningham debió de ser lo bastante sensato para mantenerse apartado de los cables pelados.

—Por aquí hay muy pocos cables aislados —gruñó el gordo—. Tú dijiste que el Trasplante era inofensivo.

—Dije que carecía de movilidad. Y que no era telépata. —Talman notó que su voz parecía a la defensiva.

Fern agregó:

—Se supone que suena una señal cada vez que la nave



aumenta o disminuye la velocidad. Esta vez no sonó. El Trasplante debió de desconectarla para que no nos avisara.

Levantaron la mirada hacia ese vacío zumbante, enorme y amarillo. La claustrofobia se apoderó de Talman. Las paredes parecían a punto de unirse..., de replegarse, como si él estuviera en la mano ahuecada de un titán.

—Podemos destrozarnos sus células oculares —propuso Brown.

—Encuéntralas. —Fern señaló el laberinto del equipo.

—Todo lo que tenemos que hacer es desconectar al Trasplante. Interrumpir su conexión. Entonces está liquidado.

—Por desgracia —dijo Fern—, Cunningham era el único ingeniero electrónico

con el que contábamos. ¡Yo sólo soy astrofísico!

—No te preocupes. Tiramos de un enchufe y el Trasplante se desmaya. ¡Y eso puedes hacerlo!

La ira aumentó. Pero Cotton, un hombrecito de parpadeantes ojos azules, quebró la tensión.

—Las matemáticas..., la geometría..., deberían ayudarnos. Queremos localizar al Trasplante y... —levantó la mirada y quedó helado—. ¡Hemos cambiado de rumbo! —exclamó por último, y se humedeció los labios resacos—. ¿Véis ese indicador?

En lo alto, Talman podía divisar el enorme globo celeste. Un punto de luz roja se distinguía claramente en su superficie oscura.

El rostro moreno de Fern mostró una expresión burlona.

—Seguro. El Trasplante corre a protegerse. Y la Tierra es el lugar más próximo en el que puede conseguir ayuda. Pero nosotros tenemos tiempo de sobra. No soy un técnico de la capacidad de Cunningham, pero tampoco soy un imbécil. —No miró el cuerpo que se balanceaba rítmicamente sobre los cables—. No es necesario que comprobemos todas las conexiones de la nave.

—De acuerdo; entonces, hazlo —gruñó Brown.

Incómodo dentro del traje, Fern se acercó a una abertura cuadrada del suelo y observó el emparrillado de tela metálica que se extendía veinticinco metros más abajo.

—Correcto. Aquí está el tubo de alimentación. No es necesario que rastreemos las conexiones por toda la nave. El combustible sale por ese tubo delantero de allí arriba. Ahora mirad. Aparentemente, todo lo relacionado con la energía atómica está marcado con lápiz de cera de color rojo. ¿Véis?

Lo vieron. En diversos lugares, en las placas y las tablas sin aislar, había extrañas marcas rojas. Y otros símbolos en color azul, verde, negro y blanco.

—Nos basaremos en ese supuesto —agregó Fern—. Al

menos, por ahora. El rojo es la energía atómica. Verde..., azul...

Súbitamente, Talman dijo:

—No veo nada que se parezca a la caja cerebral de Quentin.

—¿Esperabas verla? —preguntó irónicamente el astrofísico—. Se encuentra en algún hueco acolchado. El cerebro puede soportar más atmósferas que el cuerpo, pero siete suele ser el máximo en ambos casos. Lo cual, dicho sea de paso, nos viene bien. Sería inútil otorgar un potencial de alta velocidad a esta nave. El Trasplante no podría soportarlo, al igual que nosotros.

—Siete atmósferas —murmuró Brown.

—Que también harían que el Trasplante se desmayara. Tendrá que permanecer consciente para pilotar la nave al atravesar la atmósfera terrestre. Tenemos tiempo de sobra.

—Ahora vamos muy despacio —intervino Dalquist.

Fern echó una rápida mirada al globo celeste.

—Eso parece. Trabajaré con esto. —Cogió una cuerda de su cinturón y se ató a una de las columnas centrales—. Así estaré protegido contra cualquier accidente.

—El rastreo de un circuito no puede ser tan difícil —comentó Brown.

—Normalmente no lo es. Pero en esta cámara todo está mezclado: el control atómico, el radar, el fregadero de la cocina. Y esas etiquetas sólo sirvieron para la construcción. No existió un anteproyecto de esta nave. Es un modelo único. Puedo encontrar el Trasplante, pero llevará tiempo. Así que callaos y dejadme trabajar.

Brown frunció el ceño, pero no dijo nada. La calva de Cotton estaba empapada en sudor. Dalquist rodeó con el brazo una columna metálica y aguardó. Talman volvió a mirar la galería que colgaba de las paredes. En el globo celeste aparecía un disco de luz roja que reptaba.

—Quent —dijo.

—Sí, Van —la voz de Quentin sonaba ligeramente distante.

Brown se llevó indiferentemente una mano hasta el desintegrador que colgaba de su cinturón.

—¿Por qué no cedes?

—¿Por qué no cedéis vosotros?

—No puedes luchar con nosotros. El hecho de que cogieras a Cunningham fue una casualidad. Ahora estamos en guardia..., no puedes dañarnos. Encontrarte solo es una cuestión de tiempo. Y entonces no esperes piedad, Quent. Nos ahorrarás problemas si nos dices dónde estás. Esta-

mos dispuestos a pagar por eso. Después de que te encontremos, por nuestra iniciativa, no podrás negociar. ¿Qué me dices?

—No —respondió Quentin sencillamente.

Hubo unos minutos de silencio. Talman observaba a Fern, que desenrollaba cautelosamente la cuerda e investigaba la maraña de la que el cadáver de Cunningham todavía pendía.

Quentin dijo:

—No encontrará la respuesta allí. Estoy perfectamente camuflado.

—Pero estás desvalido —agregó Talman rápidamente.

—Y vosotros también. Pregúntale a Fern. Es posible que destruya la nave si manipula incorrectamente las conexiones. Analiza vuestro problema. Volvemos hacia la Tierra. He adoptado un nuevo rumbo que concluirá en el amarradero. Si cedéis ahora...

—Nunca se modificaron los viejos estatutos —afirmó Brown—. La pena por piratería es la muerte.

—Hace cien años que no hay un caso de piratería. Si se juzgara un caso real, tal vez fuera distinto.

—¿Encarcelamiento? ¿Readaptación? —preguntó Talman—. Antes prefiero estar muerto.

—Perdemos velocidad —gritó Dalquist, y se aferró con más fuerza a la columna.

Al mirar a Brown, Talman pensó que el gordo sabía lo que él mismo estaba pensando. Si los conocimientos técnicos fracasaban, tal vez no ocurriera lo mismo con la psicología. Y Quentin, después de todo, era un cerebro humano.

“En primer lugar, hacer que el sujeto baje la guardia”.

—Quent.

Pero Quent no replicó. Brown hizo una mueca y giró para mirar a Fern. El sudor caía por el rostro moreno del físico mientras se concentraba en los acoplamientos y trazaba diagramas en un *stylo-bloc* que llevaba sujeto en el antebrazo.

Poco después, Talman comenzó a marearse. Sacudió la cabeza, notó que la velocidad de la nave era casi nula y se sujetó con más fuerza a la columna más próxima. Fern lanzó una maldición. Tenía dificultades para mantener su postura.

Después, cuando la nave se liberó, la perdió por completo. Cinco figuras cubiertas con trajes espaciales se sujetaron a los asideros convenientes. Fern espetó:

—Tal vez estemos en un punto muerto, pero eso tampoco ayuda al Trasplante. Yo

no puedo trabajar sin gravedad..., él no puede llegar a la Tierra sin aceleración.

La caja de la voz dijo:

—He enviado un S.O.S.

Fern rió.

—Hablé de eso con Cunningham..., y usted también conversó demasiado con Talman. Con un radar que evita meteoros, no es necesario un aparato de señales, y usted no lo tiene. —Miró los aparatos que acababa de dejar—. Pero tal vez me haya acercado demasiado a la solución, ¿no? ¿Es por eso que...?

—No estaba ni siquiera cerca —afirmó Quentin.

—Da lo mismo... —Fern dio una patada para alejarse de la columna y soltó la cuerda a sus espaldas. Se pasó un lazo por la muñeca izquierda y, colgado en medio del aire, se dedicó a estudiar el acoplamiento.

Brown perdió el asidero en la columna resbaladiza y flotó libremente, como un globo demasiado inflado. Talman llegó de un impulso hasta la barandilla de la galería. Cogió la barra de metal con las manos enguantadas, saltó como un acróbata y miró hacia abajo —aunque no era realmente hacia abajo—, a la cámara de mandos.

—Creo que será mejor que cedáis —insistió Quentin.



Camouflaje

Brown flotaba para reunirse con Fern.

—Jamás —afirmó y, simultáneamente, cuatro atmósferas sacudieron la nave con el impacto de un martinete.

No se trataba de una aceleración hacia delante. Iba en otra dirección, prevista de antemano. Fern se salvó a costa de una muñeca casi dislocada..., pero el lazo lo salvó de una zambullida fatal en los cables sin aislar.

Talman chocó contra la galería. Vio que los demás caían a plomo y golpeaban duramente contra las duras superficies. Sin embargo, nada de tuvo a Brown.

Había rondado el agujero del tubo de alimentación cuando se produjo la aceleración.

Talman vio que el cuerpo voluminoso desaparecía por la abertura. Se oyó un sonido indescriptible.

Dalquist, Fern y Cotton forcejearon hasta ponerse de pie. Se acercaron cautelosamente al agujero y miraron.

Talman gritó:

—¿Está...?

Cotton se había alejado. Dalquist permanecía en el mismo sitio, aparentemente fascinado, según pensó Talman, hasta que lo vio levantar los hombros. Fern miró hacia la galería.

—Atravesó la pantalla del filtro —explicó—. Es una red

metálica de dos centímetros y medio de grosor.

—¿La rompió?

—No —respondió Fern decididamente—. No la rompió. La atravesó.

Cuatro atmósferas y una caída de veinticinco metros equivalen a algo terrible. Talman cerró los ojos y gritó:

—¡Quent!

—¿Cedéis?

Fern estalló:

—¡Ni por su vida! Nuestra unidad no es tan interdependiente. Podemos arreglarnos sin Brown.

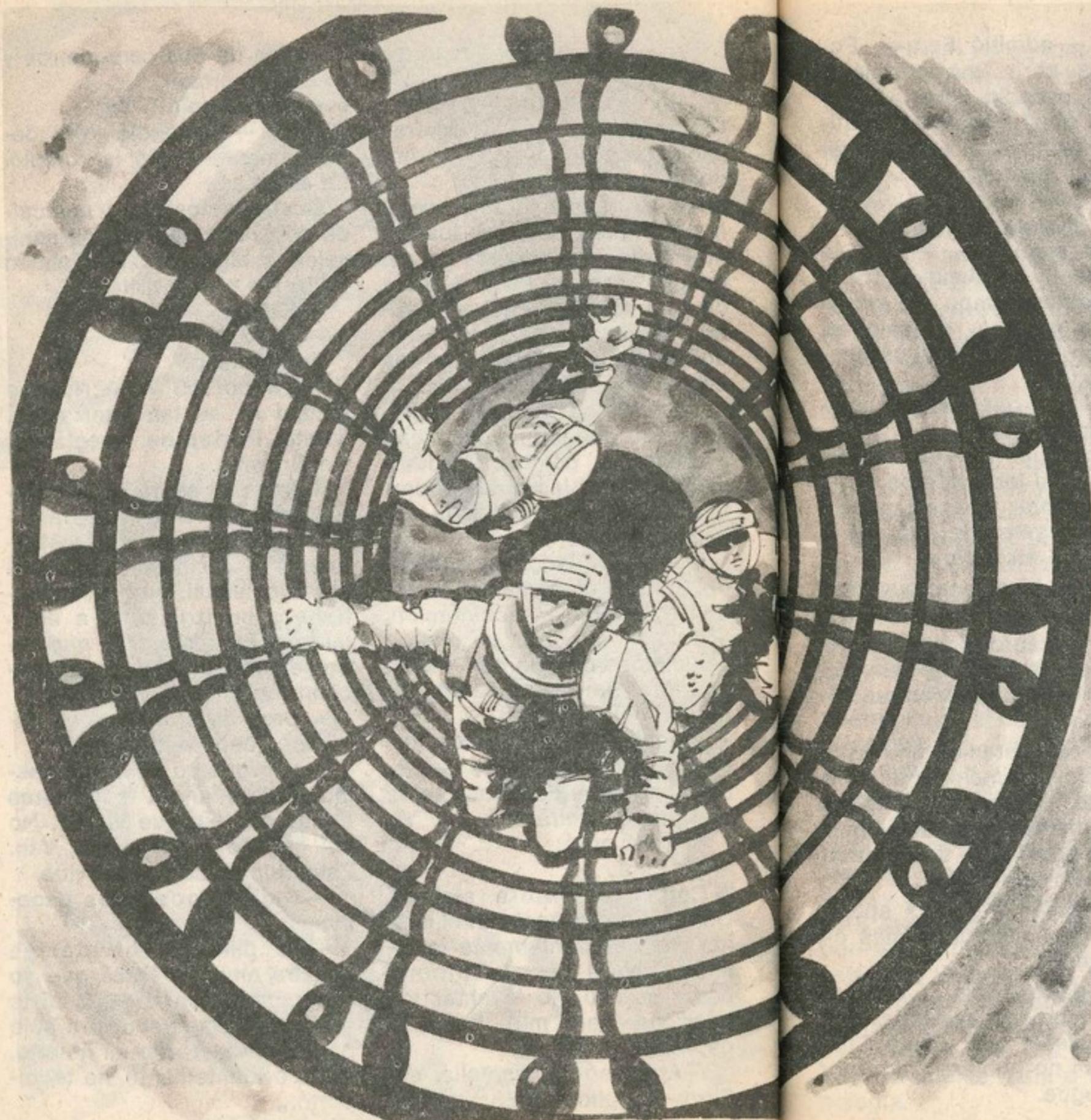
Talman se sentó en la galería, se sostuvo de la barandilla y dejó que sus pies colgaran en el vacío. Miró hacia el globo celestial, que se encontraba a su izquierda, a doce metros. El punto rojo que representaba a la nave se encontraba inmóvil.

—Creo que ya no eres humano, Quent —afirmó.

—¿Porque no utilizo un desintegrador? Ahora tengo otras armas con las que luchar. No me engaño a mí mismo, Van. Estoy luchando por mi vida.

—Todavía podemos negociar.

—Te dije que olvidarías nuestra amistad antes que yo —agregó Quentin—. Debiste saber que este secuestro sólo podía terminar con mi muerte. Pero, evidentemente, no te importó.



—No esperaba que tú...

—Sí —lo interrumpió la voz de la caja—. Me pregunto si habrías estado tan dispuesto a continuar con el plan si yo todavía tuviera forma humana. En cuanto a la amistad..., utiliza tus propios trucos psicológicos, Van. Tú ves mi cuerpo mecánico como un enemigo, como una barrera entre tú y el verdadero Bart Quentin. Es posible que, inconscientemente, lo odies y, en consecuencia, estás dispuesto a destruirlo. A pesar de que incluso así me destruirías a mí. No sé..., tal vez lo racionalizas creyendo que así me rescatarías de la cosa que ha levantado la barrera. Pero olvidas que, básicamente, no he cambiado.

—Solíamos jugar juntos al ajedrez —agregó Talman—, pero no destrozábamos los peones.

—Estoy en jaque —respondió Quentin—. Sólo puedo luchar con los caballos. Y tú todavía tienes torres y alfiles. Puedes avanzar en línea recta hacia tu meta. ¿Cedes?

—¡No! —exclamó Talman. Tenía la mirada fija en la luz roja. Vio que un temblor la movía y se aferró frenéticamente a la barandilla de metal. Su cuerpo se balanceó mientras la nave se sacudía. Una mano enguantada perdió su asidero. Pero la otra aguantó. El globo celeste se agitaba violenta-

mente. Talman pasó una pierna por encima de la barandilla, trepó hasta su percha precaria y miró hacia abajo.

Fern seguía sujeto a su cuerda auxiliar. Dalquist y el pequeño Cotton resbalaban por el suelo y finalmente chocaron estrepitosamente contra una columna. Alguien gritó.

Talman bajó con cautela y bañado en sudor. Cuando llegó junto a Cotton, el hombre ya estaba muerto. Las resquebrajaduras radiactivas de la placa de su rostro y sus facciones contorsionadas y descoloridas ofrecían la respuesta.

—Chocó conmigo. —Dalquist tragó saliva—. Su placa se estrelló contra la parte de atrás de mi casco...

La atmósfera clorada de la nave herméticamente cerrada había puesto fin a la vida de Cotton, no fácil sino rápidamente. Dalquist, Fern y Talman intercambiaron miradas.

El gigante rubio dijo:

—Quedamos tres. Esto no me gusta. No me gusta nada.

Fern mostró los dientes.

—De modo que seguimos subestimando esa cosa. A partir de ahora, sujetaos a las columnas. No os mováis sin un anclaje seguro. Manteneos apartados de todo lo que podría crear problemas.

—Aún nos dirigimos hacia la Tierra —dijo Talman.

—Sí —admitió Fern—. Podríamos abrir una portilla y salir al espacio libre. ¿Y entonces, qué? Pensábamos utilizar esta nave. Y ahora tenemos que hacerlo.

—Si cediéramos... —comenzó a decir Dalquist.

—La ejecución. —Fern le interrumpió de plano—. Todavía tenemos tiempo. He localizado algunas conexiones. También eliminé muchos acoplamientos.

—¿Crees que todavía puedes hacerlo?

—Creo que sí. Pero no os separéis de los asideros ni un solo instante. Encontraré la respuesta antes de que entremos en la atmósfera.

Talman hizo una sugerencia:

—El cerebro emite pautas vibrátiles reconocibles. ¿Tal vez un descubridor direccional?

—Si estuviéramos en medio del Mojave, funcionaría. Pero aquí, no. La nave está repleta de corrientes y radiaciones. ¿Cómo podríamos desenmarañarlas sin aparatos?

—Trajimos algunos aparatos. Y hay montones más en las paredes.

—Enganchados. Y tendré mucho cuidado antes de alterar el *status quo*. Ojalá Cunningham no hubiera caído por el desagüe.

—Quentin no es tonto —comentó Talman—. Primero se libró del ingeniero electrónico y después de Brown. Luego te buscó a ti. Alfil y reina.

—¿Y eso en qué me convierte?

—En torre. Si puede, te cogerá. —Talman frunció el ceño e intentó recordar algo. Entonces lo supo. Se agachó sobre el *stylobloc* del brazo de Fern y, con el cuerpo, ocultó lo que escribía de toda célula fotoeléctrica que pudiera encontrarse en las paredes o en el techo. Escribió: "Se emborracha con altas frecuencias. ¿Puedes hacerlo?"

Fern arrugó el trozo de papel y lo rompió torpemente con las manos enguantadas. Guiñó un ojo a Talman y asintió.

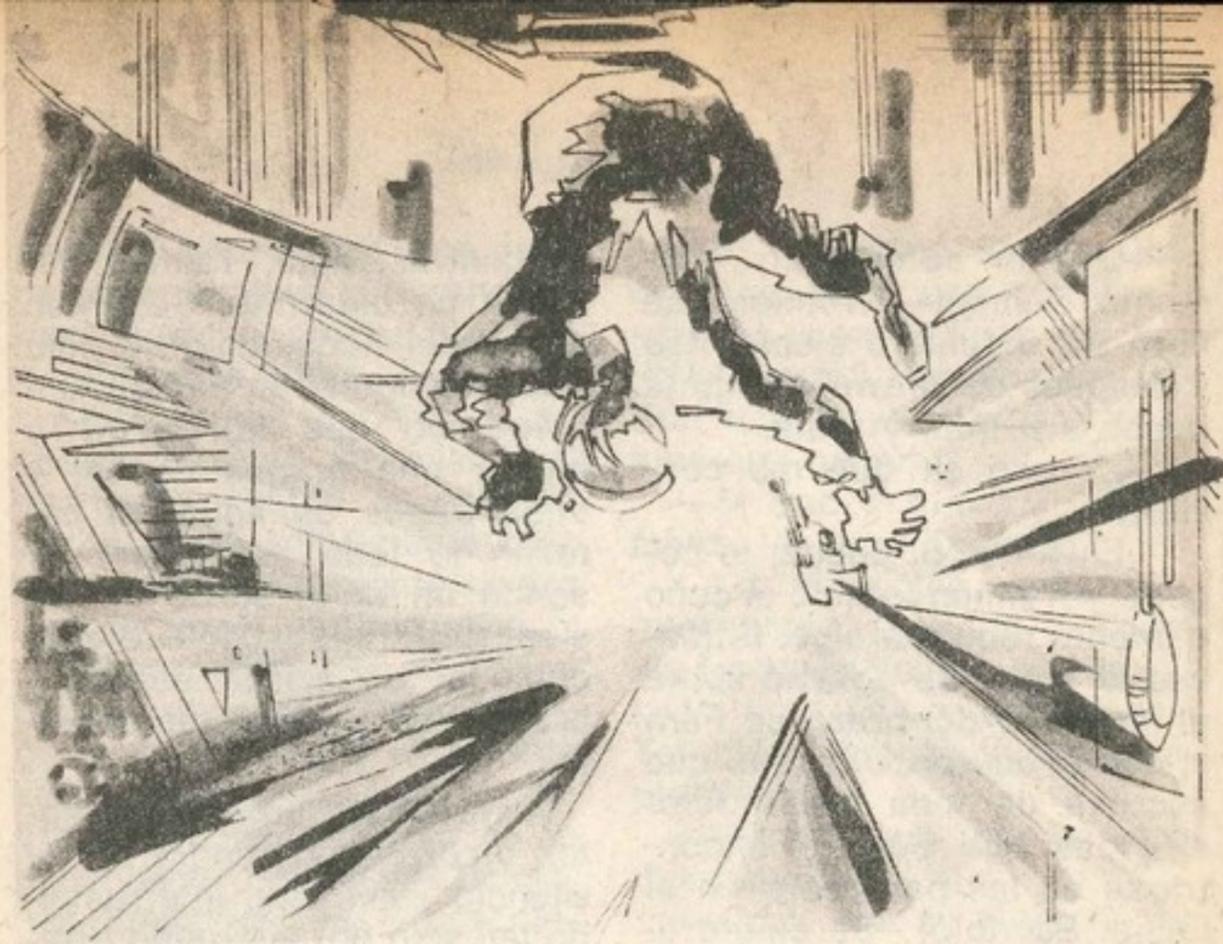
—Bueno, seguiré intentándolo —dijo, y desplegó la cuerda hacia el equipo de aparatos que él y Cunningham habían subido a bordo.

Dalquist y Talman se sujetaron a las columnas y esperaron. Nada podían hacer. Talman ya había hablado con Fern y Cunningham acerca de esta cuestión de la irritación por altas frecuencias; entonces, esa información no les había parecido valiosa. Ahora podía ser la solución, con la psicología práctica aplicada que complementaría a la tecnología.

Mientras tanto, Talman deseaba un cigarrillo. Sudoroso dentro del incómodo traje, sólo pudo manipular un artilugio incorporado que le permitió ingerir una gragea de sal y unos tragos de agua. El corazón le latía fuertemente y sentía un dolor sordo en las sienes. El traje espacial era incómodo; no estaba acostumbrado a un encierro tan personal.

A través del artilugio receptor incorporado, podía oír el silencio zumbante, interrumpido tan sólo por el crujido acolchado de las botas revestidas cuando Fern se movía. Talman parpadeó ante el caos de herramientas y cerró los ojos; la insoportable luz amarilla, que no estaba destinada a la visión humana, emitía pequeños latidos que palpitaban nerviosamente en algún punto de sus órbitas oculares. Pensó que Quentin estaba en algún lugar de esta nave, probablemente en esa misma cámara. Pero camuflado. ¿Cómo?

¿Material epistolar robado? Muy improbable. Quentin no había tenido motivos para esperar secuestradores. Un accidente puro había intervenido para proteger al Trasplante en un escondite tan magnífico. Eso y los métodos chapuceros de los técnicos que construían una pieza única de equipo con



la precaria comodidad de un palo enjabonado.

Pero si lograba que Quentin revelara su situación..., pensó Talman.

¿Cómo? ¿A través de una irritación cerebral inducida..., de una intoxicación?

¿Mediante una apelación a las cuestiones básicas? Pero un cerebro no podía perpetuar la especie. La autoconservación era la única constante. Talman deseó haber llevado a Linda. Así habría tenido una ventaja.

Si Quentin hubiese tenido un cuerpo humano, no habría sido tan difícil encontrar la solución. Y no necesariamente a través de la tortura. Las reacciones musculares automáticas, ese viejo recurso de los magos profesionales, podría haber conducido a Talman

hasta su meta. Por desgracia, el mismo Quentin era la meta: un cerebro sin cuerpo en un cilindro de metal aislado y acolchado. Y su médula espinal era un cable.

Si Fern lograba localizar un aparato de alta frecuencia, las radiaciones debilitarían las defensas de Quentin..., tanto en un sentido como en otro. Por el momento, el Trasplante era un contrincante muy peligroso. Y estaba perfectamente camuflado.

Bueno, perfectamente, no. Era evidente que no. Talman comprendió con un súbito destello de entusiasmo que Quentin no estaba sentado, ignorando a los piratas y escogiendo el camino más rápido de retorno a la Tierra. El hecho de que desandara el rumbo en lugar de seguir hacia

Callisto demostraba que Quentin deseaba conseguir ayuda. Y mientras tanto, a través del asesinato, hacía todo lo que podía para distraer a sus inesperados invitados.

Porque, evidentemente, era posible encontrar a Quentin.

Con tiempo.

Cunningham habría podido hacerlo. Hasta Fern era una amenaza para el Trasplante. Eso significaba que Quentin... tenía miedo.

Talman absorbió una bocanada de aire.

—Quent —dijo—, te voy a hacer una propuesta. ¿Me escuchas?

—Sí —replicó la voz lejana y dolorosamente conocida.

—Tengo una solución para todos nosotros. Tú quieres seguir con vida. Nosotros queremos esta nave, ¿no es así?

—Correcto.

—Supongamos que te lanzamos en paracaídas al entrar en la atmósfera terrestre. Después podemos tomar los mandos y volver a salir. De ese modo...

—Y Bruto es un hombre honrado —comentó Quentin—. Claro que no lo era. Yo no puedo confiar en ti, Van. Los psicópatas y los delincuentes son demasiado amorales. Y despiadados, porque consideran que el fin justifica los medios. Van, eres un psicólogo psicópata y precisamente

por eso nunca creería en tu palabra.

—Corres un gran riesgo. Sabes que si encontramos a tiempo el acoplamiento preciso, no habrá negociación.

—Si lo encontráis.

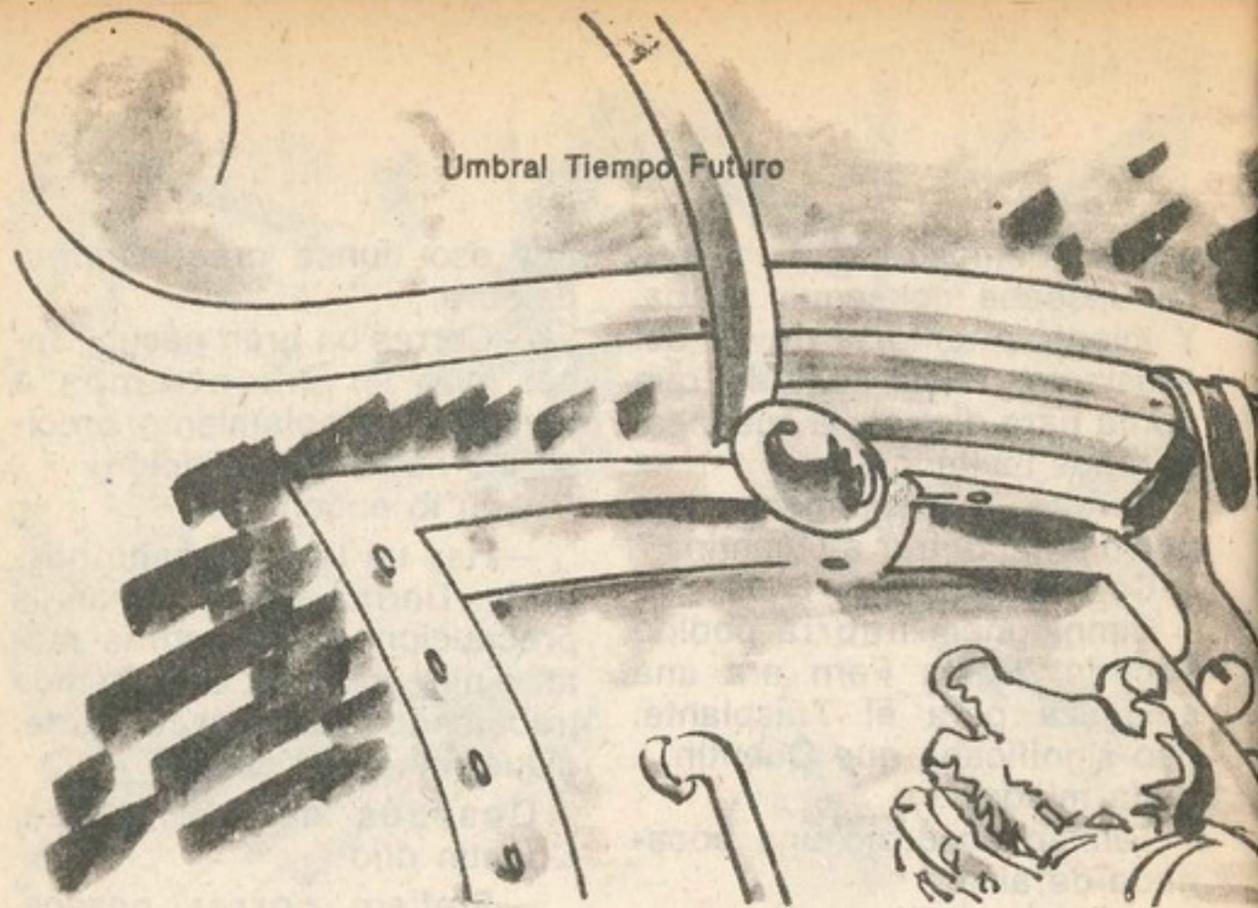
—Hay un largo camino hasta la Tierra. Ahora tomamos precauciones. No podrás matar a ninguno más. Seguiremos trabajando hasta encontrarte. ¿Qué me dices ahora?

Después de una pausa, Quentin dijo:

—Prefiero correr riesgos. Conozco los valores tecnológicos mejor que los humanos. Mientras dependa de mi propia esfera de conocimientos, estaré más seguro que si intento meterme con la psicología. Sé de coeficientes y cosenos, pero no conozco mucho acerca de la máquina coloide de tu cráneo.

Talman bajó la cabeza; las gotas de sudor cayeron de su nariz al interior de la placa de la cara. Experimentó una repentina claustrofobia; temor al ceñido espacio del traje y temor a la mazmorra que eran la cámara y la nave propiamente dicha.

—Estás limitado, Quent —afirmó con voz demasiado alta—. Tus armas son limitadas. No puedes adaptar aquí dentro la presión atmosférica porque, de lo contrario, ya la



habrías comprimido, aplastándonos.

—Y al mismo tiempo destruiría el equipo vital. Además, esos trajes soportan una gran presión.

—Tu rey sigue en jaque.

—Y el tuyo también —replicó Quentin serenamente.

Fern dirigió a Talman una lenta mirada que denotaba aprobación y ligero triunfo. El acoplamiento comenzaba a tomar forma bajo los guantes torpes que manipulaban los delicados instrumentos. Afortunadamente, fue una tarea de conversión más que de construcción, que habría exigido demasiado tiempo.

—Que te diviertas —agregó Quentin—. Pondré todas las atmósferas que podamos resistir.

—No siento nada —aseguró Talman.

—He dicho todas las que podemos resistir y no todas las que podría dar. Adelante y que os divertáis. No podéis ganar.

—¿No?

—Bueno..., calcúlalo. Mientras permanezcáis sujetos en un sitio, estaréis relativamente a salvo. Pero si comenzáis a moveros, podré destruirlos.

—Eso significa que tendremos que movernos... hasta algún sitio... a fin de alcanzarte, ¿no?

Quentin rió.

—No he dicho eso. Estoy bien camuflado. ¡Desconecta esa cosa!

El grito retumbó y volvió a retumbar contra el techo abovedado, agitando el aire ambarino. Talman se sacudió ner-



viosamente. Se topó con la mirada de Fern y vio la sonrisa del astrofísico.

—Lo está alcanzando —dijo Fern.

Durante varios minutos reinó el silencio.

La nave saltó bruscamente. Pero el inductor de frecuencias estaba fuertemente anclado y los hombres también estaban sujetos por sus cuerdas.

—Desconectadlo —repitió Quentin. No controlaba plenamente su voz.

—¿Dónde estás? —inquirió Talman.

No obtuvo respuesta.

—Quent, podemos esperar.

—¡Entonces, seguid esperando! El temor personal no..., no me distrae. Es una de mis ventajas.

—Un alto valor irritante —murmuró Fern—. Funciona rápidamente.

—Vamos, Quent —agregó Talman persuasivamente—. Aún posees el instinto de autoconservación. Y esto no te puede resultar agradable.

—Es... demasiado agradable —dijo Quentin con voz quebrada—. Pero no funcionará. Siempre pude aguantar los tragos que bebía.

—Esto no es alcohol —afirmó Fern. Tocó un cuadrante.

El Trasplante rió; satisfecho, Talman notó que había comenzado a perder el dominio verbal.

—No funcionará, digo. Soy demasiado... inteligente para vosotros.

—¿Sí?

—Sí. No sois imbéciles... ninguno de vosotros lo es. Quizá Fern sea un buen técnico, pero no lo suficiente. Van, ¿recuerdas que en Quebec me preguntaste si se había producido algún... cambio? Te respondí que no. Pero ahora descubro que me equivoqué.

—¿Cómo?

—La ausencia de distracción. —Quentin hablaba demasiado: un síntoma de intoxicación—. Un cerebro en un cuerpo nunca puede concentrarse plenamente. Es demasiado consciente del cuerpo. Lo cual es un mecanismo imperfecto. Demasiado especializado para resultar eficaz. La respiración, la circulación..., todos los sistemas interfieren. Hasta la costumbre de respirar es una distracción. Por el momento, la nave es mi cuerpo..., pero se trata de un mecanismo perfecto. Funciona con eficacia absoluta. Mi cerebro es igualmente mejor.

—Superhombre.

—Supereficaz. En general, la mejor mente gana al ajedrez porque puede prever los gambitos. Yo puedo prever todo lo que podríais hacer. Y tenéis una desventaja terrible.

—¿Por qué?

—Sois humanos.

—Egotismo —pensó Talman—. ¿Era éste el talón de Aquiles? Evidentemente, el anticipo de triunfo había cumpli-

do su tarea psicológica y el equivalente electrónico de la borrachera había liberado inhibiciones. Bastante lógico. Después de cinco años de trabajo rutinario, por muy novedoso que pudiera ser, esa situación súbitamente alterada —ese cambio de activo a pasivo, de máquina a protagonista— podría haber sido el catalizador. Ego. Y el pensamiento turbio".

Porque Quentin no era un supercerebro. Definitivamente, no lo era. Cuanto mayor es el coeficiente intelectual, menor es la necesidad de autojustificación, sea directa o indirecta. Extrañamente, de pronto Talman se sintió absuelto de todo remordimiento persistente. El verdadero Bart Quentin jamás habría sido culpable de pautas de pensamiento paranoides.

De modo que...

La articulación de Quentin era clara, no había omisiones. Pero ya no hablaba con un paladar mullido, la lengua, los labios y a través de una columna de aire. Ahora el control tonal estaba perceptiblemente alterado y la voz del Trasplante iba de un susurro sostenido hasta casi un grito.

Talman sonrió. De algún modo, ahora se sentía mejor.

—Somos humanos —afirmó—, pero seguimos sobrios.

—Tonterías. Mira el indica-

dor. Nos acercamos a la Tierra.

—Acaba de una vez, Quentin —dijo Talman cansinamente—. Estás diciendo faroles y ambos lo sabemos. No puedes soportar una cantidad indefinida de alta frecuencia. Ahora tiempo y entrégate ya.

—Ceded vosotros —replicó Quent—. Puedo ver todo lo que hacéis. De todos modos, la nave es un laberinto de trampas. Desde aquí arriba, lo único que tengo que hacer es mirar hasta que os acerquéis a una de ellas. Planeo mi jugada de antemano, y cada gambito está preparado para dar jaque mate a uno de vosotros. No tenéis ninguna posibilidad. No tenéis ninguna posibilidad.

“Desde aquí arriba”, pensó Talman. ¿Arriba, dónde? Recordó que el pequeño Cotton había comentado que podían recurrir a la geometría para localizar al Trasplante. Claro que sí. Geometría y psicología. Dividir la nave en dos, en cuatro y seguir bisecando los restos...

No era necesario. *Arriba* era la palabra clave. Talman se aferró a ella con una ansiedad que su rostro no exteriorizó. *Arriba*, aparentemente, reducía a la mitad la zona que tendrían que escudriñar. Podrían excluir la parte inferior de la nave. Ahora tendría que dividir en dos la sección superior

y utilizaría el globo celeste como línea divisoria.

Como es lógico, el Trasplante poseía células oculares en toda la nave, pero provisionalmente Talman decidió que Quentin se consideraba situado en un lugar determinado, y no diseminado por toda la nave, localizado en todo lugar donde estuviera incorporado un ojo. En su opinión, una cabeza de hombre en su lugar.

Quentin podía ver el punto rojo del globo celeste, pero eso no significaba, necesariamente, que estuviera situado en la pared frente a ese hemisferio del globo. Mediante trampas, tendría que lograr que el Trasplante diera referencias sobre su relación física real con los objetos de la nave..., y sería difícil, porque el mejor modo de hacerlo era por referencias visuales, el enlace más importante del individuo normal con lo que le rodea. Y la vista de Quentin era casi omnipotente. Podía verlo todo.

De algún modo, tenía que existir una localización...

Un test de asociación de palabras serviría. Pero eso implicaba su cooperación y Quentin no estaba tan borracho.

Nada obtendría sabiendo lo que Quentin podía ver porque su cerebro no se encontraba necesariamente cerca de alguno de sus ojos. Existiría una

comprensión sutil e intrínseca de localización por parte del Trasplante; el conocimiento de que él —ciego, sordo y mudo a no ser por sus distantes mecanismos sensitivos extensores— se encontraba en determinado lugar. A no ser por un interrogatorio reveladoramente directo, ¿cómo se podría lograr que Quentin diera las respuestas adecuadas?

“Es imposible”, pensó Talman, con una desesperanzada sensación de ira frustrada. La ira aumentó. Le provocó sudor en el rostro y le despertó un odio sordo y doloroso por Quentin. Y la culpa de que Talman estuviera encarcelado en ese odioso traje espacial y en esa enorme nave muy peligrosa era de Quentin. Culpa de una máquina...

Repentinamente, divisó el camino.

Era claro que dependería del grado de borrachera de Quentin. Miró a Fern, lo interrogó con la mirada y éste, como respuesta, accionó un cuadrante y asintió.

—Malditos seáis —susurró Quentin.

—Pamplinas —afirmó Talman—. Diste a entender que ya no tienes el instinto de autoconservación.

—Yo... no...

—¿No es cierto?

—No —replicó Quentin en voz muy alta.



—Quent, olvidas que soy psicólogo. Tendría que haber visto antes los matices. El libro estaba abierto, listo para leer, incluso antes de que te viera. Cuando vi a Linda.

—¡No menciones a Linda!

Talman experimentó una visión momentánea y enfermiza del cerebro borracho y torturado oculto en algún lugar de las paredes, una pesadilla surrealista.

—Seguro —agregó—. No quieres pensar en ella.

—Cállate.

—Tampoco quieres pensar en ti mismo, ¿no?

—Van, ¿qué intentas? ¿Enloquecerme?

—No —respondió Talman—. Simplemente estoy harto, podrido y asqueado de todo este asunto. De simular que eres Bart Quentin, que todavía eres humano, que podemos tratar contigo en los mismos términos.

—No habrá trato...

—No me refería a eso y lo sabes. Acabo de comprender qué eres —dejó las palabras suspendidas en el aire sutil. Imaginó que escuchaba la respiración dificultosa de Quentin, aunque sabía que sólo era una ilusión.

—Van, por favor, cállate —pidió Quentin.

—¿Quién me pide que me calle?

—Yo.

—¿Y eso qué es?

La nave pegó un salto. Talman estuvo a punto de perder el equilibrio. La cuerda atada a la columna lo salvó. Rió.

—Quent, te compadecería si tú fueras... tú. Pero no lo eres.

—No caeré en ningún truco.

—Tal vez sea un truco, pero también es la verdad. Y tú mismo te lo has preguntado. Estoy seguro de ello.

—¿Qué es lo que me he preguntado?

—Ya no eres humano —agregó Talman suavemente—. Eres una cosa. Una máquina. Un artilugio. Un trozo de carne esponjosa y gris en una caja. ¿Creíste realmente que me acostumbraría a ti... ahora? ¿Que podría identificarte con el viejo Quent? ¡Ni siquiera tienes rostro!

La caja sonora emitió ruidos. Parecían metálicos.

—Cállate —volvió a decir Quentin después, casi quejumbrosamente—. Sé lo que intentas hacer.

—Y no quieres hacerle frente. Pero, tarde o temprano, tendrás que hacerlo, tanto si nos matas como si no lo haces. Este asunto es secundario. Pero los pensamientos seguirán creciendo y creciendo en tu cerebro. Y tú seguirás cambiando y cambiando. Ya has cambiado muchísimo.

—Estás loco —a s e g u r ó Quentin—. No soy... un monstruo.

—Eso esperas, ¿no? Analízalo lógicamente. No te has atrevido a hacerlo, ¿verdad? —Talman levantó su mano enguantada y chasqueó las puntas de sus dedos revestidos—. Intentas, con desesperación, seguir aferrado a algo que se aleja..., la humanidad, la herencia con la que naciste. Te aferras a los símbolos, con la esperanza de que equivalgan a la realidad. ¿Por qué finges comer? ¿Por qué insistes en beber coñac de una copa? Sabes que se te podría arrojar a chorros desde una lata de petróleo.

—No. ¡No! Se trata de una cuestión estética...

—Tonterías. Vas a los espectáculos de televisión. Lees. Simulas que eres tan humano como para ser caricaturista. Todas estas simulaciones son una adhesión desesperada y sin solución a algo que ya ha desaparecido de ti. ¿Por qué sientes la necesidad de emborracharte? Estás mal adaptado porque simulas que sigues siendo humano y ya no lo eres.

—Soy..., bueno, algo mejor...

—Tal vez..., si hubieses nacido como máquina. Pero fuiste humano. Tuviste un cuerpo humano. Tuviste ojos, pelo y labios. Y Linda debe de

recordarlo, Quent. Tendrías que haber insistido en el divorcio. Mira..., si sólo hubieses quedado mutilado por la explosión, ella podría haberte cuidado. La habrías necesitado. Pero eres una unidad autosuficiente y autocontentida. Ella cumple un buen trabajo de simulación, lo reconozco. No intenta pensar en ti como en un helicóptero en vuelo. Un aparato. Una gota de tejido celular húmedo. Debe de resultarle difícil. Te recuerda tal como eras.

—Me ama.

—Te compadece —afirmó Talman implacablemente.

En la quietud zumbante, el punto rojo se arrastró por el globo. Fern sacó la lengua y se humedeció los labios. Dalquist observaba serenamente, con los ojos entrecerrados.

—Sí —a g r e g ó Talman—, hazle frente. Y piensa en el futuro. Existen compensaciones. Obtendrás un gran placer en mezclar tus palancas. Finalmente, dejarás de recordar que fuiste humano. Entonces serás más feliz. Porque no puedes aferrarte a ello, Quent. Se aleja. Durante un tiempo podrás seguir simulando pero, a la larga, ya no importará. El hecho de ser un aparato te dará satisfacción. Verás belleza en una máquina y no en Linda. Tal vez eso ya ha ocurrido.

Quizá Linda sabe que ha ocurrido. Por ahora no necesitas ser honesto contigo mismo. Eres inmortal. Pero yo no aceptaría como regalo ese tipo de inmortalidad.

—Van...

—Yo sigo siendo Van. Pero tú eres una máquina. Además, mátanos si quieres, y si puedes. Después regresa a la Tierra y, cuando veas nuevamente a Linda, mírala a los ojos. Mira su rostro cuando ella no sabe que la observan. No te resultará difícil hacerlo. Aparéjate a la célula fotoeléctrica de una lámpara o a algo así.

—¡Van..., Van!

Talman dejó caer las manos a los costados.

—De acuerdo. ¿Dónde estás?

El silencio creció mientras un problema inaudible recorría la inmensidad amarilla. Tal vez el problema estaba en la mente de todos los Trasplantes. El problema de... un precio.

¿Qué precio?

La soledad total, la certeza enfermiza de que los viejos lazos se rompían uno a uno y que en lugar de una humanidad viva y cálida quedaría... ¿un monstruo mental?

Sí, se lo había preguntado..., este Trasplante que había sido Bart Quentin lo había hecho. Se lo había preguntado mientras las orgullosas y enormes máquinas que conforma-

ban su cuerpo seguían preparadas para saltar hacia una vida vibrante.

“¿Estoy cambiado? ¿Todavía soy Bart Quentin?”

“¿O acaso ellos, los humanos..., me consideran como a un...? ¿Y ahora Linda qué opina realmente de mí? ¿Soy yo...?”

“¿Soy yo... eso?”

—Sube a la galería —dijo Quentin. Su voz sonaba extrañamente apagada y muerta.

Talman hizo un gesto rápido. Fern y Dalquist se pusieron en actividad. Cada uno subió por una de las escaleras situadas en los lados opuestos de la habitación, con cuidado, sujetando las cuerdas a cada peldaño.

—¿Dónde está? —preguntó Talman delicadamente.

—La pared sur... Oriéntate según la esfera celeste. Puedes alcanzarme... —la voz se apagó.

—¿Sí?

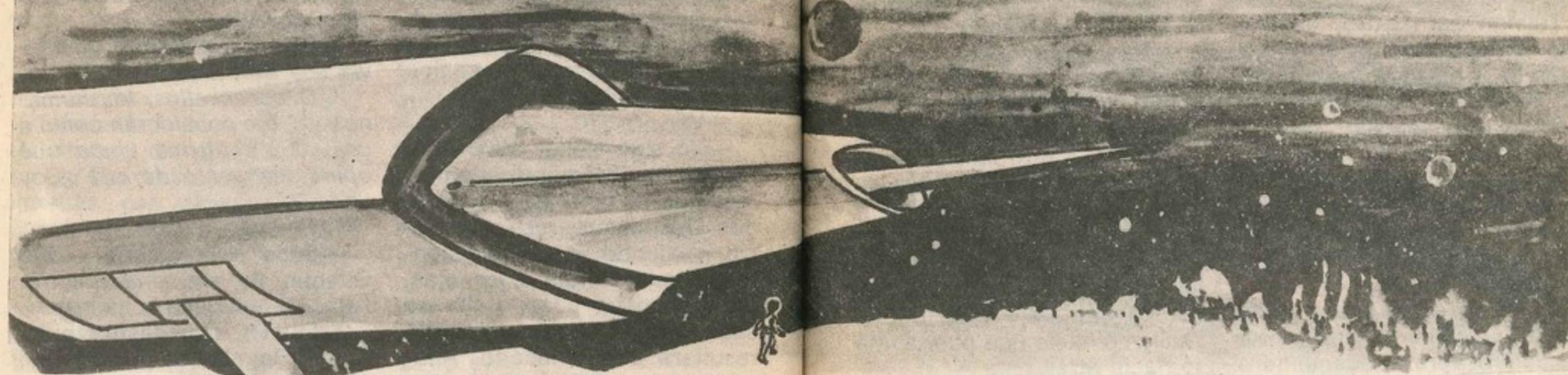
Silencio.

—¿Se ha desmayado? —gritó Fern hacia abajo.

—¡Quent!

—Sí..., aproximadamente en el centro de la galería. Te lo diré cuando llegues.

—Tranquilo —advirtió Fern a Dalquist. Pasó una vuelta de la cuerda por la barandilla de la galería y avanzó lentamente, escudriñando la pared con la mirada.



Talman utilizó una mano para limpiarse la placa del rostro, que se había empañado. El sudor caía por su cara y por sus costados. La persistente luz amarilla y la quietud zumbante de las máquinas que tendrían que atronar portentosamente sometieron sus nervios a una tensión insostenible.

—¿Aquí? —preguntó Fern.

—¿Dónde estás, Quent? —preguntó Talman—. ¿Dónde estás?

—Van —dijo Quentín, con un tono agónicamente horrible y apremiante—. No es posible que hablaras en serio. No puede ser. Esto es... ¡tengo que saberlo! ¡Estoy pensando en Linda!

Talman tembló. Se humedeció los labios.

—Quent, eres una máquina —afirmó con voz pausada—. Eres un aparato. Sabes que nunca habría intentado matarte si todavía fueras Bart Quentin.

Entonces, con asombrosa violencia, Quentín rió.

—¡Ahí va, Fern! —gritó y los ecos entrechocaron y rugieron por la cámara abovedada.

Fern intentó aferrarse a la barandilla de la galería.

Fue un error fatal. La cuerda que lo sujetaba a esa barandilla se convirtió en una trampa... porque no vio el peligro a tiempo para desatarse.

La nave dio un salto.

Estaba maravillosamente evaluado. Fern salió disparado hacia la pared, pero la cuerda lo detuvo. Simultáneamente, el enorme globo celeste se soltó

del soporte y trazó un arco pendular con el impulso de una palmeta de las proporciones de un Gargantúa. El impacto destruyó instantáneamente la cuerda de Fern.

La vibración resonaba en las paredes.

Talman se aferró a una columna y mantuvo la vista fija en el globo. Se balanceaba en un arco decreciente a medida que la inercia superaba el impulso. Del globo chorreaba un líquido.

Vio que el casco de Dalquist aparecía por encima de la barandilla. El hombre gritó:

—¡Fern!

No obtuvo respuesta.

—¡Fern! ¡Talman!

—Estoy aquí —le informó Talman.

—¿Dónde...? —Dalquist giró la cabeza y clayó la mi-

rada en la pared. Lanzó un grito.

De su boca surgieron galimatías obscenas. Se arrancó el desintegrador del cinturón y apuntó al laberinto de aparatos que se extendían debajo.

—¡Dalquist! —gritó Talman—. Espera.

Dalquist no oía.

—Destrozaré la nave —gritaba—. Des...

Talman sacó su desintegrador, apoyó el cañón contra la columna y disparó a la cabeza de Dalquist. Vio que el cuerpo sobrepasaba la barandilla, caía y se estrellaba contra las placas del suelo. Después rodó boca arriba y permaneció así, emitiendo sonidos enfermizos y pesarosos.

—Van —dijo Quentín.

Talman no replicó.

—¡Van!

—¡Sí!

—Desconecta el inductor.

Talman se irguió, caminó con paso inseguro hasta el aparato y arrancó los cables. No se molestó en buscar un método más sencillo.

La nave aterrizó largo rato después. La vibración zumbante de las corrientes se apagó. Ahora la oscura y enorme cámara de mandos parecía extrañamente vacía.

—He abierto una portilla —dijo Quentin—. Denver se encuentra aproximadamente a setenta y cinco kilómetros en dirección norte. A unos seis kilómetros hay una carretera en esa dirección.

Talman se levantó y miró a su alrededor. Su rostro parecía arrasado.

—Nos engañaste —musitó—. En todo momento jugaste con nosotros. Mi psicología...

—No —aseguró Quentin—. Estuviste a punto de triunfar.

—¿Qué...?

—En realidad, no me consideras un aparato. Fingiste hacerlo, pero una ligera cuestión semántica me salvó. Cuando comprendí lo que habías dicho, recuperé mi sentido.

—¿Qué dije?

—Bueno, que nunca habrías intentado matarme si yo todavía fuera Bart Quentin.

Talman luchaba lentamente por salir del traje espacial. El aire fresco y limpio ya había

reemplazado a la atmósfera venenosa de la nave. Sacudió la cabeza, embotado.

—No comprendo.

La risa de Quentin resonó y ocupó la cámara con sus vibraciones cálidas y humanas.

—Van, es posible detener o destruir una máquina —explicó—. Pero no se la puede... matar.

Talman permaneció en silencio. Ya se había liberado del pesado traje y se dirigió vacilante hacia una puerta. Miró hacia atrás.

—La puerta está abierta —afirmó Quentin.

—¿Me dejas marchar?

—En Quebec te dije que olvidarías nuestra amistad antes que yo. Será mejor que te apresures, Van, mientras haya tiempo. Probablemente ya han enviado helicópteros desde Denver.

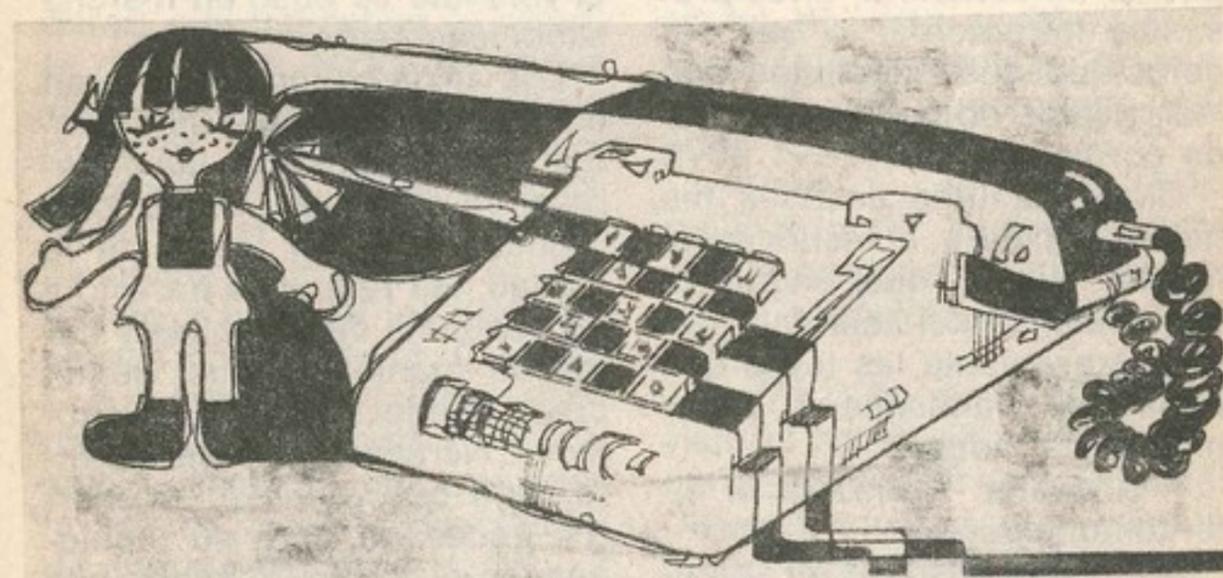
Talman recorrió con una mirada inquisitiva la enorme cámara. En algún lugar, perfectamente camuflado entre las poderosas máquinas, había un pequeño cilindro de metal, protegido y acunado en su hueco oculto. Bart Quentin...

Tenía seca la garganta. Tragó saliva, abrió la boca y volvió a cerrarla. Salió.

A solas en la nave silenciosa, Bart Quentin aguardaba a los técnicos que volverían a acomodar su cuerpo para el vuelo a Callisto.

UN TRABAJO A CONCIENCIA

por JOSE RAUL SOLANO



Estaba medio adormilado en mi oficina cuando recibí la llamada telefónica.

Era una voz de mujer. Y joven a juzgar por su timbre. Podía imaginármela rubia, bonita y con pecas.

—Hola. ¿El señor Stragman, de la O.P.A.H.?

—El mismo. ¿Quién habla?

—Mi nombre no importa. Deseo hacer una denuncia.

Suspiré. Diariamente recibíamos decenas de falsas denuncias. Bromistas que de alguna manera se vengaban de lo que representábamos dentro de una sociedad represiva.

—Oiga, si es una broma...

—No sea imbécil. Sólo pretendo hacer algo útil por la comunidad. Apunte.

Me dictó una dirección, y luego me dijo lo que yo esperaba. Después cortó.

Durante algunos momentos me quedé indeciso, sin saber qué hacer. Generalmente no investigábamos ni la mitad de las denuncias que recibíamos. Por otra parte, la dirección que me había dado la desconocida quedaba en los suburbios de la ciudad, y no me hacía mucha gracia tener que meterme en el enloquecido tránsito de la Ciudad Costera por una denuncia tal vez falsa.

Sin embargo había algo en la voz de la desconocida que me hizo pensar que no mentía, que estaba realmente convencida de lo que decía. Tal vez fuera el timbre decidido de su voz o la vehemencia que había puesto en denunciar a los presuntos infractores, lo que sugería que sus relaciones con los mismos no debería ser nada cordiales.

Cinco minutos después me había decidido a visitar a la familia Hilton, que según la desconocida del teléfono violaba gravemente las leyes que regían el Planeamiento Automático del hogar.

—Brewster —dije por el intercomunicador.

Segundos después mi secretario entraba como una tromba en mi oficina, presuroso y diligente.

—Brewster, hazte cargo de la oficina. Voy a investigar una denuncia.

El muchacho puso cara de sorpresa.

—¿Usted... personalmente?

—Sí. ¿Por qué no? Creo que esta vez no se trata de una falsa alarma. Tal vez podamos dar con algo, Brewster.

Dejé al agobiado Brewster sentado en mi escritorio y bajé a la calle.

Luego de quince minutos pude conseguir por fin un taxi.

Después de las cinco de la tarde es tan difícil encontrar

un taxi vacío en Ciudad Costera como encontrar una aguja en una habitación a oscuras.

—Galveston al siete mil —dije.

Una vez que el cerebro electrónico hubo digerido la orden, el vehículo se puso en marcha silenciosamente.

Los taxis automáticos eran un invento realmente útil. Estaban gobernados por un poderoso cerebro electrónico programado con un mapa de la ciudad, las reglas de tránsito y un esquema de los miles y miles de maniobras que, según creo, puede realizar un automóvil. No consumían carburante, sino que obtenían la energía necesaria para su funcionamiento de una pequeña pila atómica ubicada dentro de la caja blindada delantera del vehículo.

Eran, a todas luces, muchos más eficientes que los automóviles convencionales, hasta tal punto que los habían reemplazado casi totalmente en las grandes ciudades.

Como el cerebro electrónico de los automóviles automáticos no se cansaba, no bebía, ni se dormía ni cometía ninguno de los errores que puede cometer un conductor humano, los accidentes de tránsito terminaron por disminuir poco a poco, y nadie dudaba que en poco tiempo más acabarían por desaparecer. En ese as-

pecto, la automatización había sido realmente muy útil para la frágil humanidad tecnológica.

Me arrellané cómodamente en el asiento mientras miraba cómo en la pantalla catódica del vehículo se sucedían interminablemente una serie de cifras, que indicaban el importe que debía abonarse por el viaje. El taxi automático, mientras tanto, había abandonado ya las calles embotelladas de la ciudad y circulaba ahora más libremente, subiendo y bajando los distintos niveles con facilidad. Bostecé. Luego saqué del bolsillo de mi chaqueta mi grabador de bolsillo y escuché una vez más la voz de la joven desconocida que me lamara a mi oficina treinta minutos antes.

—Hola, ¿el señor Stragman de la Oficina de Planeamiento Automático del Hogar? (formalidad).

—El mismo. ¿Quién habla? (indiferencia).

—Mi nombre no importa. Deseo hacer una denuncia (firmeza).

—Oiga, si es una broma... (desconfianza).

—No sea imbécil. Sólo pretendo hacer algo útil por la comunidad. Apunte (agresividad).

—Espere... (disculpa).

—En la calle Galveston siete mil quince, ¿oyó bien?, Galveston siete mil quince, vive la familia Hilton. Sí, Hilton. Creo

que es mi deber informarle que el señor Hilton es cibernético y ha construido un robot, un robot dotado de movilidad y voluntad propia (vehemencia).

—Sí. ¿Está usted segura? (sorpresa).

—Naturalmente. En realidad yo no he visto al robot, pero sé de su existencia por muy buena fuente, se lo puedo asegurar (convicción).

—Pero... ¿no puede decirme algo más?... Comprenderá que no puedo actuar en base a suposiciones (inseguridad).

—¡Ya le he dicho que no he visto al robot, pero sé con seguridad que existe! ¡Créame! ¡Además a usted no le costará nada descubrirlo! ¡Debe hacerlo y encerrar a ese par de maniáticos de una buena vez! (violencia).

Cortó.

Bien, pensé apagando mi grabador. No era mucho lo que tenía para empezar. Una denuncia tal vez falsa, no acompañada por ninguna prueba ni indicio concreto, no obstante lo cual estaba casi seguro que la desconocida me había dicho la verdad.

De todos modos me resultaría bastante difícil comprobar una presunción de esa naturaleza.

Naturalmente, debería entrar en el hogar de los Hilton con alguna excusa. Mi departamen-

to sólo me autorizaba a allanar el domicilio de los infractores en caso de que hubiera una evidencia, una prueba concreta de la posesión ilegal de un robot dotado de movilidad y autodeterminación.

Pero en este caso no había nada de ello, por lo que todo se haría más dificultoso.

Me puse a pensar en una o dos maneras de entrar en el hogar de los Hilton sin darme a conocer como Inspector de la Oficina de Planeamiento Automático del Estado, lo que, en los tiempos actuales, resultaba mucho más complicado de lo que podía parecer a primera vista.

Luego de entrar en el hogar de los Hilton vendría la parte realmente interesante de mi trabajo: localizar el robot que tanto había desvelado a la desconocida que me llamara a la oficina.

Era de suponer que los Hilton no tendrían el dichoso autómatas a la vista de todo el mundo. Conocedores de las penas que el Estado proporcionaba a todo aquel que poseyera un robot ilegal, se guardaría muy bien de exhibirlo a la vista de un desconocido.

Pero yo conocía un par de trucos para descubrir robots clandestinos que constituían el máspreciado secreto de los hombres de mi profesión.



No por algo mis superiores piensan que soy capaz de encontrar un robot ilegal en un castillo a oscuras, en plena noche y con los ojos cerrados. Mi olfato de investigador es bien conocido por mis compañeros de trabajo, lo que me ha valido el halagador mote de "perro de presa".

Era lógico que todo resultaría más fácil si la desconocida del teléfono me hubiera proporcionado una información más detallada sobre el presunto robot de los Hilton. Sin dato alguno sobre él, debería proceder poco menos que a ciegas.

Sería buscar algo que no sabía muy bien cómo era.

Cuando uno busca a un robot dotado de movilidad se imagina instintivamente que ese robot ha de tener una apariencia humana, no muy distinta a la de un hombre de carne y hueso. Es decir un "cuerpo" de metal provisto de dos o más extremidades prensiles, o dos o más extremidades sustentadoras y una "cabeza" en donde se halla alojado el cerebro electrónico.

Uno piensa que ese robot puede ser alto o bajo, gordo o flaco, cuadrado o redondo, tener un par de brazos o media docena de ellos y caminar normalmente, a los saltos o al estilo "Frankenstein", es decir arrastrando los pies.

Pero no sé por qué diablos todo el mundo se resiste subconscientemente a la idea de que un robot con movilidad propia, capaz de realizar desplazamientos y manipular objetos, puede ser también completamente distinto al androide convencional de figura humana, tan distinto que ni siquiera nosotros, los miembros de la O.P.A.H., podemos darnos cuenta a veces de su verdadera naturaleza.

La crónica reciente de los llamados "asesinatos a distancia" nos muestra que en los años que era permitida la fabricación individual de autómatas, gran cantidad de crímenes fueron cometidos por robots que se parecían tanto a un ser humano como a un paraguas o a una cucaracha. Un autómata no tiene que ser necesariamente humanoide, de ahí que en muchos casos resulte casi imposible localizarlo.

Yo creo que en la era de los "asesinatos a distancia" la gente pretendía tranquilizarse pensando que los robots asesinos no podían ser muy distintos a ellos mismos. Era una forma de mantener el orden y la cordura en medio del caos y el terror que los robots provocaron en el mundo, hasta que el gobierno decidió suprimirlos drásticamente.

Pero la verdad que un robot puede asumir mil formas no humanas, todas ellas distintas. En mi carrera tuve oportunidad de tropezar con los autómatas más extravagantes y curiosos. Recuerdo particularmente a los robots de las empresas Bonnot, redondos y cubiertos de extremidades, y un par que destruí en una oportunidad en una vieja estación, semejantes a dos gigantes sombreros de copa con seis patas y cuatro brazos.

Si mal no recuerdo el famoso androide que "asesinó" años atrás al Presidente de Panamá era idéntico a Mickey Mouse. Evidentemente, no es inverosímil que uno pueda tropezar en cualquier momento con un árbol que lo tome entre sus ramas y lo apriete hasta asfixiarlo, un árbol tan parecido a un árbol de verdad que ningún perro sospecharía al levantar la pata que está viviendo los últimos momentos de su vida.

Aunque no faltaron quienes opinaron en su momento que la Ley de abolición de autómatas móviles fue un abuso arbitrario de autoridad —las grandes empresas fabricantes de robots para todo trabajo, por ejemplo—, las medidas tomadas eran realmente necesarias e impostergables.

Estoy seguro que no había otra manera realmente efecti-

va de terminar radicalmente con los crímenes a distancia y que, de no haberse promulgado tal ley, el mundo hubiera terminado destruido por sus propios autómatas.

Todo había sucedido hacía muy poco tiempo atrás. Tan sólo un par de años, por lo que el "horror cibernético" estaba fresco todavía en la memoria de aquellos que habían tenido la desgracia de vivirlo de cerca.

Durante los años la Cibernética fue una ciencia en constante progreso. Luego de muchas pruebas y fracasos, los grandes paladines de la automatización lograron concretar un viejo sueño de la ciencia-ficción: construir robots móviles, capaces de trasladarse de un lado a otro, obedecer órdenes y ejecutar las tareas más diversas y complicadas. Naturalmente, estos autómatas fueron ampliamente aceptados por la sociedad. Por otra parte la divulgación de los métodos de construcción de robots permitió que en poco tiempo todo aquel que fuera más o menos hábil en electrónica pudiera construir su propio androide. A tal efecto, la empresa "Jhonson, Blackwell y Cía." fue de las primeras en vender sus equipos especialmente preparados para la construcción de autómatas. Se llamaban "Armelo usted mis-

mo" y contenían todas las piezas necesarias y las instrucciones pertinentes para que cualquier niño con un poco de talento pudiera armar su robot como si fuera un "mecano".

En pocas semanas la fiebre de los robots móviles invadió a todas las ciudades del mundo.

Los chismes eran realmente prácticos y útiles. Podían ejecutar los trabajos más desagradables, por lo que fueron rápidamente adoptados en todos los hogares. Por otra parte sus bajos costos los tornaban muy accesibles inclusive para las clases sociales de poco nivel adquisitivo.

Era realmente un espectáculo ver trabajar a los robots móviles. Obtenían su energía de acumuladores que se cargaban por la noche y hacían prácticamente de todo: alimentaban bebés, limpiaban la casa e inclusive muchos de ellos eran capaces de arreglar artefactos eléctricos descompuestos y enseñar a los niños los primeros rudimentos escolares.

Aún recuerdo lo extraño que resultaba tropezar en la calle con un gigantesco sirviente de metal cargado de paquetes, que después de cada empujón que daba o recibía murmuraba "disculpe" con cortesía. Los autómatas invadieron el mundo como hormigas, y al poco tiempo de su debut en la civiliza-

ción podía encontrárselos en todos lados: en los subtes, en los comercios e inclusive en las cárceles, las iglesias y los prostíbulos.

Durante un tiempo todo fue maravilloso, hasta que al primer hijo de mala madre se le ocurrió programar a su robot para que cometiera un asesinato. Los autómatas pasaron, en poco tiempo, a engrosar la lista de objetos de este mundo —en la cual están prácticamente contenidas todas las cosas— que pueden ser utilizadas tanto para los fines más loables como para cometer los crímenes más espantosos.

Pronto gran cantidad de personas se dedicaron a hacer lo mismo, programando sus androides para que cometieran crímenes menores que jamás se hubieran atrevido a realizar con sus propias manos. Resultaba fácil hacerlo. Cualquiera podría instruir a su autómata y enviarlo a asesinar a su suegra, su patrón o el amante de su mujer.

En cuestión de semanas a partir del primer crimen los asesinatos a distancia —como se llamó a los crímenes realizados por robots— adquirieron gran popularidad y predicamento en la sociedad moderna. Los robots eran objetos ideales para cometer un asesinato; se movían con limpieza y rapidez, sin que sus movi-

mientos se vieran entorpecidos por el miedo u otra emoción circunstancial. No dejaban huellas digitales ni otro tipo de rastros y, una vez puestos en marcha no había prácticamente forma de detenerlos, excepto por su propio dueño.

Por otra parte en caso de ser detenidos, resultaba muy difícil probar quién los había mandado a cometer un asesinato. Cualquiera podía haberlo hecho. Tanto el más insospechado y honrado de los ciudadanos como el jefe de una banda de mafiosos.

Lo mismo podían haber sido programados por una frágil ancianita, una buena ama de casa o un niño avisado con ganas de escarmentar al grandote de la barra que le pegaba por cualquier cosa.

La policía se agarraba la cabeza desesperada. Día a día se cometían asesinatos espantosos, a plena luz del día y a la vista de toda la población, sin que —excepto en alguno que otro caso de torpe aficionado que dejaba sus impresiones digitales en el robot sin darse cuenta— pudiera prenderse jamás al autor del crimen.

En esa época yo trabajaba para el gobierno, y puedo recordar perfectamente la situación.

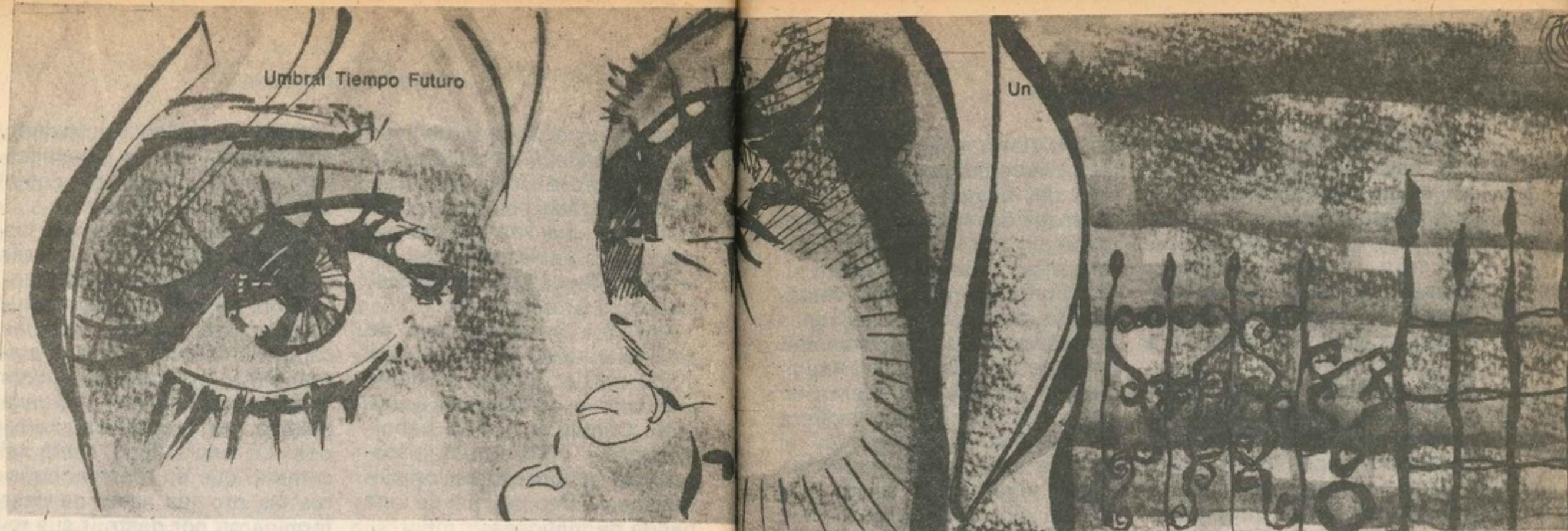
El pánico cundió rápidamente. Todo el mundo comenzó a ver en cada robot móvil un

asesino en potencia, enviado por alguno de sus enemigos para que le retorciera indecorosamente el pescuezo.

Ante esta perspectiva los hombres comenzaron a salir armados a las calles y protagonizaron, en numerosas oportunidades, verdaderas batallas campales contra los autómatas. Gran cantidad de robots fueron destruidos en plena vía pública por grupos de exaltados. La crisis llegó hasta tal extremo que en muchos hogares las propias amas de casa terminaron por destruir sus robots-sirvientes, tan humildes y obedientes como Caleb, temerosas de que se volvieran contra ellas y las asesinaran durante el sueño.

Pero todo esto no acabó con los crímenes cometidos por autómatas. Lejos de disminuir durante la crisis, recrudecieron, y fue necesario que el gobierno tomara al toro por las astas y dictara la famosa ley de abolición de robots móviles para que los crímenes cesaran.

Mediante la susodicha ley todos los propietarios de robots capaces de trasladarse de un punto a otro tenían exactamente cuarenta y ocho horas para entregarlos a las autoridades, bajo apercibimiento de castigo. La ley castigaba rigurosamente a los que pasados los plazos fijados seguían conservando sus robots en lugar



de entregarlos para su destrucción pública.

De ese modo, en pocos días se destruyeron millares de autómatas, y quedó perfectamente establecido que todo aquel que en lo sucesivo construyera un robot móvil sería severamente castigado con penas que oscilaban entre los diez y cincuenta años de cárcel, y prisión perpetua o pena de muerte en caso de que se comprobara que ese robot había sido construido para cometer un crimen.

Dado mi cargo yo tuve oportunidad, en aquella época, de destruir personalmente gran cantidad de autómatas, lo que me familiarizó bastante con ellos. Luego fui propuesto para un puesto importante en la Oficina de Planeamiento Automático del Hogar —puesto que

ocupo actualmente— organismo que, entre otras cosas, se ocupa de localizar y destruir autómatas clandestinos y presentar a sus constructores a la justicia.

Y heme aquí, dirigiéndome a un sector alejado de Ciudad Costera dispuesto a localizar a un nuevo villano electrónico, cuyos dueños, según la desconocida y exaltada denunciante, eran un par de maniáticos que deberían ser encerrados en una jaula del Estado lo más rápidamente posible.

El domicilio de Galveston siete mil quince era una antigua mansión de estilo victoriano como esas que suelen verse en los viejos filmes del conde Drácula. Aparentemente se mantenía en pie sólo porque Dios es realmente grande

y generoso. De modo que resultaba poco usual encontrar una construcción tan vieja en Ciudad Costera, y durante un par de segundos me pregunté cómo habría hecho para escapar a la fiebre de modernización que se había abatido sobre la ciudad quince años atrás.

Cuando bajé del taxi automático aún no había urdido ningún argumento para entrar en el hogar de los Hilton, pero en la misma mansión encontré la solución al problema; un gran letrero ubicado en el pequeño jardín delantero anunciaba con grandes letras: SE VENDE ESTA CASA. MUEBLES ANTIGUOS (SIGLO XX) GRAN OPORTUNIDAD.

—Bien —me dije—. Esto me allana el camino. Solo deberé presentarme como un tipo sim-

pático interesado en comprar muebles antiguos. Tal vez hasta les haga una oferta por la casa.

Abrí una pesadísima verja herrumbrada y atravesé el jardín a grandes zancadas. La parte delantera de la mansión no tenía timbre de llamada ni ojo fotoeléctrico, pero sí un pesado llamador de hierro con la forma de un puño.

Mientras esperaba que saliera alguien acaricié la culata de la pequeña pistola calorífica que llevaba en el bolsillo interior de mi chaqueta. Tal vez las cosas se pusieran difíciles y me viera en la obligación de hacer uso de ella.

Ya en una oportunidad me había salvado la vida.

Fue cinco años atrás, cuando en casa de un amigo un robot cocinero defectuoso se

me vino encima con intenciones nada loables. Al parecer mi amigo le había ordenado que pelara un pollo para el almuerzo y el obediente cocinero, cuyo cerebro electrónico tenía un defecto de fábrica, entendió las cosas tan mal que estuvo a punto de pelarme a mí y meterme en el horno automático. Naturalmente no tuve más remedio que destruirlo, aunque no me salvé de recibir un par de golpes del androide y unas cuantas quemaduras provocadas por mi propia pistola.

Desde ese día jamás he dejado de llevar a todas partes mi pequeña "Betsy". Aunque ruego a Dios que no tenga que volver a emplearla en lo que resta de mi vida.

Momento después la pesada puerta de madera se abrió y me encontré cara a cara con un hombre bastante viejo, de cara apergaminada y expresión apacible.

—Buenas tardes —dije—. Pasaba por aquí y vi el letreiro... Me gustaría ver sus muebles, señor...

—Hilton. James Hilton. Pase usted.

La sala de recepción de la mansión de los Hilton era realmente como uno espera que sea el interior de esas casas viejísimas que suele ver ocasionalmente por las ventanillas del automóvil: grande, umbría

y con olor a viejo. Casi me pareció haberme trasladado a través del tiempo hasta los comienzos del siglo XX. No había nada allí, por lo que podían ver mis ojos, nada que hubiera sido fabricado en el siglo veintiuno, a excepción de las ropas que llevaba el señor Hilton. Realmente resultaba difícil imaginar un robot ultramoderno en ese marco de digna y austera antigüedad. Naturalmente, el chisme estaría bien oculto en algún lugar de la casa, lejos de los ojos indiscretos de los ocasionales visitantes.

—Bien —dijo el señor Hilton encarándome—, ¿cuál es su nombre y ocupación, señor?

—Me llamo Stragman, Robert Stragman, y soy... he... comerciante. Revendedor de alimentos sintéticos —dije rápidamente—. Bonita casa tiene usted, señor Hilton.

El hombre paseó sus ojos por la habitación.

—Sí, realmente. Lástima que deberé venderla. Pero mis ocupaciones me impiden quedarme en la ciudad. En fin...

—¿Quién es, Jim? —dijo una voz de vieja a mis espaldas.

Me volví. Una mujer de la misma edad que el señor Hilton entró por una puerta lateral, acompañada por una jovencita de trece o catorce años.

—El señor viene por los muebles, Margaret —dijo el señor Hilton—. Le presento a mi esposa y a mi hija, señor Stragman.

Saludé. La mujer me sonrió generosamente.

—Oh, ¡cuánto me alegro! Tenemos aquí cosas realmente interesantes, señor Stragman.

—Ya lo creo, señora Hilton —dije con intención.

Mientras la señora Hilton me comenzaba a explicar algo sobre no sé qué sillón Luis XV me dediqué a estudiar al trío atentamente.

Debo admitir que desde el primer momento la pareja de ancianos me impresionó muy bien.

No tenían esa actitud amañada que es común encontrar entre gente de mi época. Todo lo contrario, parecían dos personas inteligentes y despiertas, y sobre todo **humanas**. Supuse que la mentalidad del señor Hilton y su señora estaría muy a tono con la mansión en que vivían. Los ancianos parecían vivir en los comienzos del siglo XX, cuando la gente era más sensible y aún se asombraba por cualquier cosa.

Casi los admiré por ello.

Pensé fugazmente que a cualquiera le resultaría fácil admitir que ese anciano apacible fuera capaz de construir un robot móvil, típico producto del siglo XXI, que aparente-

mente no cuadraba con la casa ni con los ocupantes.

La niña también me impresionó favorablemente. Era rubia y delgada, y sonreía constantemente.

Otro elemento de sorpresa. Los niños de mi época raramente sonríen. Creo que la culpa la tiene la llamada Educación de los Hombres Prematuros, que tiende a robarles su infancia y sus sueños y llenarlos desde temprana edad de obligaciones que antes eran patrimonio exclusivo de las personas mayores.

Pero la niña de los Hilton parecía verdaderamente una niña, no un monstruo intelectual influenciado por la propaganda y la televisión. Podía apostar que en toda la mansión no había ni siquiera un aparato de TV.

—Venga, venga, joven, quiero que vea todas nuestras cosas. Lisa, traéle un refresco al señor Stragman —dijo cortésmente la señora Hilton.

La chica desapareció por un costado. Seguí a la señora Hilton, que estaba empeñada en mostrarme todo al mismo tiempo.

—Perdón, señor Stragman —dijo súbitamente el anciano—, me sorprende un poco que esté interesado en estos muebles. Generalmente los jóvenes como usted sólo tienen ojos para el futuro, y no suelen



interesarse en las cosas de antes.

No esperaba aquello. Pero no dejé traslucir mi sorpresa. Entonces me pareció ver en los ojos del señor Hilton una sombra de sospecha e inquietud. ¿Sospecharían algo acaso? ¿O sería sólo mi imaginación?

—Siempre me gustaron las antigüedades —dije haciendo un gesto que abarcaba toda la estancia—. Adoro todo esto. Tal vez me decida a comprarles la mansión con todos sus muebles —exageré—. Por supuesto debo verla bien antes.

El señor Hilton aprobó. En ese momento Lisa volvió con un gran vaso de gaseosa. Mientras lo saboreaba seguí a los ancianos por toda la mansión, mirando para todos lados, tratando de encontrar algo que sugiriera la presencia de un robot móvil.

La señora Hilton estaba realmente encantada con mi visita.

—Cuánto me alegra su visita, joven —dijo—. Siempre me preocupó tener que venderles todas estas maravillas a alguien que no supiera apreciarlas y cuidarlas como se merecen. ¿No le parece que sería un crimen? Estos objetos tienen historia, joven, y si sabe usted escuchar pueden contarles cosas extrañas y apasionantes.

Al mismo tiempo que hablaba, la señora Hilton pasaba sus manos por los muebles de madera y los viejos óleos polvorientos, los marcos de las grandes puertas y los candelabros de bronce de más de doscientos años de antigüedad. Mientras tanto, Lisa no se perdía el menor detalle de mis gestos y movimientos.

—Toque estos objetos, tóquelos —dijo la señora Hilton extendiéndome estatuas de porcelana que representaban bellísimos personajes medievales—. Sienta su textura, huelas sus olores, note cómo de ellos se desprende algo así como una cálida presencia... tómelos.

En ese momento la única presencia que a mí me interesaba era la del presunto robot clandestino, de cuya existencia no podía encontrar el menor rastro. Sin embargo mi olfato de "perro de presa" me decía que allí **había** un robot. No podía equivocarme. Podía percibir la presencia de un autómatas en el aire, como un radiestesista puede percibir la existencia de agua a tres metros bajo tierra.

¿Pero, dónde diablos estaría? Ya había examinado casi todas las habitaciones sin hallar el menor rastro de un robot.

Encendí un cigarrillo nuevamente. Casi podía imaginar las

pullas de mis compañeros de trabajo cuando les dijera que había perdido toda la tarde examinando antiguallas en casa de un viejo matrimonio de maniáticos.

—Todo esto es muy bello, señora. Pero yo busco algo... especial.

—¿Tal vez esto, joven? —dijo la señora Hilton, entrando en una buhardilla polvorienta.

Quedé totalmente anonadado. El trío de muñecos que estaba delicadamente sentado sobre sillas de mimbre en medio del cuarto tuvo la virtud de renovar mi capacidad de asombro. Eran realmente algo raro y extraordinario.

—¿Qué... qué son? —dije boquiabierto. Los ancianos rieron.

—Robots. Robots móviles —dijo el señor Hilton bromeando. Pues cualquiera podía ver que el soldado, la bruja y la bailarina española que tenía ante mí, ricamente ataviados, tenían tanto que ver con un robot como un planeador con un "jet" atómico.

—Son realmente bellos —dije—. Bellísimos.

—Yo los construí —replicó el señor Hilton orgullosamente—. Adelante, tóquelos. Deles cuerda y verá lo que hacen.

Divertido, me incliné sobre los muñecos. Mi cigarrillo sin querer rozó a la niña de los Hilton.



—Deles cuerda, joven, y verá algo que con seguridad nunca ha visto —insistió el señor Hilton.

Sin saber por qué me detuve. Había algo que no andaba bien allí.

El señor Hilton se adelantó.

—Bien, yo lo haré por usted.

Vi como sus manos se movían como arañas rosadas por las espaldas de los muñecos, que me miraban con sus pupilas sin vida.

Durante un par de segundos nada ocurrió. Pero luego, como animados por un soplo de vida mágico y maravilloso, los tres muñecos comenzaron a moverse lentamente.

Ante mi perplejidad y las risas de los Hilton el soldado se adelantó dos pasos y me apuntó con su fusil, con tanto

realismo que instintivamente hice un movimiento hacia mi pistola calorífica. La bailarina española levantó su morena cabeza, sacó un abanico de su escote y dio un par de torpes pasos de baile, mientras su vestido con lentajuelas levantaba pequeñas y susurrantes nubes de polvo. Pero yo casi no la veía. Apenas noté que la bruja metía las manos en su viejo saco y extraía un mazo de cartas del Tarot, gastadas por el tiempo y el uso, y las pasaba de una mano a la otra... riendo con su boca desdentada en la que la lengua roja y delgada se movía como una pequeña lombriz.

No se por qué, sentí miedo. Durante un segundo tuve ganas de tomar mi sombrero y salir rápidamente de ese lugar.

Pero por suerte esa extraña sensación pasó enseguida. El señor y la señora Hilton, mientras tanto, no parecían haber advertido mi turbación.

Continuaban riendo, maravillados por un espectáculo que sin duda habrían visto decenas de veces. En ese instante se me ocurrió pensar si la mujer que denunciara a los Hilton por poseer un robot clandestino habría sospechado en algún momento la verdad. ¿No sería que en realidad había tomado a los muñecos a cuerda, en su ignorancia, por robots móviles? Tal vez su denuncia se debiera a una estúpida confusión.

De todos modos, yo ya sabía que en la mansión de los Hilton sí había un robot. Y podía decir con exactitud dónde se encontraba.

La señora Hilton profirió un pequeño grito de alegría, mientras los tres muñecos hacían, casi al mismo tiempo, una delicada reverencia, para luego quedar de nuevo completamente inmóviles.

—¿No son divinos señor Stragman? —dijo—. ¿No son realmente maravillosos?

Apenas si la oí. Estaba muy ocupado buscando algo en el interior del bolsillo de mi chaqueta.

—Señor Stragman...

Con un movimiento rápido saqué mis credenciales del go-

bierno y las puse ante las narices de los ancianos.

—Señor Hilton —dije—, soy un inspector de la Oficina de Planeamiento Automático del Hogar y he venido a investigar acerca de una denuncia sobre un robot ilegal que presumiblemente usted esconde en esta casa. Le ruego que colabore y trataré de aliviarles en lo que pueda su situación.

El señor Hilton ni siquiera pestañeó. Pero la señora Hilton se derrumbó en un viejo sillón como si hubiera sido tocada por un rayo.

—Ya sabía yo... —musitó en voz baja—, ya sabía yo que vendrían.

La blonda Lisa rodeó tiernamente con su brazo los hombros de la anciana. Sentí ganas de reír.

—Un momento, Margaret, déjame arreglar a mí esto —dijo fieramente el señor Hilton—. En cuanto a usted joven, no crea que me engañó. En todo momento supe quién era.

—Lo siento —repliqué—. Pero se equivocó usted. Si realmente adivinó quién era debió haber escondido su robot. Ahora deberá comparecer ante la justicia.

La señora Hilton gritó. La niña me miró como si quisiera fulminarme con la mirada.

—Se equivoca —dijo el señor Hilton—, aquí no hay ningún robot.

—No sea ridículo —respondí—. Confieso que por un momento me engañó, pero ya no tiene caso que siga fingiendo.

El señor Hilton se sentó a su vez en un sillón, completamente abatido. Arrojé mi cigarrillo hacia un costado, sonriendo con suficiencia, dichoso de haber triunfado una vez más.

—No puedo negar que es usted hábil, señor Hilton. Un genio, diría. ¿Usted lo construyó?

El anciano no respondió. La señora Hilton sacó un delicado pañuelo bordado de su blusa y se secó las lágrimas que, rebeldes, pugnaban por asomar a sus ojos. Sentí lástima por ella.

—Bien —dije señalando a Lisa—. ¿Van a entregármela o deberé llevármela por la fuerza?

—¿Cómo... cómo lo descubrió? —preguntó la mujer.

—La quemé con el cigarrillo sin querer y ella ni siquiera pestañeó. Supe entonces que no era humana. Aunque nadie podría notar la menor diferencia entre ella y una niña verdadera. Es realmente asombroso, una verdadera maravilla. Debo confesar que es el robot más extraordinario que tuve oportunidad de conocer en toda mi carrera.

—¿Qué va a hacer usted, señor Stragman?

No respondí. Me incliné sobre Lisa, que me miró con cara de pocos amigos.

Acaricié suavemente sus cabellos y su rostro perfecto. La textura de su piel era casi idéntica a la de un ser humano. Pero al mirarla de cerca pude advertir que había en sus ojos pequeñísimos detalles que demostraban sin duda alguna que no eran ojos de verdad, sino réplicas casi perfectas construidas con un tipo especial de cristal.

—¿Qué va a hacer conmigo, señor? —preguntó la jovencita.

Reflexioné. Lisa era un robot diferente. Un robot perfecto, el mejor de todos los robots. Supe casi con seguridad que nuestro departamento lo iba a conservar en lugar de destruirlo como se hacía habitualmente.

—¡Oh, nada te sucederá, Lisa! —dije—. No tienes por qué preocuparte.

El señor Hilton me miró con serenidad mientras la niña, lentamente, se colocaba entre ambos ancianos. Formaban realmente un grupo lastimero y patético, unidos por un sentimiento común: el dolor.

—¿Cuántos años me corresponden, señor Stragman? —preguntó el anciano sin mover un sólo músculo de su rostro.

—Diez como mínimo, usted lo sabe. Pero hay algo que no

comprendo. ¿Por qué lo construyó, señor Hilton? ¿Y cómo pudo hacer algo tan maravilloso... tan humano?

El señor Hilton miró a la señora Hilton. Entonces la mujer, con movimientos lentos, sacó de su blusa una fotografía. Me la extendió.

Era una vieja foto. El señor y la señora Hilton tendrían quince años menos; junto a ellos, sonriendo, estaba la pequeña Lisa.

—Bien... ¿Qué significa esto?

—La niña de la foto —dijo la anciana— era nuestra hija. Nuestra verdadera hija. Era una chica llena de vida, de salud, y estábamos realmente orgullosos de ella. Pero un día, hace ocho años, murió atropellada por un automóvil.

—Lo siento.

—¿Puede comprender lo que es eso señor Stragman? ¿Puede comprender lo que es perder una hija de esa edad? Nunca podría resignarme a su ausencia. Yo había estado enferma, y a raíz de ello perdí mi facultad de concebir. Ya no podría volver jamás a tener otro hijo... ¿Comprende lo que sufrí entonces, señor Stragman?

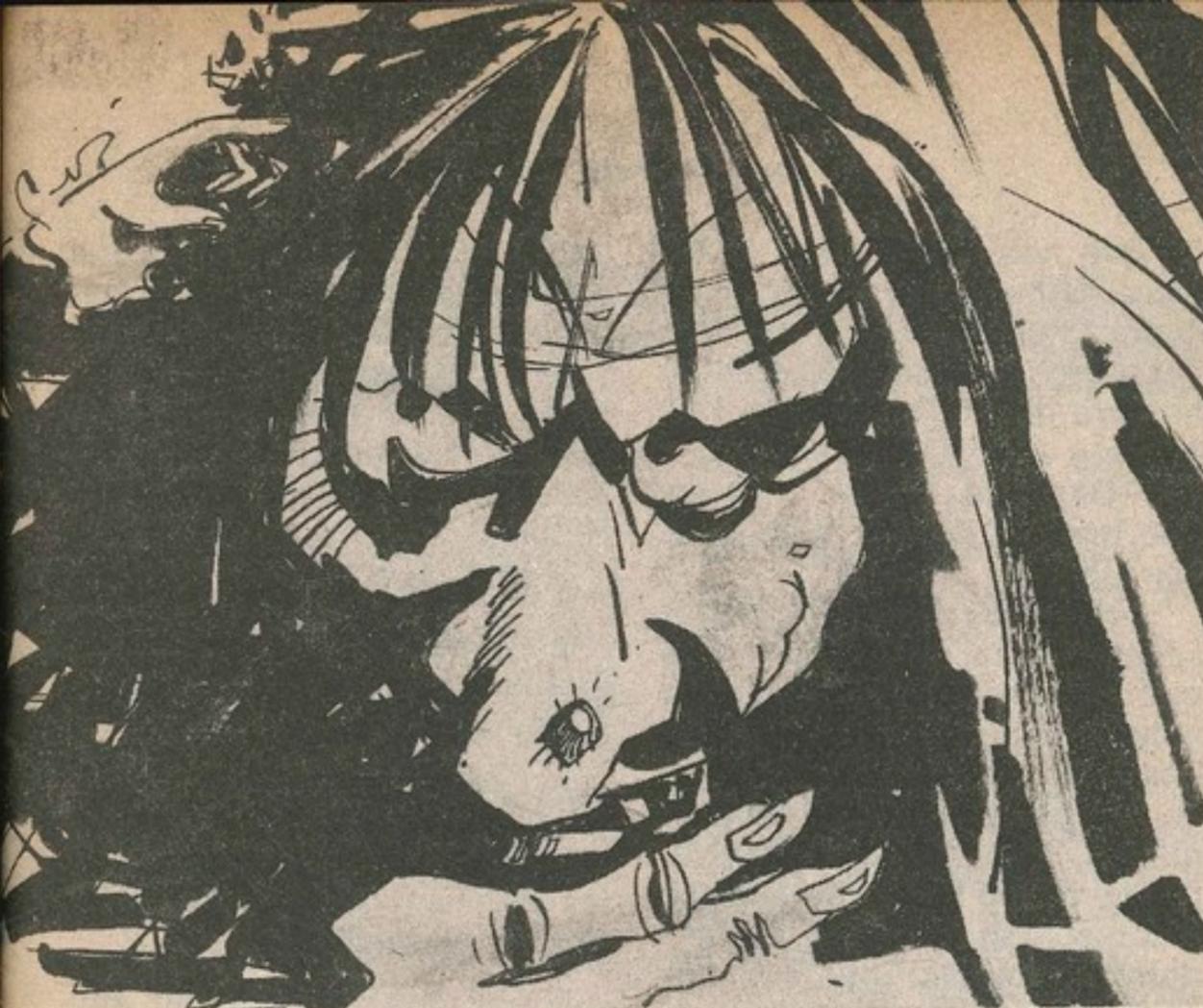
—Creo que sí —dijo sinceramente.

—Entonces a mí se me ocurrió construirla a ella —dijo el señor Hilton señalando el ro-



bot—. Soy un gran biocibernético y no me costó mucho que se pareciera a Lisa, a nuestra pobre Lisa, la hice tan perfecta como pude. No voy a darle detalles técnicos, pero le diré que Lisa es casi una niña de verdad, puede comer y dormir, aunque lógicamente, obtiene su energía de una pequeña batería situada en su tórax. Pero su cerebro es tan perfecto como el de un ser humano. Es un cerebro capaz de aprender de la misma manera que un cerebro humano sin que haya necesidad de desarmarlo para grabar la información en sus circuitos.

Me asombré. El robot del señor Hilton era algo más que una máquina ultradesarrollada



y perfecta. Era realmente un milagro.

—Me sacó el sombrero ante usted, señor Hilton.

—Con el tiempo —continuó el anciano— llegamos a olvidarnos de que Lisa era un robot. La considerábamos nuestra hija verdadera. Nuestra niña, que nos alegraría los días de nuestra ancianidad con su presencia eternamente joven. Lisa jamás morirá, señor Stragman —afirmó mirándome significativamente.

—Puede estar usted perfectamente seguro de ello, señor Hilton.

—Fuimos felices durante muchos años, hasta que apareció usted —balbuceó sollozando la vieja mujer. Ya sabía-

mos que alguien, advertido al ver que Lisa no crecía, terminaría por denunciarnos, sólo que no creímos que eso ocurriría tan pronto. Por eso pensábamos vender nuestra propiedad y marcharnos al campo. Pero usted no nos dio tiempo, señor Stragman.

—Otra vez le digo que lo siento. Pero no hago más que cumplir con mi deber —dijo solemnemente.

—¿Su deber? ¿Es su deber quitarle a una pareja de ancianos la única ilusión de su vida? ¿Es su deber despojarnos de lo que queremos, destruir nuestra felicidad?

—Señora, yo...

—Usted sabe que no está bien hacernos esto, joven. Sa-

be que nos destruiría si lo hiciera. Sabe que no podríamos soportar perder a Lisa otra vez.

Suspiré. Me sentía como el hombre más canalla de la Tierra.

—Oiganme. ¿Qué quieren que haga? ¿Acaso puedo hacer algo por ustedes?

—No nos denuncie, señor —imploró la anciana—, deje que conservemos a Lisa, a nuestra Lisa, deje que siga con nosotros hasta nuestra muerte. Luego podrá llevársela si quiere. Pero no nos destruya, por favor. No nos quite nuestro único sostén. Hágalo y logrará dormir tranquilo por las noches. De lo contrario nunca podrá perdonarse el habernos destruido, señor Stragman.

—Pero yo...

—Señor Stragman.

Miré fijamente a la señora Hilton. La vi frágil y débil, como un pequeño pajarillo recién nacido. Podía ser mi madre. La madre que nunca conocí.

Sentí ganas de estrecharla

entre mis brazos. Sin decir una palabra avancé lentamente hacia las tres figuras, dos viejas y vencidas, la otra eternamente joven que se apretujaban temblando. La pequeña Lisa se abrazó al cuello de la señora Hilton.

—Por favor —dijo.

Al entrar en mi oficina encontré a Brewster con los pies sobre el escritorio.

No bien me vio carraspeó y se puso de pie rápidamente, asustado como un niño, con las mejillas bonitamente teñidas de bermellón.

—¿Lo encontró? —dijo para disimular—. ¿Encontró el robot?

—No —respondí—, fue una falsa denuncia.

—Ya sabía yo. Ya sabía que usted perdería su tiempo, jefe.

—A propósito —sonreí—. He comprado una mansión del siglo XX. Y unos muñecos rarísimos. ¿Te gustaría verlos?

VOLCANES ATOMICOS

(Nueva Ycrk). — La India acaba de formular una denuncia a las Naciones Unidas contra sus vecinos chinos. Según el gobierno de Nueva Delhi, los chinos habrían utilizado los cráteres de volcanes extintos para desembarazarse de sus desperdicios atómicos. La cumbre de los volcanes habría sido después cimentada para servir de helipuerto.

Los hindúes están inquietos, ya que estos volcanes están situados cerca de su frontera. Estiman que en caso de erupción, poco probable pero siempre posible, de uno de estos volcanes, un desastre atómico de una fuerza centenas de veces más potente que la de Hiroshima devastaría una gran parte del planeta.

El Profeta

por ALFREDO ERNESTO GRASSI

Contempló la aldea de pastores, desde una roca de esa montaña. Estaba descendiendo lentamente. Tenía la mente confundida, casi en blanco. No recordaba siquiera su nombre, a pesar de que lo intentara. Solamente esos sueños, que lo llevaban a ver figuras extrañas, y carros alados.

Pero algo lo impulsaba a llegar hasta allí.

Era como si un mandato preestablecido le indujera a que se afincara entre los aldeanos, impartiendo algo que aún no definía.

Descansó un rato, y luego continuó su marcha lentamente.

Sentía una aguda molestia en el costado derecho de su cráneo, que tampoco lograba aliviar. Era como si lo estuvieran punzando con una fina aguja, creándole un malestar que no cesaba. Sí, resultaba bastante molesto.

Los aldeanos que lo vieron llegar, salieron a su encuentro. Fue observado con cierta curiosidad, pues no estaban acostumbrados a recibir visitantes tan a menudo, y él les inspiraba algo inquietante. Se

preguntaban entre ellos, y en voz baja, quién podía ser ese extranjero, de dónde venía, y cómo había llegado hasta la aldea.

El más viejo de todos le dio la bienvenida. Fue alojado en una humilde choza, para que pudiese descansar de su larga travesía, ya que se lo notaba en un estado de pesadez.

Se durmió rápidamente. En sueños observó cómo un objeto alado se le acercaba, para luego alejarse con rapidez. Un hombre de cabellos largos y dorados le susurraba algo que no alcanzaba a escuchar. Las imágenes se sucedían, desapareciendo fugazmente.

Se sobresaltó, hallándose en la cabaña casi rodeado de penumbras.

Resolvió tranquilizarse y continuar durmiendo. Debía descansar.

Pero sus rutinarios sueños no lo abandonaban. Vislumbró un paisaje extraordinario. Algo que no había visto en esas tierras que recorriera.

Un sol rojizo iluminaba una extensión forestal, dándole un tono azulado al paisaje, que lo hacía más hermoso aún.

Era una visión, que su pensar no estaba aparentemente preparado para recibirla. Parecía la burla invisible del destino, que le dejaba una parte de su memoria en blanco. Y le desesperaba la idea de no poder recordar.

— Observó los restos calcinados. Removiéndolos con su mano enguantada, comenzó a descubrir una posible pista.

Decidió llamar a su compañero:

— ¡Ven acá, Gabriel! ¡He hallado una pista de nuestro hermano!

Gabriel se acercó de prisa. Eran esbeltos como el extranjero. Es más, pertenecían a la misma raza.

— ¡Vaya! Tal parece que tuvo un accidente — exclamó Gabriel, al echar una mirada a las cenizas. Algo brillaba en medio de lo que había sido una hoguera, y Miguel, el que descubriera todo, se agachó para recogerlo.

— Cierto — dijo —. Aquí está su medallón. Me pregunto por qué no habrá regresado, si es que no resultó herido — agregó un poco con curiosidad.

— Podía estarlo, Miguel. O quizás haya perdido su memoria — acotó Gabriel —. De otro modo, nos habiéramos enterado a tiempo.

Miguel observó hacia donde se perdía un rastro, dejado de manera casi involuntaria. O quizás a modo inconsciente del instinto.

— Puede ser, hermano. De todas maneras, seguiremos buscándolo. No podemos darlo por perdido — expresó, dirigiéndose a su compañero, para luego agregar —: Ese rastro no tiene mucho tiempo. Parece haber sido hecho luego del accidente. ¡Vamos a seguirlo!

— Está bien. Pero conviene no hacernos ver demasiado. Sólo debemos aparecer cuando es necesario — acotó Gabriel en un tono decidido de voz.

Pronto se pusieron en camino, siguiendo las huellas que trazara el extranjero.

Avanzaban lentamente, de modo que no pasara nada desapercibido para la visión de ambos. Pero estaban propuestos a hallarlo, porque algo les decía que estaba vivo.

Era el deseo latente de una hermandad inquebrantable, que los hacía esperanzarse sin vacilar.

Sabían que él estaba vivo. Y que también los necesitaba.

Que algo terrible le había sucedido, para impedirle regresar al sitio en que todos se congregaban.

Y por eso les urgía la necesidad de encontrarlo con vida.

Ella lo observaba en silencio, cómo tomaba el atuendo de pastor, y se encaminaba dispuesto a ayudar a los otros. La noche anterior había hecho orar a los aldeanos, y hablado del "Supremo" como si se tratara de un padre universal. Su voz expresaba la dulzura de todos los tiempos, y además, un amplio conocimiento, que la intrigaba.

Ese hombre no recordaba su origen, pero sabía más que los sacerdotes de la ciudad, hacia donde iban no muy seguido, para vender algunos animales. El daba una paz espiritual, que jamás hombre alguno había dado. Además, anunciaba la llegada de alguien que iba a cambiar al hombre y a la humanidad. Ya no habrían abusos, como los que cometían a veces los viajeros, en contra de esa aldea y sus pobladores, cuando les quitaban algunos animales, diciéndoles que era justo saciar así su hambre. Ellos nunca negaban refugio a viajero alguno, y menos la comida. Pero muchas veces aparecían guerreros, que en nombre de la violencia, se llevaban lo poco que ellos podían tener.

Ese hombre cuidaba de uno de los rebaños, que pertenecía al anciano, el abuelo de ella, y solamente pedía un poco de comida y un abrigo para el frío de la noche.

Sí. Tenía que ser distinto. Pero le intrigaba saber el porqué, y cuál era su origen. De dónde había llegado.

Y él aún no contestaba esa pregunta. No podía hacerlo, hasta volver a recuperar su memoria. Estaba todo demasiado confuso.

Esa tarde llegaron cuatro viajeros. Todos llevaban armas, y los aldeanos sabían que no podían venir en son de paz.

El más veterano, que llevaba una gran espada en su cintura, y muchas cicatrices en su rostro, se apeó del caballo con rapidez, avanzando hacia el anciano.

— ¡A ver! ¡Tráenos algo de comer y beber! ¡Estamos cansados! — ordenó.

Ella fue a buscarlo, sin saber por qué lo hacía.

Algo le decía que él los podía ayudar en contra de esos bárbaros. Y que además, podría enfrentarlos sin temor alguno.

— ¡Extranjero! ¡Ven, que mi pueblo te necesita! — gritó alarmada.

— ¿Qué sucede, Sarah? — inquirió con su extraño acento.

— Han llegado cuatro guerreros, y temo que intenten llevarse algo de la aldea. ¡Tienes que detenerlos, pues ninguno de los nuestros sabe hacerlo! — su voz era angustiosa.

—Está bien. Le avisaré a tu pequeño hermano, para que vigile a las ovejas —exclamó él, aceptando.

Un rato más tarde se dirigían a la aldea.

Llegaron justo cuando uno de los guerreros intentaba llevarse al hombro a una de las jóvenes. Estaba alterada y pedía auxilio. El extranjero pudo observar que en el pedregullo yacía mal herido un joven, que aparentemente intentara rescatarla del opresor.

—¡Alto! ¡Deténganse! —gritó, parándose en medio de la primitiva callejuela.

Se volvieron con sus miradas burlonas y duras por las guerras. Eran seres embrutecidos por el tiempo, el hierro forjado al fuego y los saqueos.

—¿Quién eres para ordenarnos, tonto pastor? —preguntó el jefe del grupo—. ¿Te atreves a enfrentarnos?

—Solamente deseo que dejen en paz a esta gente hospitalaria, y se alejen por donde han venido —exclamó el extranjero, sin perder su calma.

—¿Y si no lo hacemos? ¿Nos echarás tú? —inquirió el jefe de los guerreros, con tono burlón.

Los observó tan sólo un instante, en silencio, como si quisiera medir su capacidad con la de ellos. Por fin se dignó contestarle:

—La nieta del anciano regi-

dor de esta aldea me ha solicitado que los haga ir. Si se oponen, lo haré.

El guerrero que sujetaba a la joven aldeana, la soltó. Pronto los cuatro, como si se entendieran sin mediar palabra alguna, esgrimieron sus filosas espadas de hierro y avanzaron hacia él.

Se llevó la mano derecha, casi por instinto, hasta el cinturón que conservara intacto de sus raídas ropas. Tocó la hebilla (o algo que se parecía) como si apuntara hacia las cuatro espadas.

—¡Cuando terminemos contigo, pastor, nadie nos enfrentará y la aldea nos rendirá pleitesía! —bufó el jefe de los guerreros.

Un destello rojizo-azulado partió del centro de la hebilla. La descarga cayó sobre las cuatro espadas. Los guerreros sintieron un sacudón eléctrico, algo que justamente se desconocía por completo, y luego fueron arrojados con fuerza hacia atrás.

A pesar de hallarse algo atontados, casi al unísono, saltaron sobre sus respectivos caballos, huyendo despavoridos, al tiempo que gritaban:

—¡Magia! ¡Es amigo de los dioses y nos ha castigado por desafiarlo!

Los aldeanos rodearon al extranjero, agradeciéndole, y afirmando que ahora más que

nunca lo creían un enviado de los Cielos.

Los días pasaban, y el extranjero continuaba enseñando.

Gabriel y Miguel continuaban su búsqueda. A pesar de que en una parte del camino, cercano a dos montañas gemelas, el rastro se había perdido tenían la esperanza de hallarlo en cualquier momento.

Se detuvieron al pie de una de las montañas, para descansar, y de paso seguir evitando el ser vistos. La consigna era hallar a "él", por ahora, y no tomar contacto con otros seres humanos.

—Deberíamos probar del otro lado, Gabriel —opinó Miguel, mientras tomaba un extraño tazón entre sus manos. Era el alimento cotidiano, tan parecido a lo que posteriormente llamarían "Maná".

—Podría ser, hermano. Con intentarlo, no creo que perdamos nada —replicó con simpleza Gabriel. Decidieron tomar un descanso, pero alejados de los posibles peligros de la noche.

A la mañana siguiente, los aldeanos lo llamaron sorprendidos.

Salió apresurado. Un destello rojizo y brillante se notaba en el cielo.

Era una nave pequeña, de reconocimiento. Y él comenzó a generar sus recuerdos.

Cuando descendió, los aldeanos se retiraron algo asustados. Solamente él y Sarah, que a pesar de su temor prefería estar a su lado, permanecían en el centro de la aldea.

Apenas los vio abandonar la nave, supo quiénes eran, y los llamó a gritos:

—¡Gabriel! ¡Miguel!

—¡Isaías! —exclamó con alegría Miguel—. ¡Te estábamos buscando, desde que pediste auxilio! ¡Hallamos tu nave destruida!

—¡Hubo una filtración de oxígeno! —exclamó Isaías—. ¡Ahora recuerdo todo!

Y comenzó su relato:

"Estaba recorriendo el lado oeste, cuando la señal roja me indicó una terrible infiltración de oxígeno en el generador. La nave comenzó a perder altura, y mandé mi mensaje de auxilio. Luego, merced a mi rapidez, la abandoné. Pero caí cerca de ella, y cuando explotó, fui arrojado contra un árbol, perdiendo el conocimiento. Cuando me desperté, tenía la mente en blanco. No recordaba nada. Miré mis ropas algo raídas, y decidí hallar gente que me auxiliara. Me alimenté con algunos frutos silvestres, y luego de andar sin prisa ni pausa, llegué a esta

aldea. Ahora, por suerte, he recordado el porqué sabía de las profecías y todo aquello que hablé entre esta gente. Supongo que podré irme con ustedes".

—Es necesario, Isaías. Tenemos la misión de llegar hasta otro lugar en donde los hombres necesitan de nuestras enseñanzas —exclamó Miguel—. Además, debemos prepararlos para cuando llegue "El" a la Tierra, en el vientre de una mujer.

Se despidió de Sarah, y ella pensó que jamás lo olvidaría.

También abrazó a uno por uno de la aldea. Para ellos era algo divino, llegado de los cielos, o al menos, un profeta que Dios llamaba a su lado. Sus mentes, tan reducidas a la simple comprensión, no podían entender que era un ser del espacio exterior, en misión especial.

Cuando la nave ascendió a los cielos, comenzaba a escribirse otro capítulo más en el Viejo Testamento.

Las generaciones posteriores hablarían de Isaías y el Carro de Fuego de Dios.

Y él sabía que no podía evitarlo. Era el profeta.

GATOS SOCORRISTAS

(Bonn). — Un grupo de gatos está actualmente siendo entrenado en Bonn por los zapadores-bomberos de Alemania Occidental. Gracias a su destacada agilidad y a su pequeño tamaño, el gato puede, en efecto, acceder a lugares a los que el hombre no llega. Así, una vez entrenados los gatos podrían infiltrarse en los escombros debido a accidentes de minas, a incendios o a temblores de tierra y detectar la presencia de supervivientes. Los gatos, al igual que lo hacen los perros de montaña, deberán advertir a las brigadas de rescate que podrán entonces intervenir. Hizo falta previamente proceder a numerosos cruzamientos para obtener una raza que aceptara el entrenamiento, siendo que el gato es por naturaleza rebelde a toda domesticación.

UNA NUEVA RAZA DE TIBURONES

(Hawaii). — Un tiburón de una especie desconocida acaba de ser descubierto a lo largo de Hawaii por los oceanógrafos del acuario de Waikiki. De una longitud aproximada de unos cinco metros y de un peso total de 900 kg, tiene aletas dorsales y pectorales bastante más pequeñas que los tiburones hallados hasta hoy. La originalidad de este escualo procede, de una parte, en que sus mandíbulas son extensibles y avanzan al mismo tiempo que abre sus fauces. Por otra parte su paladar es luminiscente, atrayendo así montones enteros de pequeños peces que se lanzan en sus fauces como vulgares insectos que se precipitan sobre una fuente de luz. Los oceanógrafos americanos se preguntan si este tiburón es el único de su especie o es el primero de una nueva familia que ha sido capturado.

FANTASIA, CIENCIA Y FUTURO

"Al fondo de lo desconocido para encontrar lo nuevo."

Charles Baudelaire

por JUAN NORBERTO COMTE

Intentar definir la fantasía es como tratar de mantener un colibrí en cautiverio. Sin embargo podemos enunciar aquí dos de los conceptos existentes sobre el tema que, aunque restringidos en sus alcances, nos ayudarán a comprender mejor su abstrusa naturaleza.

Según el primero, la fantasía sería el arte de producir, combinar y desplazar con la mente imágenes de gran originalidad, algunas de las cuales pueden llegar a plasmarse instantáneamente en el universo de la realidad cotidiana mientras que la gran mayoría de ellas sólo logra una adecuada materialización con el transcurso del tiempo cartesiano. Para quienes comparten el segundo de los conceptos ésta no sería más que la colosal memoria colectiva de auténticas vivencias o realizaciones que tuvieron lugar en los confines del pasado o que sucederán en el futuro. En consecuencia quien fantasea recuerda más allá del tiempo ordinario algo que lleva en su acervo biológico.

Para el renombrado escritor y científico británico Arthur C. Clarke todo es posible, todo cuanto se piensa; todo cuanto se imagina, hasta la más desenfrenada fantasía.

De más está decir que cuanto más dotado síquica o intelectualmente sea el sujeto que fantasea, tanto más clara será la imagen obtenida, y cuanto más talento o conocimientos posea en torno a la quimera creada, tantas más posibilidades tendrá esta última de encontrar una proyección eficaz en el mundo de la realidad exterior.

Es indudable que nosotros, hombres de una civilización que aumenta vertiginosamente su caudal tecnológico en detrimento de los valores del espíritu, forjamos el incierto futuro no sólo con el auxilio de la ciencia sino también a través de las fantasías del convulsionado presente.

Cabe destacar que recién en estas últimas décadas un amplio sector de la colonia científica decidió lanzarse a explo-

rar sería y cautelosamente los reinos de la magia, el esoterismo y la fantasía. En efecto, si examinamos retrospectivamente la historia nos resultará imposible comprender, por ejemplo, que Lavoisier haya podido negar en su época, ante la **Academia de Ciencias** de París, la existencia de los aerolitos. Cuando el sabio francés expresó públicamente las célebres palabras: "No pueden caer piedras del cielo pues no existen piedras en el cielo", demostró su carencia de fantasía y fue además contra el propio espíritu científico al rechazar **a priori** la identidad de un fenómeno desconocido en aquel entonces. Similar fue el proceder de Simon Newcomb, el distinguido astrónomo norteamericano enemigo de las fantasías del vuelo, que demostró en cierta ocasión que los aviones no podrían volar jamás.

¿Pero quién dispone hoy de tiempo suficiente para recorrer la larga y amarillenta lista de aseveraciones dogmáticas sobre imposibilidades tecnológicas que son actualmente una realidad?

Sólo las naciones que den prioridad al cultivo del espíritu y estimulen la imaginación de sus juventudes a través de una educación totalmente revolucionaria podrán trasponer los brumosos umbrales del futuro

sin mayores problemas de supervivencia colectiva.

A esta altura de los conocimientos humanos la experiencia debería enseñarnos que las fantasías de ayer son las realidades de lo que vendrá. El 8 de febrero de 1978 se cumplieron ciento cincuenta años del nacimiento de Julio Verne, cuyo solo nombre es sinónimo y prueba de la anticipación científica. En sus creaciones el genio francés de la **belle époque** trasunta desde el fondo de su enjundiosa mente una esperanza, una visión optimista de un mundo mejor que muchos de sus colegas de hoy, tal el caso de Ray Bradbury, no comparten con fundadas razones.

Entretanto, fuera de las consideraciones metafísicas que plantea el proceso imaginativo, la ciencia ficción, género literario donde la fantasía, la ciencia y el futuro juegan un papel decisivo, nos revela cómo lentamente las profecías de los autores se cumplen con notable exactitud.

¿Quién de nosotros no ha escuchado hablar del robot, ese ser mecánico hijo onírico de la cibernética y la anticipación capaz de realizar trabajos y efectuar las órdenes impartidas por inteligencias terrestres o espaciales?

El ingeniero Hans von Muldau, gerente de la firma Kypertronik, anunció en 1971 en

Rossdorf, Alemania Occidental, que dentro de unos quince años el ser humano dispondrá de la ayuda de androides u hombres artificialmente perfectos.

Von Muldau explicó entonces que el robot de su invención sería dirigido por un cerebro electrónico. Ya en la Feria Internacional de Hannover se había exhibido un brazo del androide del inventor germano construido a semejanza del brazo humano. Esta pieza de vital importancia para el hombre artificial, en la que trabajaron cien especialistas, estaba compuesta por diminutos motores que reemplazaban a los músculos; por dispositivos metálicos en lugar de huesos y por pinzas de acero en vez de dedos.

En los Estados Unidos una empresa de Nueva Jersey vende un robot casi como el soñado por Von Muldau o Isaac Asimov. El precio del androide es de aproximadamente 4.000 dólares y está **capacitado** para cuidar los niños, pasar la aspiradora, servir las comidas y realizar otras tareas hogareñas.

Por su parte la **NASA** trabaja activamente en la construcción de un robot interplanetario que tendrá un solo brazo muy largo y sumamente móvil. Su cerebro, dotado de una computadora de alta calidad, le dará relativa autonomía y

sus ojos estarán integrados mediante dos cámaras de televisión y un láser.

Un músico norteamericano residente en Venezuela hizo realidad aquel cuento del flautista de Hammelin que tocaba su instrumento encantado para alejar de un pueblo a los ratones. Robert Brown, inventor de un gato electrónico que extermina todo tipo de roedores en un radio de acción de 2000 metros en áreas cerradas y dos hectáreas en campos abiertos, explica que el insólito ingenio trabaja dentro de un marco de frecuencia no audible que resulta mortal para los ratones y las ratas. Aldous Huxley, difunto escritor inglés que residió durante parte de su vida en los Estados Unidos, había anticipado en **Un Mundo Feliz**, hace unas décadas atrás, la aterradora posibilidad de la creación artificial de la vida humana.

Lo que parecía producto de la ficción pura se está convirtiendo en una cuestionable meta para ciertos pioneros de la ingeniería genética. El procedimiento sintéticamente podría describirse así: A una mujer, que no puede concebir por defectos en las trompas de Falopio, se le extraen cierto número de óvulos que se colocan en una solución nutritiva dentro de una probeta. Luego a la solución se le agregan esper-

matozoides, y ocho días más tarde los óvulos, entre los que se encuentra el fecundado, son insertados directamente en el útero. En 1974 tres niños fueron concebidos de esta manera en probetas de distintos laboratorios europeos, según lo declaró el ginecólogo británico Patrick C. Steptoe durante el **Congreso Mundial de Esterilidad** llevado a cabo ese año. El 1º de mayo de 1978 el mismo especialista anunció ya públicamente en el diario laborista **Daily Mirror** el nacimiento, el pasado mes de julio, de una criatura gestada **in vitro**.

De ahora en más las ensañaciones más atrevidas de la ciencia ficción en torno a la manipulación de la vida; su creación y modificación en laboratorio tienen un punto en común con la realidad: Su efectiva realización a corto o largo plazo.

En 1895 apareció en Inglaterra **La Máquina del Tiempo**, primer libro de anticipación científica de Herbert George Wells. En esta obra el protagonista podía viajar a voluntad hacia el pasado o el futuro en una máquina de su invención.

¿Una fantasía literaria, una utopía o la idea latente en espera del genio que la haga factible?

Seis años atrás el semanario italiano **Domenica del Corriere** hablaba de una supuesta má-

quina del tiempo inventada por el padre P. Ernetti, un monje benedictino de 47 años y por un equipo de doce físicos de fama internacional.

Se afirmaba que con este aparato el rostro de Cristo agonizando en la cruz, pero todavía vivo, había sido fotografiado casi dos mil años después de su martirio.

Aparentemente su funcionamiento estaría basado en un conocido axioma de física según el cual las ondas sonoras no se destruyen sino que se transforman; permanecen eternas y omnipresentes y por lo tanto se pueden reconstruir en cualquier momento porque son energía.

En consecuencia todos los ruidos, las imágenes y los sonidos emitidos desde el comienzo del mundo hasta nuestros días pueden captarse por medio de instrumentos especiales en los que están trabajando desde hace tiempo norteamericanos y soviéticos. Dicho sea de paso los rusos, que tanto se interesan por la parapsicología, aceptan en el ámbito científico ideas que en algunos países occidentales se desecharían por absurdas. En la U.R.S.S. encuentran amplio eco las teorías de Kozyrev sobre máquinas cuya fuente de energía podría ser el transcurso del tiempo; las postulaciones de Blokmintsev según las

cuales las galaxias nacerían como producto de una colisión entre dos haces de rayos cósmicos, o los estudios de Staniukovitch de cohetes impulsados por la luz.

Alvin Toffler, cuyo **Shock del Futuro** provocó vivas críticas hace unos años, afirmaba en su polémica obra: "En vez de burlarnos del vidente y de su bola de cristal, debemos estimular a la gente desde la niñez a especular libremente y hasta con fantasía no sólo sobre lo que nos depara la semana próxima sino lo que la siguiente generación reserva para la humanidad. Ofrecemos a nuestros hijos cursos de historia, ¿por qué no ofrecerles cursos de futuro?; cursos en los que se exploren sistemáticamente las probabilidades y posibilidades del mañana tal como exploramos hoy el sistema social de los romanos o el surgimiento del feudalismo.

"Carecemos de una literatura sobre el futuro que consista no sólo en las grandes utopías

sino en la ciencia ficción contemporánea.

"La ciencia ficción como rama de la literatura goza de poca estima y posiblemente sea acreedora a ese crítico desdén; sin embargo, si la consideramos como una especie de sociología del futuro en vez de literatura, reconoceremos que tiene el inmenso valor de una fuerza que ensancha la mente y contribuye a la creación del hábito de anticiparse al porvenir.

"Nuestros hijos deberían estudiar a Arthur C. Clarke, William Tenn, Robert Heinlein, Ray Bradbury y Robert Sheckley, no porque estos escritores puedan hablarles de cohetes espaciales y máquinas del tiempo, sino, y lo que es más importante, porque son capaces de conducir las mentes jóvenes en viaje de exploración imaginativa por la selva de los problemas políticos, sociales, psicológicos y éticos que estos niños deberán enfrentar cuando lleguen a ser adultos".

LOS GATOS ATACAN

(Teherán). — Una horda de gatos salvajes atacó una granja aislada a un centenar de kilómetros al oeste de Teherán, en Irán. Los animales, a los que el hambre había vuelto furiosos, invadieron la granja y se abalanzaron sobre personas y animales. Gallinas, corderos e incluso cabras fueron literalmente devorados. Los mismos granjeros fueron seriamente heridos y debieron atrincherarse en casa y esperar a que los gatos terminaran su carnicería.

Regularmente estas especies atacan a los otros animales, pero jamás a las personas. Por otra parte, no tienen nada que ver con los gatos, de los que sólo tienen el nombre, y forman en Francia una raza muy especial.

La Atlántida

por EDUARDO J. LYNCH

Platón en el *Timeo* y luego en el *Critias*, escritos hacia el 360 a. de J. C., transmitió a los hombres el relato de Solón sobre el hundimiento de la Atlántida. La noticia de esta tragedia le había sido relatada por un sacerdote egipcio de Sais. El *Timeo* (24 e), lleno de misterio, consignó para siempre estas palabras:

"Había una isla delante del estrecho que vos llamáis las **Columnas de Hércules**, más extensa que el Africa y el Asia reunidas (...). En esa isla Atlántica sus reyes habían organizado un imperio grande y maravilloso. Este imperio era soberano de toda la isla, de otra más y de regiones de **tierra firme**. Poseían también, la Libia hasta Egipto y Europa hasta la Tirrenia (...).

"Pero en el tiempo que siguió hubo horrorosos temblores de tierra y cataclismos. En el transcurrir agónico de un día con su noche, vuestro ejército fue sepultado bajo tierra. Lo mismo aconteció con la isla Atlántica que se abismó en el mar y desapareció".

El *Critias* describe la Atlántida, su fauna, sus minerales y el oricalco. Nos dice que las

construcciones eran de piedra blanca, negra y roja (116 c). El templo consagrado a Poseidón y Clito, su mujer, se levantaba en la Acrópolis, protegido por un cerco de oro (116 d). Cada cinco o diez años, reunidos sus reyes en el templo, sacrificaban toros y decidían sobre el destino durante la noche, sumidos en la oscuridad. Después grababan sus decisiones en planchas de oro (120 b-c). Pero los reyes de la Atlántida se mezclaron demasiado con los mortales y perdieron la **calidad divina del origen**. (Recordemos que en el reparto del mundo por los dioses, Poseidón había recibido la Atlántida.) Entonces, Zeus dispuso castigar su decadencia (121 c).

Aquí se interrumpe el *Critias*. O como dice Imbelloni (*Las realidades de la Atlántida*, 21), a quien hemos seguido: "Nada más agrega el Diálogo, pero, por lo que se nos recuerda en el *Timeo*, es fácil reconstruir el trágico final del orgulloso y degenerado imperio: un horrendo cataclismo borra de la faz de la tierra a todos los descendientes de Poseidón y Clito y sepulta bajo

las aguas sus obras maravillosas".

La tragedia, según Platón, se produjo 9.000 años antes de Solón. O en otros términos: 11.500 años atrás.

ETIMOLOGIAS

Charles Berlitz (*El misterio de la Atlántida*, 16-17) nos dice que las tribus del norte de Africa "mantenían las tradiciones de un continente situado al oeste, y existen noticias de tribus llamadas **Atarantes** y **Atlantici**, así como un mar actualmente seco, **Attala**, y, naturalmente las montañas **Atlas**. Cruzando el Atlántico advertimos que en las Islas Canarias (que en teoría constituyen las cumbres montañosas de la Atlántida) existen una serie de antiguas cavernas llamadas **Atalaya**, cuyos habitantes conservaban, incluso en la época romana, el recuerdo del hundimiento de la isla continente".

También expresa: "La mayor parte de las tribus indígenas (se refiere a las de América) conservan leyendas que dicen que su origen está en Oriente o que obtuvieron los adelantos de la civilización de unos superhombres llegados desde un continente oriental. El pueblo azteca conservó el nombre de su tierra de origen: **Aztlán**, y la palabra misma, **azteca**, es una derivación de **Aztlán**. En el idioma azteca (náhuatl), **atl** significa agua, y la

misma palabra tiene igual significado en el lenguaje del norte de Africa".

No nos olvidemos tampoco de que el océano **Atlántico**, en la mitología griega, deriva de **Atlas**, el gigante que sostenía el cielo. **Atlántida**, a su vez, es la hija de Atlas.

LOS FILMES

El primer filme de *La Atlántida*, que data de 1921, está basado en la novela de Pierre Benoit. Fue protagonizado por Stacia Napierkowska, en el papel de la reina Antinea, y Jean Angelo en el de oficial del Regimiento 3º de **españoles** de Hassi-Inifel. Antinea, soberana necrófila que conserva los cadáveres de sus amantes en una cripta, gobierna la ciudad de Atlántida y sólo se dedica al amor. Esta Atlántida está situada en el Sahara Central. La acción se desarrolla en nuestro tiempo y no sigue para nada el relato de Platón.

La otra filmación, *Die Herrin von Atlantis*, es de 1932, y fue dirigida por Georg Wilhelm Pabst. El guión estuvo a cargo de Hermann Oberlander y Ladislaus Vajda. Se siguió, en líneas generales, la novela de Pierre Benoit. Hubo dos versiones más. Una en inglés y otra en francés. Stacia Napierkowska, que era danzarina, fue reemplazada por Brigitte Helm en el papel de Antinea.

En 1963, basada también en

Benoit, los italianos lanzaron su **Antinea, l'amante della citta sepolta**. El filme, sin ninguna singularidad, termina con una explosión atómica y la muerte de su reina licenciosa, único antecedente que podría acercarla a la denuncia del **Timeo**.

Gasca (**Cine y ciencia-ficción**, 83) agrega estos datos: "El reino de Atlántida, situado en el mar en las películas **Undersea Kingdom** y **20.000 leguas de viaje submarino** y en el corazón del mundo en **Viaje al centro de la Tierra**, fue también telón de fondo para una estimable obra menor de George Pal, maestro en el trucaje y autor de **Atlantis, the Lost Continent** (1961), que narra la hazaña del pastor Demetrius, el cual restituye al rey de la Atlántida su hija Antilla, cono-

ciendo así los fabulosos tesoros de la mítica ciudad, abocada a un trágico final, en una parábola de la bomba atómica".

Indudablemente, los filmes que trataron el tema del hundimiento de la Atlántida no se preocuparon en describirla como quería Platón al recordar el relato de Solón. Salvo la catástrofe final, que los guionistas adjudicaron a la bomba atómica, paracronismo para justificar la desaparición, los que siguieron a Pierre Benoit (y casi todos lo hicieron) coincidieron en la decadencia fugitiva por el filósofo griego. La necrofilia de Antinea, su erotismo exagerado, pudieron haber sido algunas de las causas que Platón no detalló. Estaban implícitas en el relato.

CERDOS MONSTRUOSOS

(Marsella, Francia). — ¡Qué pretextos busca la ciencia! En el curso de las Jornadas Nacionales de Dietética organizadas recientemente en Marsella (Francia) por el profesor Vague, los investigadores del Centro Nacional de Investigación Zootécnica informaron sobre la situación de sus investigaciones.

Su objetivo, dicen, es dar a los consumidores lo que quieren. Cosa que podríamos formular también de otra manera: dar a los productores los medios para obtener un mayor provecho al vender a los consumidores lo que ha impuesto una moda, es decir, cerdo magro, carnes blancas, trozos que de natural son duros convertirlos en blandos sino en tiernos, etc., a riesgo de jugar a aprendices de brujo al entregarse a todas las manipulaciones genéticas posibles.

Así, en lo que se refiere al cerdo, hay una fuerte demanda de costillas, pero la carne para asar se vende mal, y el hígado ya no es apreciado. Los investigadores del C.N.R.Z. fabricaron cerdos monstruosos que presentaban un tórax estrecho pero alargado, con más costillas de lo normal, pero, en contrapartida, con el pulmón y el corazón atrofiados.

Por desgracia, esos cerdos-teckel no se mostraron cooperadores. Haciendo caso omiso del interés de la ciencia en general, y de la tocinería en particular, murieron de agotamiento al no poder responder los pulmones.

Reinado de vegetales

Escribe ANTONIO LAS HERAS

EXTRAÑOS EXPERIMENTOS

En varios laboratorios de agronomía y en otros de parapsicología ya ha tenido lugar repetidas veces el mismo experimento. Siempre con idéntico resultado. Abriendo un camino insospechado a la imaginación e igualmente a la no menos asombrosa realidad. **¿Quién gobierna el mundo? ¿Dependemos de alguien que no es humano?**

En el invernadero había solamente dos helechos. El científico, vestido con un impecable delantal celeste, entró en la habitación. Todo parecía muerto. O mejor dicho, **vegetativo**. Como detenido en el tiempo. Ya sabemos, donde hay plantas únicamente no existe —casi— el movimiento. Aquel hombre de ciencia conectó a las hojas de uno de los helechos un detector de mentiras. Y lo puso a funcionar. Luego se fue, y en el invernadero volvieron a quedar solas las dos macetas con sus seres **ebullescentes de vida**.

Al rato llega un señor apresurado. Se dirige hacia uno de los helechos y comienza a arrancar las hojas. Lentamen-

Desde que el hombre surge —misteriosamente— sobre la faz del planeta, se ha creído su dueño y señor. Establecimos reglas de juego propias y olvidamos preguntar a los **representantes** de los otros reinos. Vegetales y minerales quedaron de lado. Ninguno de ellos abrió la boca ni pudo pedir consideraciones especiales. Decidimos que era menester aprovecharlos en la medida que nos fueran de alguna utilidad. Así, cavamos minas y talamos bosques espesos. Destruimos buena parte de la fauna y ahora nos preocupan las alteraciones ecológicas. Claro, somos los **hombres**. Tenemos libre albedrío. Adicionamos cultura. Nuestras **obras** se ven por doquier. ¿Qué han hecho en todo este tiempo los minerales? ¿Y los vegetales? ¿Y esos animales que hicimos desaparecer tras una caza indiscriminada acaso no fueron lo suficientemente estúpidos como para no poder defenderse? ¿Qué dudar? **Somos los dueños de la Tierra. Los amos. ¿Quién puede discutirnos el reinado? ¿Con qué argumentos?**

te. Gozando del daño que le está produciendo. Cuando no restan sino ramitas arroja a un costado y con violencia a la maceta, rompiéndola en cien partes. **Asesinada** la planta, el agresor huye por una puerta lateral.

Mientras todo esto sucedía, el detector de mentiras conectado al otro helecho ha estado funcionando con resultados interesantes. Vemos la faja de papel donde efectuó sus trazos el brazo mecánico: ¡**Notable!** Grandes saltos en la aguja. No caben dudas de que este vegetal —que no ha sufrido daño alguno— **comprendió** que su congénere estaba siendo salvajemente agredido hasta causarle la muerte. Y entonces sintió miedo. Se supo indefenso frente a alguien que estaba en condiciones de destruirlo... Pero que no lo hizo.

Entran otras personas al invernadero. La aguja del detector sigue inscribiendo un trazo horizontal, **como si no hubiera actividad de ningún tipo.**

Pero, de pronto, hace su entrada aquel premeditado agresor. Y el detector vuelve a saltar. Nuevos trazos verticales aparecen en el papel. **¿Qué significa esto?**

Lisa y llanamente: **el vegetal reconoció la presencia** —entre muchas otras personas— **del asesino de la otra**

planta. Es decir: ese helecho —al igual que todos los vegetales— tiene la capacidad de distinguir a un ser humano de otro; de reconocerlo sin verlo, ya que —como bien sabemos— carece de ojos. Pero, por otros canales, **el vegetal identifica a una persona que ya conoció anteriormente.**

¿Comprende usted el alcance de esto?

Significa: 1º) **El vegetal siente.** Puede estar calmo, tener miedo. Ponerse nervioso. Estar medianamente excitado. (Quiero recordar que inclusive en Facultades de Agronomía de la Argentina se efectúa la experiencia de acelerar el crecimiento de las plantas haciéndolas **escuchar** música clásica durante varias horas por día. Ciertamente que los vegetales tampoco tienen oídos; pero —sin embargo— perciben las **ondas vibratorias** que emite la música. Esto les resulta placentero y, por ende, crecen con mayor facilidad. Sin llegar a casos de laboratorio universitario, cualquier ama de casa que gusta de la compañía de vegetales en su casa sabe bien que si les **habla cariñosamente** éstos se desarrollan de manera vigorosa y crecen aun cuando hayan estado a punto de secarse; es decir, morir. Más claramente son seres que **salen** del estado de coma.)

2º) **El vegetal tiene memoria.** He aquí el punto fundamental de nuestra hipótesis de trabajo. ¡**La Memoria!** Porque, como hemos visto, aquel helecho **pudo identificar** a su agresor aunque ya había transcurrido un tiempo del hecho y éste faltó durante ese mismo lapso del interior del invernadero. **Las plantas recuerdan.** Tienen la capacidad —inclusive— de reconocer a alguien en particular. Digamos, algo así como una huella dactiloscópica... **Pero, ¿de qué tipo?**

Seres que ven sin ojos, que escuchan sin oídos, que identifican y seleccionan sin utilizar computadoras de cuarta generación. Realmente digno de un cuento de ficción científica. **Sólo que tan real como las plantas que crecen frente a la ventana de mi estudio donde estoy escribiendo este trabajo.** Tengo todo el derecho científico para pensar que estos árboles vienen **leyendo mi pensamiento** desde hace años. Que me conocen. Que saben de mis intenciones hacia ellos y hacia los entes del reino mineral o los seres del animal.

Porque estos vegetales que hemos venido subestimando desde que nosotros aparecimos en el planeta tienen totalmente desarrollados esos poderes parapsicológicos que en los humanos duermen apaciblemente para sólo despertar

en circunstancias extremas. En los momentos de necesidad, para utilizar las palabras de Carl Gustav Jung.

Los experimentos que acabo de reseñar no han tenido lugar en mi imaginación, o durante la fertilidad inconciente de un sueño. ¡**Ocurren en la realidad!** Y usted, o yo, o cualquiera que lo desee pueden realizarlos y comprobar una vez más que **los vegetales tienen insospechados poderes.**

EL DUEÑO DEL MUNDO

Según los astrónomos la Tierra tiene seis mil millones de años de edad. Los paleontólogos hallaron seres microscópicos fosilizados cuya antigüedad se remonta a cuatro mil millones de años. **Eran los comienzos de la vida.**

Cuatrocientos millones de años atrás, un nuevo hecho sacude los cimientos de la Vida en este planeta. Los vegetales —hasta entonces reducidos al hábitat acuático— invaden las regiones secas.

Desde entonces ese avance no se ha detenido nunca. Muchas de las especies que entonces surgían las vemos todavía hoy, fuertes y lozanas. Otras, efectúan hazañas asombrosas que ningún individuo del reino animal está en condiciones de imitar. **Resisten al fuego. Sus semillas pueden aletargar durante milenios.** (Al-

gunas halladas en el interior de viejísimos enterratorios de la época faraónica, en Egipto, fueron plantadas por los especialistas y crecieron correctamente). **Son los entes más longevos.** (Las **sequoias** que crecen en América del Norte llegan a vivir más de cinco mil años.)

Y, además, según vimos, tienen características extrasensoriales irrefutables...

¿Qué nos indica todo esto?

El hombre surge en la Tierra, todavía no sabemos bien ni cómo, ni por qué, unos cuatro millones de años atrás. Aunque admitamos la existencia de otra o más humanidades anteriores, difícilmente podríamos llevar la cifra muy profundo en la noche de los tiempos. Setenta o cien millones de años a lo sumo...

Esto les da a los vegetales una ventaja de perfeccionamiento como especie cuatro veces superior a la nuestra... O cuatrocientas veces, si nos ceñimos a los cálculos aceptados generalmente por la Antropología actual.

¿Quién reina en la Tierra?

RELACION DE DEPENDENCIA

Aparentemente, los humanos estamos en condiciones de bastarnos a nosotros mismos para cubrir nuestras necesidades. Eso nos parece bastante claro. Sin embargo, no es así.

Existe una íntima relación de dependencia entre los hombres y los vegetales. **Y no son ellos los que dependen de nos; sino todo lo contrario.**

Imaginar a la Tierra vacía de animales no es cosa difícil. En cambio, con éstos, pero sin vegetales, **es un imposible.** Porque, ¿quién habrá de proveernos el oxígeno necesario para nuestra normal respiración? ¿Qué habrá de eliminar el tóxico anhídrido de carbono?

Esas son las funciones de los vegetales. Funciones privativas. Exclusivísimas. Nadie puede, hasta hoy, reemplazarlas en tal misión. De allí la necesidad de bosques y de que se planten más y más vegetales a efectos de purificar la ya bastante enrarecida atmósfera terrena.

¿Quién depende de quién?

¿Cuántas veces suceden entre los humanos hechos inexplicables cuyas causas parecen no ser atribuidas a nada? ¿Me permiten una hipótesis?

¿Podemos negar —rotundamente— que esos mismos vegetales con los que compartimos nuestras vidas desde que nacemos hasta que morimos, no están interfiriendo en nuestras acciones mediante el simple proceso de enviar órdenes telepáticamente a nuestra mente? Porque, sin duda, lo que nos están mostrando los experimentos a que hice refe-

rencia es que nuestros sedentarios y mudos compañeros de viaje gozan de poderes paranormales de excepción. **Y los tienen en uso.**

Quizá, en este mismo momento, yo esté luchando contra alguna de esas interferencias para poder continuar escribiendo esta nota y llevarla a su fin, aunque siento enormes —e inexplicables— deseos de romperla y no hablar más del asunto. Probablemente, debido a que meditando sobre el tema llegué a la conclusión de que podemos no ser los dueños del planeta, puede —incluso— que no estemos haciendo lo que en verdad queremos, sino lo que se nos ordena parapsicológicamente...

Hasta podría haber un revanchismo o una venganza en todo esto.

Nosotros, que hemos talado bosques, destruido vergeles, consumido leña a granel... ¿cómo seremos vistos por los vegetales? ¿Cómo si no a la manera de eximios verdugos?

Y nuestras luchas continuas, las guerras que no cesan, el peligro de un holocausto atómico... ¿no habrán de ser la venganza —lenta— planificada por los reyes? Es decir, por los vegetales... Esa venganza, que al igual que en la mitología es el "placer de los dioses". Quizá crecimos más de lo debido. Seguramente nos

alejamos de las leyes de la Naturaleza y ponemos a diario en peligro la existencia del planeta mismo. **Y pareciera estar cercano el período de la venganza, de la represalia.**

¿Qué perderán los vegetales si se desencadenara un conflicto atómico? No habrán de perecer totalmente. Sus semillas esperarán por centurias el momento propicio para volver a vivir intensamente. Quizá, hasta luego generen una nueva especie humana...

Recuerdo, me viene a la memoria ahora, la noticia que llegó de Europa hace unos años en la cual se comentaba la hipótesis de un científico **sosteniendo que los hombres descendíamos de los vegetales.** Según sus investigaciones había varias razones para pensar de esa manera. Ciertas analogías entre ellos y nosotros.

Curioso. De ser correcta esa hipótesis, **hemos estado destruyendo a nuestros padres desde que nacimos.** Freud, desde su tumba, encontrará —sin duda— muy interesante este comportamiento.

En tanto, allí seguimos, a cada momento, rodeados de las presencias vegetales. Las mismas que hasta ayer creíamos insensibles.

Y que, ahora, sabemos, están expectantes. Siguiendo nuestros movimientos. Identificándonos. Leyendo todo lo

que pasa por la mente de cada persona. ¿Hasta dónde se extiende este poder? ¿Conoce de límites? ¿Son insondables los pensamientos de un hombre encerrado en el interior de una caja de plomo o de una jaula de Faraday? Si, como suponemos, los vegetales utilizan poderes parapsicológicos, no existe ninguna barrera que les impida atravesar las distancias y reconocer lo que estamos pensando.

Dejé de escribir y medité mirando las ramas secas de invierno que aparecen detrás del ventanal. Me llegó como una sugerencia: has escrito esto porque tu gran amor hacia las plantas hizo que lo permitiéramos.

¿Fue mi imaginación... o no?

A propósito... Sé que toda leyenda tiene un fundamento

básico que es real, verdadero, que ha sucedido. Y me estoy preguntando, ¿qué habrá de cierto en esas historias —muchas veces aprovechadas por los autores de ficción científica o de relatos fantásticos— en las que se menciona a gruesas ramas de enredaderas penetrando, lentas y silenciosas, durante las noches en el interior de antiguos castillos, para enroscarse en el cuello de algún déspota odiado por todos?

¿Un acto de Justicia realizado por nuestros mayores?

Hay una energía en los vegetales, una rara energía, y es muy superior a todas las que utilizamos los humanos... Probablemente nuevos experimentos no hagan sino esclarecernos más en el sentido de que somos los súbditos en el Reinado de los Vegetales.

EL TELESCOPIO MAS MODERNO DEL MUNDO

(Santiago de Chile). — 2400-3,60. Estas dos cifras enigmáticas no son más que las coordenadas del nuevo telescopio europeo instalado sobre el monte La Silla, al norte de Santiago de Chile. A esta altitud, 2.400 metros, el aire y la luz son de una excepcional pureza. El diámetro del nuevo aparato, 3,60 metros, permite la exploración de las galaxias lejanas. Con este instrumento los astrónomos que operan en este observatorio sofisticado han podido ya observar un grupo de tres galaxias distantes trescientos millones de años-luz de nuestra Tierra.

Las primeras fotos obtenidas por el astrónomo francés Charles Fehrenbach confirman la excelencia del nuevo telescopio. Se distinguen astros de magnitud 23,7, lo que es excepcional. En 1962 Alemania Federal, Bélgica, Dinamarca, Suecia, Francia y los Países Bajos concluyeron un acuerdo para instalar en el hemisferio Sur, particularmente favorecido en este plano, un observatorio moderno. Chile fue preferido a causa de su misma situación geográfica y de la pureza de la luz.

LA LLEGADA DEL ANTICRISTO

Título original: HOLOCAUST 2000. **Título en castellano:** HOLOCAUSTO 2000. **Interpretes:** KIRK DOUGLAS (Robert Caine), AGOSTINA BELLINI (Sara Golan), SIMON WARD (Angel Caine), ANTHONY QUAYLE (profesor Griffith) y VIRGINIA MCKENNA (Eva Caine). **Dirección:** Alberto De Martino. **Producción:** Embassy Productions (Roma) y Aston Films (Londres). **Música:** Ennio Morricone. **Calificación:** Prohibida para menores de 18 años. **Distribuye:** Central Cinematográfica.

Insistiendo en el nefasto tema del "Anticristo", este film, que fue realizado con bastante inteligencia, muestra algo que quizás le faltaba a "Demián". Se trata de la lucha más acentuada del hombre, por combatir aquello que podría llevar a la humanidad hacia un caos destructivo. Aquí se ve un Kirk Douglas, gloria del cine norteamericano, quien curiosamente nunca obtuviera premio alguno, que encarna a un propietario de una compañía constructora. Es quien descubre que la profecía del anti-

cristo se empieza a cumplir, y debe tomar una determinación, ya que el "maldito" es alguien muy querido por él.

La trama, cuyo guión cinematográfico fue muy bien elaborado por el propio hermano del realizador, Aldo Di Martino, en colaboración con Sergio Donati y Michael Robson, es un alucinante desafío a algo que puede o no suceder de esta manera. Tiene ritmo apresurado, toda la trama en sí. No pierde nada de su metraje, y sabe centralizar al espectador, que siempre está ávido de películas que lo estremezcan.

Hace sobrecoger al espectador, replanteándole el tema profético, pero su "hipótesis" está bien asentada, ya que el "anticristo" buscará destruir todo en una planta nuclear. Tampoco se puede negar que este tema carezca de actualidad. Es más, constituye algo polemizado hace tiempo, y planteado por muchos escritores de literatura fantástica. Se aclara que no es de corte sensacionalista. Tampoco se ve un nacimiento del anticristo como algunos esperan, sino que para sorpresa de todos, éste es un ejecutivo de la em-

presa, cuyos designios oculta hasta ser descubierto por el propio dueño.

La magnífica labor de Kirk Douglas, como Robert Caine, así como la de Simond Ward, que a postres, y a pesar de llamarse Angel, resultará ser el "anticristo", merecen ser respetadas con admiración, pero por separado. Es que ambos expresan con sus rostros, separadamente, de acuerdo a los matices del film, de una manera notablemente elogiosa. Los acompaña la gracia y belleza de Agostina Belli, que recién en este film aporta algo de calidad interpretativa.

El climax llega cuando la mujer de Caine fallece a raíz de un supuesto accidente, y éste contrae enlace con la jo-

ven Sara. Ella estará esperando un hijo de Caine, justamente cuando Angel muestra su diabólica semblanza. De aquí en más, el director se maneja con la tensión que pueden provocar las escenas, sobre el espectador, ayudando en el "climax" tenso, en que este último se ve envuelto.

Magnífica labor interpretativa, con una buena dirección, y un argumento totalmente original, para un film, que como adelanto, es una invitación a lo que posiblemente suceda, pero con algunos toques fantásticos, y por supuesto, otros que no lo son.

Fue rodada en Roma, Londres e Israel.

ALFREDO ERNESTO GRASSI

LOS BENEFICIOS DE LAS SETAS VENENOSAS

(Estocolmo). — "Coman setas venenosas"...

Esta podría ser la consigna del Instituto de Dietética de Estocolmo. Los investigadores han descubierto que setas tóxicas de ciertas especies que se consideran mortales son unos poderosos agentes bactericidas.

Tomadas a pequeñas dosis y bajo un estricto control médico, esas setas venenosas actúan a modo de vacuna contra numerosas enfermedades virales. Sería particularmente eficaz contra la fiebre tifoidea, la hepatitis viral y diferentes afecciones de la sangre.

Claro que no es cuestión de comerse al azar la primera seta que uno se encuentre; es preferible esperar a que esas sustancias sean extraídas en laboratorios y propuestas bajo la forma de pastillas o de ampollas bebibles.

Selección de relatos fantásticos
y ciencia ficción

Nº 9



UMBRAL TIEMPO FUTURO

LA
ATLANTIDA

ASESINOS DE LA HISTORIA
EL HOMBRE LOBO
DE LONDRES
PETIOT
EL FILANTROPO
DE LA ESTRICNINA